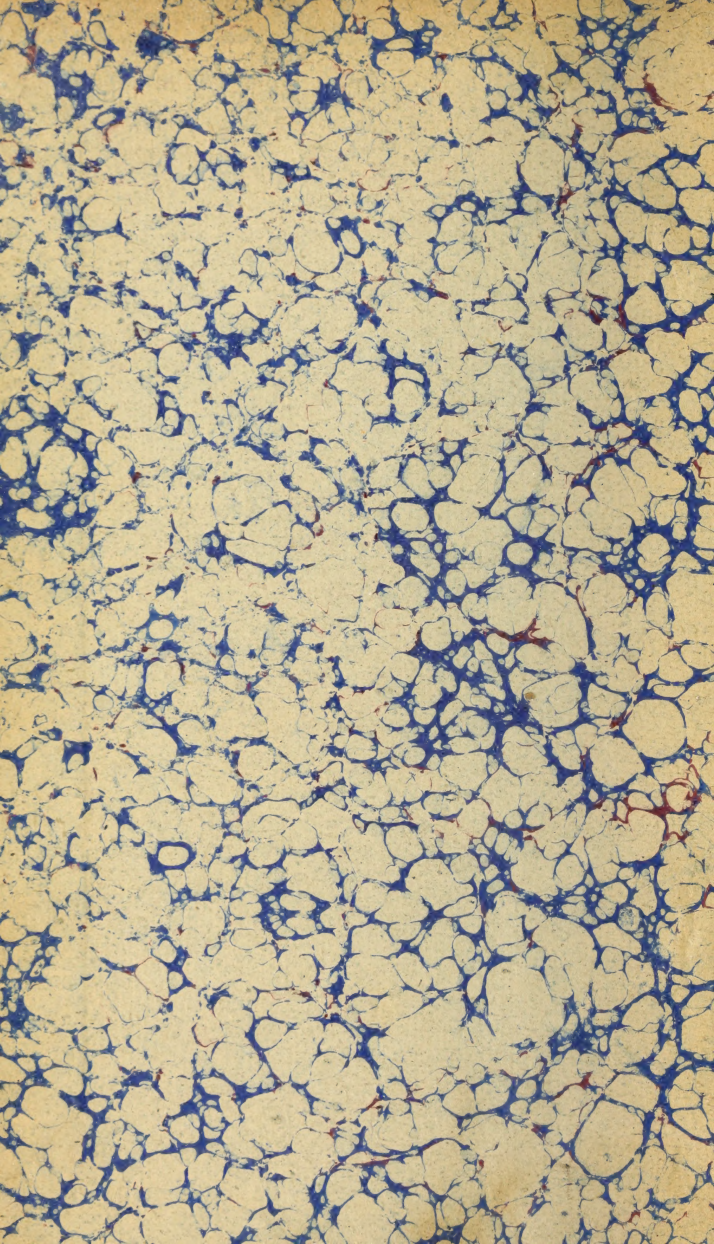
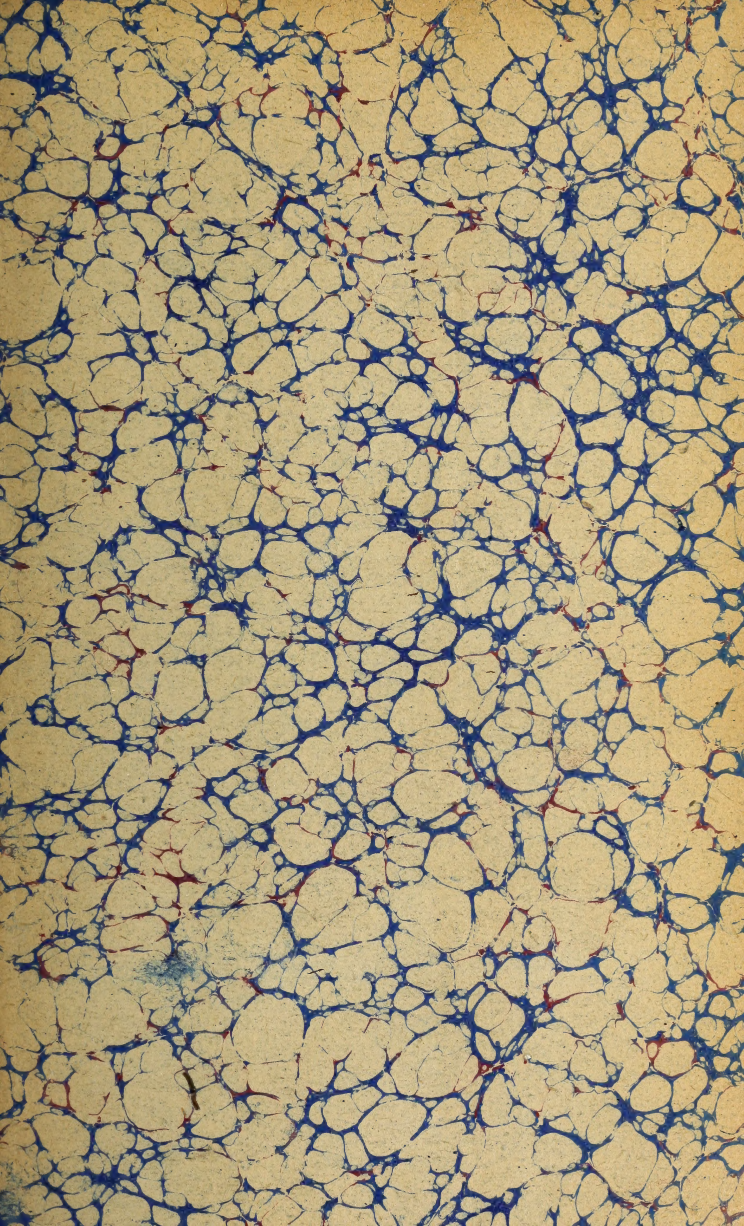

3 1761 09544751 2





EMILIO FERRARI

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

OBRAS COMPLETAS

TOMO II

POEMAS

PEDRO ABELARDO.—DOS CETROS Y DOS ALMAS.
UN DÍA GLORIOSO.—LA MUERTE DE HIPATIA.—POEMAS
VULGARES: CONSUMMATUM.—EN EL ARROYO.



MADRID

IMPR. DE LA REVISTA DE ARCHIVOS

Olózaga, núm. 1.

1910



POEMAS

EMILIO FERRARI

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

OBRAS COMPLETAS

TOMO II

POEMAS

PEDRO ABELARDO.—DOS CETROS Y DOS ALMAS.
UN DÍA GLORIOSO.—LA MUERTE DE HIPATIA.—POEMAS
VULGARES: CONSUMMATUM.—EN EL ARROYO.



MADRID
IMPR. DE LA REVISTA DE ARCHIVOS
Olózaga, núm. 1.
1910

PEDRO ABELARDO

POEMA

(1884)

Al Sr. D. Gaspar Núñez de Arce.

Al Sr. D. Gaspar Núñez de Arce.

A despecho de las sistemáticas divisiones en que pretenden encerrarlos los preceptistas, de continuo se observa cómo las escuelas y los géneros rompen el encasillado retórico, y sin respetar linderos ni aledaños, se confunden en nuevas, inesperadas formas. Así, aquella larga lucha entre el clasicismo y el romanticismo, tan ruidosa y encarnizada, se resuelve á nuestra vista en una literatura amplia y armónica, en la que, prevaleciendo de ambas doctrinas lo que ellas trajeran vividor y fecundo, el espíritu generoso de la una se vacía en los excelsos moldes de la otra. Así, la actual supremacía de la lírica, que hace sentir su invasor influjo á todas las manifestaciones de la poesía moderna, ha transformado la antigua epopeya en el poema individual, donde, estrechando el marco, pero engrandeciendo el asunto, sustituye al héroe por el hombre y reemplaza el cuadro tran-

sitorio de la civilización de una época con el eterno cuadro de la conciencia y de la vida.

A este género, cultivado desde hace algún tiempo con preferencia por los más insignes poetas de todas las naciones, y á esta escuela, que usted en España ha fundado y personifica, pertenece el humilde libro con que hoy me atrevo á presentarme ante el público. El asunto que en él se desarrolla tentóme, no tan sólo por su interés y grandeza, sino también por la rica variedad de su fondo, que abriendo á la inspiración vasto campo, ofrecía ocasión favorable para probarse en muy distintos terrenos y ensayar muy diversas formas á quien, como yo, enemigo de estrechos exclusivismos, tiene al arte por superior cuanto más completo. ¿Quién lo duda? El poeta que sepa pensar como un hombre y llorar como una mujer y reir como un niño; el poeta cuyo oído recoja desde el estruendo de las muchedumbres hasta el rumor de la brizna de hierba, cuya pupila refleje desde el resplandor del astro hasta la fosforescencia del gusano de luz; el poeta que tenga la frente en los cielos, los pies en la tierra y las manos en las manos de todos, ese será el más grande.

Volvamos al asunto de este poema.

A principios del siglo duodécimo hubo un período de sorda fermentación, en que por primera vez la sociedad se sintió sacudida por todos los problemas

que más tarde se plantearan, y experimentó en sus entrañas el dolor inicial del alumbramiento que presenciaron posteriores edades; fué aquello como un rudo ensayo del imponente drama que había de representarse en el siglo XVI.

Era en plena Edad Media. Durante cierto tiempo había dominado en la Cristiandad un licencioso desenfreno, al cual acompañara una delirante exaltación, como á la gangrena acompaña la fiebre; mientras los beneficios eclesiásticos se legaban ó subastaban públicamente, fundábase el Císter por Roberto de Molema, y la Cartuja por San Bruno; y entre tanto que el rescate de los más enormes pecados se vendía á vil precio y los bienes de la Iglesia se malgastaban en vergonzosas liberalidades, Pedro el Ermitaño predicaba la primera cruzada, arrastrando en pos suyo, arrebatadas de fervor, millares de almas y poblaciones enteras. Esto dió por resultado un recrudecimiento de autoridad y fanatismo que levantó el poder religioso á su mayor grado de fuerza, poniéndolo por entero en manos de un humilde abad omnipotente, de un pobre fraile soberano. Este abad, este fraile, fué San Bernardo. Vigorosa encarnación de su tiempo, ejerció en él, casi á pesar suyo, dominación tan formidable, que desde la cabaña donde vivía solitario en el retirado valle de Acibar gobernaba la Europa, resolvía con una pala-

bra el cisma entre Inocencio II y Anacleto, y con una carta hacía salir de la Champaña al poderoso ejército del Rey de Francia. Así, pues, el estado del mundo cristiano en aquel momento podría resumirse en estas palabras: el feudalismo sobre la sociedad, la Iglesia sobre el feudalismo, San Bernardo sobre la Iglesia.

Entonces fué cuando apareció Abelardo. Joven y recién llegado de la Bretaña, apenas su voz se deja oir en las escuelas, toda la ciencia se conmueve como agitada por un viento tempestuoso, y un ruido de admiración, á la vez que de alarma, levántase en torno del arrojado innovador. Poeta, músico, dueño de conocimientos nada comunes en aquella época, bien pronto su inmenso renombre le atrae una legión brillante de prosélitos, con la cual, después de haber derrotado á sus más célebres adversarios, reduciéndolos al silencio, va á erigir su escuela en la montaña de Santa Genoveva, extramuros de París, como un conquistador que al frente de su ejército tuviera puesto cerco á la ciudad. Desde allí, el primero en el mundo, reivindica los derechos del pensamiento, proclama la emancipación de la conciencia.

Imposible dar idea de la resonancia de sus doctrinas y de la especie de prestigio que ejerció sobre sus contemporáneos. ¿Cómo no? En medio de la gárrula controversia, de la dictadura teológica, del dogma-

tismo inviolable, Abelardo deja oir de repente un acento libre y humano. Haciéndose eco del espíritu de independencia que á la sazón agitaba á la multitud, llama á juicio á las verdades religiosas para fundar la fe sobre el raciocinio, quebranta el yugo de la autoridad, abre el camino á la investigación, ilumina el misterio, explica, allana, vulgariza; desde aquel instante está abierto de par en par el Tabernáculo.

A pesar de su sincero respeto hacia la Iglesia, esto no podía menos de sublevarla en contra suya, y pronto tuvo enfrente á San Bernardo, que fué para él lo que San Anselmo había sido para Roscelín.

Pocas veces habrán chocado en las tortuosas encrucijadas de la Historia dos figuras tan colosales y al propio tiempo tan opuestas como el abad de Claraval y el monje de San Dionisio. El uno era oriundo de Borgoña, patria de Bossuet; el otro era natural de Bretaña, cuna de Pelagio y de Descartes. Este dominaba toda la ciencia de su tiempo, se había formado en la polémica, sabía el griego y el hebreo; aquél se reducía al estudio de las Santas Escrituras, que meditaba orando por los bosques, y él mismo decía no haber tenido otros maestros que las encinas y las hayas. El primero, abrasado en ardiente misticismo, predicaba la espiritual perfección cristiana y el ascético desprecio de la vida; el segundo, bien ha-

llado con las pasiones terrenales, rehabilitaba la carne, sosteniendo que el pecado no consiste en el placer, sino en el olvido de Dios, y que la Redención fué un acto de puro amor que hacía inútiles las penitencias y martirios. Mientras la gente acudía en tropel de los más remotos puntos de la tierra á escuchar la palabra del filósofo, las esposas y las madres apartaban con terror de las predicaciones del santo á sus maridos y á sus hijos, temerosas de que le siguieran todos al Cenobio. Abelardo tenía en su lenguaje la fluida elegancia antigua que hallara en el fondo de sus estudios clásicos; Bernardo poseía la elocuencia ruda y avasalladora de la Biblia. Abelardo buscaba el ruido de la gloria, las luchas y los goces del mundo; Bernardo vivía de vida interior y ansiaba la contemplación y el aislamiento. Abelardo era inclinado á la molicie y al refinamiento en sus costumbres; Bernardo concedía tan poco á los sentidos, que más de una vez en la comida tomó el aceite por agua y la carne cruda por manteca. Abelardo tenía agraciado rostro y gallarda presencia; Bernardo parecía un espectro cuando atravesaba la muchedumbre, calenturiento y demacrado, con su austero semblante y su larga barba encanecida. San Bernardo era el hombre de su siglo; Abelardo representaba la aspiración al porvenir.

En el duelo á muerte entablado entre estas dos

grandes personalidades, según acontece de ordinario, la victoria fué por el momento de las que tenían la tradición por aliada. San Bernardo, que desde luego habíase constituído en el implacable acusador de aquellas doctrinas, cuyos rápidos progresos contemplaba con espanto, las persiguió encarnizadamente en su apóstol, y no tardando éste fué citado ante dos sínodos, en el último de los cuales se le condenó sin oirle, obligándole á retractarse y á arrojar sus obras al fuego.

Pero la semilla estaba echada. Un ardiente espíritu de independencia cundía por todas partes; al lado de la reforma religiosa estallaba el movimiento de las Comunidades; á la vez que nacían sectas como la del Evangelio eterno, que afirmaba la revelación sucesiva por la inteligencia humana, Arnaldo de Brescia recorría la Italia excitando á las ciudades á la libertad, y por tal modo en las sombras del siglo XII se elaboraba una nueva era para el pensamiento. Todo este impulso arranca de la filosofía de Abelardo; aquellos libros, al quemarse, despidieron chispas que incendiaron el mundo.

Pedro Abelardo fué, pues, un personaje extraordinario, y su vida un palpitante drama. Fundó una escuela filosófica, revolucionó la teología, luchó y sufrió sin tregua. Arrojado en los claustros por el huracán de las pasiones, allí tampoco encontró el so-

siego ni el olvido. Trató de corregir á sus relajados monjes de San Jildas, y estuvo á punto de ser envenenado en el altar con el vino del sacrificio. Cuando se refugió al desierto, el desierto mismo se convirtió en un auditorio. Conmovió la Iglesia y el Estado, ocupó á dos famosos Concilios; doquiera le siguió el estruendo de la celebridad, el rugido de la envidia y la aclamación del entusiasmo.

Mas como si todo esto no bastara, aquel hombre fué amado cual ninguno, amado hasta la abnegación más sublime, hasta el más absoluto rendimiento por una noble criatura que reunió las seducciones de la belleza, los encantos de la sabiduría, las gracias de la inocencia; por una mujer que fué á un tiempo Safo y Santa Teresa de Jesús. ¿Quién no conoce la historia de este amor, sencilla y popular como una leyenda? ¿Quién no se ha asombrado y enternecido ante aquella suprema adoración de Eloísa; de Eloísa, que parece no haber venido al mundo sino con la misión de amar á Abelardo, que todo lo sacrifica á este invencible afecto, y que exclama, rehusando con sinceras lágrimas el título de esposa: *Si un emperador, un dueño del mundo, me ofreciera su corona, mil veces preferiría á ella el nombre de manceba tuya.* ¡Milagroso poder del sentimiento, superior á todo lo demás en la tierra! Los empeños y los triunfos del reformador, cuya fama no tuvo límites, han

podido obscurecerse en la ingrata memoria de los hombres; pero el recuerdo de aquel amor permanece vivo á través del tiempo, que no ha conseguido sino engrandecerlo. Hoy, si preguntáis á la tradición por aquella historia, os responderán en el cándido estilo del antiguo cronista: "Allá en tiempos remotos vivieron dos personajes muy enamorados uno de otro; no los hubo más verdaderos amantes." El pueblo ignora el brillante papel que representaron en su época; sólo sabe que amaron y sufrieron mucho. Abelardo, que imaginara dar su gloria á Eloísa, ha recibido de ella la inmortalidad.

Tal es, pues, el asunto que he tratado, reduciéndole de sus grandiosas proporciones, no sólo á causa de los límites que me impuse, sino también, ciertamente, por propia culpa.

Tiempo hacía, mi eminente maestro, que deseaba dar á usted un público testimonio de admiración por su hermoso genio, y de gratitud por sus bondades. Aprovecho esta ocasión, y le dedico el PEDRO ABELARDO, pagando así tributo á una de mis devociones más íntimas, á uno de mis más fervientes entusiasmos. Pero no terminaré sin declarar con satisfacción la influencia de usted en mi obra. En toda alta personalidad artística hay al mismo tiempo una escuela. Copiar la primera es dar en la servil imitación, que censuro por mezquina y estéril; seguir con indepen-

dencia la segunda, puede ser legítimo y fecundo. Sin duda por esto es por lo que se ha dicho que *el que no imite no será imitado.* No es tan malo *beber en vaso ajeno;* pero se ha de beber el vino propio.

Sírvase usted aceptar esta dedicatoria, con la que pongo mi obra al amparo de su ilustre nombre.

EMILIO FERRARI.

CANTO PRIMERO

FUGITIVO

CANTO PRIMERO

FUGITIVO

"¡Oh viejos Alpes, solitarias cumbres
testigos de la infancia de la tierra,
que imperios, religiones, muchedumbres,
razas, edades, leyes y costumbres
en perpetuo vaivén, en sorda guerra
habéis visto pasar siempre lo mismo,
ciego huracán soplando por su espalda,
y correr, deshaciéndose, al abismo,
como la nieve en vuestra agreste falda!
¡Oh viejos Alpes, rudos esqueletos
despojo del tremendo cataclismo,
de ese inmutable sol contemporáneos,
que el horizonte recortando escuetos,
sobre él erguís los carcomidos cráneos.

Ruinas del templo colosal que un día
sin duda, al culto de su Dios alzara
la virgen soledad, y todavía
de pie los muros y humeante el ara
que muestras dan del olvidado rito,
por cima de las moles de granito
y allá en la altura, taladrando el cielo,
vuestras agujas de calado hielo
lanzáis como buscando el infinito;
ocultad, ocultad en lo intrincado
de vuestros senos la mortal congoja,
la tristeza y rubor de un desdichado
que el mundo hasta vosotros ha arrojado
desde la altura en que la gloria brilla,
como la mar, tras la tormenta, arroja
el cadáver del náufrago á la orilla!"

Así, en mitad de un áspero sendero
desde el cual, no distantes, se alcanzaban
de las alpinas crestas los esbozos,
decía, deteniéndose, un viajero
con dolorida voz que entrecortaban
á un tiempo, la fatiga y los sollozos.
Después, exhausto del vigor postrero,
cruzó las manos, inclinó la frente,
y por su enjuta y pálida mejilla
dos lágrimas corrieron lentamente.

Era un humilde monje. Su figura,
ceñida del sayal benedictino,
aún mostraba la fuerza y apostura
de la viril edad; mas todo en ella
notar dejaba la reciente huella
de un combate mortal con el Destino.
Se descubría el interior estrago
de una inmensa catástrofe en su vida;
había allí, como en reflejo vago,
yo no sé qué de majestad caída.
Aquel noble y enérgico semblante
donde una nube de tenaz tristeza
del genio ahogaba la expresión radiante;
aquella hermosa, escultural cabeza
de la cual se dijera que acababa
una corona de rodar, hundida
entre el tosco buriel de la capucha;
todo, el trágico duelo publicaba
de un grandioso poder desvanecido:
¡ era Jacob, tras formidable lucha,
en su camino de Canaán vencido!

El día estaba al declinar; un día
en que sus galas desplegaba todas
el espléndido Mayo, y parecía
levantarse á la fiesta de sus bodas
feliz la creación. Era una orgía

de rayos, de perfumes, de colores;
una explosión de céspedes y flores;
una embriaguez universal, y en ellas,
vida la luz, la atmósfera centellas,
risas las auras, himnos los rumores.
¡Divina hora de amor! Todo parece
que siente y late, que acaricia y ama;
el mundo en los transportes se estremece
de una inefable cópula; derrama
sus ánforas la vida, desbordando,
nidos y estambres en su seno blando
misterios sacratísimos esconden;
hay voces en el viento susurrando
que por doquier se llaman y responden,
y debajo de tierra, donde presos
entre las sombras de su cárcel se hallan,
los comprimidos gérmenes estallan
con el crujir de apasionados besos.
La savia nueva que vivaz palpita
sus cauces inundando á borbotones
con el rápido ritmo con que agita
la fiebre el corazón, verdes festones
cuelga en los troncos; las tempranas yemas,
los brotes hincha, traspirando aromas,
y abre del árbol la corteza ruda
que por sus poros desiguales suda
en gotas de ámbar, transparentes gomas.

Al sol, de entre la hierba, cada ruido
de cercano pisar, levanta y mueve
nube de insectos que al huir esquiva;
alzando su monótono zumbido,
vuela á posarse en remolino leve,
cerca otra vez, cual polvareda viva.
El rústico tapiz que en los boscajes
con sus viciosas ramas han tejido
lianas y hiedras, musgos y follajes,
cuajado está de crías, que gozosas
entre las pajas bullen y aletean,
en torno de las cuales, afanosas,
las madres sin cesar revolotean,
rozando alguna en su aturdido vuelo,
aquella red por donde asoma el cielo
como á través de enrarecidas brumas,
y que al choque fugaz, deja en el suelo
una lluvia caer de hojas y plumas.
Y un aire virginal, como el que de Eva
con tibio soplo acarició la frente
en las auroras del Edén, al alma
sueños infunde y languideces lleva;
y el voluptuoso respirar se siente
con que la vida, que circula en calma,
el universo en su pulmón renueva;
y en cascadas de luz, resplandeciente,
desde los cielos se derrama el día,

bruñendo alegre los lujosos campos,
ó jugando en las hojas de la umbría
donde se cierne en destejidos lampos.
Y mientras rota la neblina huye,
y la nieve en las cimas congelada,
en globos de oro se deshace y fluye,
la tierra por el sol acariciada
sacude, al cabo, el invernal reposo,
como al calor de un ósculo amoroso,
la esposa, entre azorada y placentera,
tras la noche nupcial, por vez primera
despierta en brazos del amante esposo.

El monje, en tanto, á su pesar, rendido
más que al cansancio, á la creciente angustia,
dejábase caer desfallecido,
del mismo modo que en el triste lecho
se tendiera á morir; y la faz mustia,
turbios los ojos, dilatado el pecho
por suspirar intermitente y hondo,
sentía alzarse del revuelto fondo
de la memoria sus recuerdos vanos,
tropel que le acosaba y perseguía
é inútilmente sofocar quería
cubriendo el rostro en las crispadas manos.
¡Ay! Si es que alguna vez habéis sufrido,
en medio del horror de la agonía,

la punzante obsesión del bien perdido;
si desvelados en la noche, visteis
una por una desfilar veloces
todas las dichas del ayer; si oísteis
en desamparo y soledad, las voces
de idolatrados seres y el tumulto
de la ruidosa aclamación; si en tanto
que os enfriaba el desamor los huesos,
sentisteis en la boca arder los besos
de una primer pasión ahogada en llanto,
comprenderéis el sufrimiento oculto
que atarazaba al infeliz, delante
de aquella evocación dulce y siniestra:
que es el recuerdo lámpara expirante
que en derredor, sin alumbrarla, muestra
la espesa lobreguez.
"¿Quién—de repente,
con ademán de rebelión, la frente
alzando prorrumpió:—Quién á ésta obscura
sima, y en ruina semejante envuelto,
cayó jamás desde tan grande altura?
Luzbel mismo, Luzbel, que la hermosura
gozó del cielo al alborear la vida,
que bañó su pupila en el torrente
de la increada luz, contra Dios vuelto
en hora aciaga donde el mal comienza
si rodó despeñado, en su caída

el abismo encontró, no la vergüenza!
¿Será, de veras, insensato anhelo,
crimen estéril, esperanza loca
querer el fuego arrebatar al cielo,
y el que á intentarlo remontare el vuelo
siempre tendrá en el Cáucaso su roca?
¡No, no, jamás! El imperioso grito
que de mi pecho en lo interior se eleva,
la generosa sed de lo infinito,
esta ambición que á penetrar me lleva
el gran enigma sobre el orbe escrito;
este ascender por místicas escalas,
este batir de luminosas alas
abiertas en mi espíritu agitado,
no pueden ser original delito
con servidumbre eterna castigado.
La vil superstición, monstruo disforme
que huella las conciencias con su planta,
el cielo anubla con su cuerpo enorme,
y entre la abyecta multitud levanta
sus cien cabezas: la opresión, el odio,
la injusticia, el error, es quien pasea
de cruz en cruz al sempiterno Cristo
de la Verdad, por quien su libre alodio
jamás alzarse la razón ha visto;
por quien aún es la redentora idea
esclava en el cerebro que la crea,

y del martirio bajo el rudo peso,
sucumbe, fustigado por la injuria,
quien labra un surco en el social progreso.
¡Oh fanatismo, desgreñada Furia,
cómplice audaz de los que el mundo oprimen,
ciego huracán que anubla la conciencia,
engendro del error y la demencia,
insensata virtud, madre del crimen;
en vano intentas apagar, en vano,
la antorcha eterna, el pensamiento humano;
tu soplo no la extingue, antes la inflama,
y trocándote el triunfo en vilipendio,
hace más bien que la tranquila llama
rompa, bramando, en impetuoso incendio!
¡Qué siniestro aparato te rodea!
Todavía estar viendo me parece
delante aquella rígida asamblea
y, á mi pesar, su imagen me estremece.
Ancha la nave bizantina, el muro
desde las cimbras, de tisú colgado
con pompas deslumbrante, aunque severa;
de los blandones en el bronce obscuro
la cera ardiendo, el Crucifijo á un lado,
dentro los Padres del Concilio, y fuera
el pueblo ante las puertas agolpado.
Se me acusa. ¿De qué? De haber amado
con pasión la verdad; de haber querido

al alma dar, para que vuele al cielo,
dos alas: fe y razón; de haber seguido
la ígnea columna que á través del suelo
hacia el país de promisión nos guía;
de haber logrado, en la tenaz porfía,
dando mi sangre con viril constancia,
al hombre libertar de la ignorancia,
que también la ignorancia es tiranía.
Intento hablar; pero en el aire truena
de Bernardo la voz, que ahoga la mía
é, inexorable, sin oir condena;
inútilmente ya silencio imploro
entre un hostil rumor que el templo llena;
por todas partes, aunque rujo y lloro,
"¡La abjuración, la abjuración!" resuena.
Y arde una hoguera ante mis ojos luego,
y asen mi brazo, que resiste en vano,
y á viva fuerza, por mi propia mano,
mis libros me hacen entregar al fuego;
el cual, mientras las hojas carboniza
que chirriando conviértense en ceniza,
me envuelve todo en resplandor tan vivo,
que mi semblante lívido colora
y el llanto en mis mejillas evapora,
mi flaqueza ocultando compasivo.
Cruzó después la muchedumbre hirviente,
que alza á mi paso un sordo clamoreo

de injurias y amenazas insolente;
la puerta gano como infame reo,
lúgubre el gesto, desgarrado el traje,
el rostro por el humo ennegrecido,
marca irrisoria del sangriento ultraje;
y heme aquí solo, errante, perseguido,
lejos de un dulce hogar que se desploma
justicia yendo á demandar á Roma,
humillado tal vez, nunca vencido!
¡Cómo ¡ay de mí! con su impasible calma,
con su alegría inalterable, el duelo
naturaleza insulta, de mi alma!
El ¡ay! del hijo, ante su madre muerta,
los alaridos de la carne abierta,
los sollozos del triste sin consuelo,
las blasfemias que al cielo desafían,
todos los gritos del dolor, no harían
un solo pliegue en el azul del cielo!"

Calló. La luz del fatigado disco
sepultaba ya el sol en el ocaso
trasponiendo la cúspide de un risco,
y oblicuamente, con fulgor escaso
arrebolaba las fronteras cumbres,
allí arrancando á la apretada nieve
fantásticos reflejos y vislumbres.
La sombra al valle descendida en breve,

iba borrando formas y colores,
al tiempo mismo que, parando el viento,
comenzaron á alzarse esos rumores,
esos múltiples ruidos que un momento
preceden de las noches al reposo:
ladrar de perros, cánticos lejanos,
esquilas de ganado, perezoso
volviendo á sus apriscos por los llanos.
Encima de las rústicas moradas
á lo largo del valle salpicadas,
las capas de la atmósfera serenas
hendía el humo al ascender ligero
desde el hogar donde, crujiendo el tuero,
se calentaban las humildes cenas;
y guiados por él, los campesinos
tornaban de sus útiles faenas
por las agrias veredas y caminos,
en el hombro la azada, y los cantares
en el labio jovial, con que divierten
la ardua fatiga, ó su regreso advierten
á las queridas prendas familiares.

Poniéndose de pies el religioso,
—¡La noche!—dijo, y revolvió azorado
en torno suyo la mirada inquieta;—
¡la noche! pronto, el resplandor dudoso
del día extinto, me hallaré cercado

de impenetrable obscuridad; sujeta
será mi planta, si camino busca,
por la medrosa turbación que ofusca,
y mal cubiertos de traidora escarcha,
doquier saldrán á detener mi marcha
el hondo tajo y la vertiente brusca.
Helado aquí de soledad, de frío,
sobre un duro peñasco la cabeza,
¡ cómo en el alma pesará el vacío !
¡ qué negras cosas brotarán, Dios mío,
del choque de la sombra y la tristeza !

Y de este modo el caminante hablando,
comenzaba á alejarse á la ventura,
cualquier albergue á que llamar buscando,
trémulo ya por la zozobra, cuando
del lado opuesto de escarpada altura
que como muro natural partía
del horizonte la extensión lejana,
rompió el silencio, á la oración tocando,
la cadenciosa voz de una campana.
Descubriendo la frente, y de alegría
henchido el corazón, dobló la cumbre,
vió en resguardado valle una abadía
de cuyas torres en la cruz, su lumbre
aún reflejaba el moribundo día.
Corrió, llegó; de los sillares rudos

contempló la labor, toscos caprichos
en que alternaban tréboles y nichos,
trofeos, mitras, ángeles y escudos;
llamó, por fin, á la maciza puerta,
que giró, rechinando, al ser abierta,
con un premioso movimiento tardo.
—¿Quién es?— entonces preguntaron dentro:
y adelantando del umbral al centro,
el monje respondió:—Pedro Abelardo.

CANTO SEGUNDO

EL DRAMA

CANTO SEGUNDO

EL DRAMA

Al pie de un sauce que la verde alfombra
del jardín abacial recorta obscuro
con una mancha de oscilante sombra;

guarecido del viento por el muro
y alzado sobre el suelo en dos puntales,
hay un banco de piedra, mal seguro,

que cerca un doble seto de zarzales
y parásitas hierbas han cubierto,
creciendo en sus junturas desiguales.

Es el paraje plácido y desierto,
pues turban sólo su quietud amiga
los bulliciosos pájaros del huerto,

y entre el ramaje, que su ardor mitiga,
pasa un rayo de luz que el suelo dora,
donde crecen el árgoma y la ortiga.

Desde allí se oye voltear sonora
en lo alto de la torre la campana,
llamando á *prima* al despuntar la aurora.

Allí el rumor de la existencia humana
va á fenecer, como á la roca enhiesta,
sordo tumulto de la mar lejana;

vese, no más, la dentellada cresta
del murallón que el horizonte escaso
tosco limita hacia la parte opuesta,

y únicamente á despertar, acaso,
los ecos de las lóbregas crujías,
vienen los monjes, que con lento paso,

en la tierra los ojos, y sombrías
las frentes, cruzan murmurando un rezo,
del claustro por las anchas galerías.

Aquel lugar, en cuya entrada el brezo
sus ramas tiende, y á la vista oculta
profuso entrelazándose el melezo,

refugio presta en su espesura inculta
al corazón de soledad ansioso
que en sus propios arcanos se sepulta.

En él encuentra bienhechor reposo
el infeliz para quien es de espinas
el áspero sayal del religioso;

el asceta, en las sombras vespertinas
viene á evocar las místicas visiones
ó á arrobarse en las pláticas divinas;

el que asedian hambrientas las pasiones,
se ampara, huyendo el incitante grito
y el beso de lascivas tentaciones;

mira el dolor al cielo de hito en hito,
cuenta sus horas la vejez precaria,
lucha la castidad, tiembla el delito,

sonando allí, con resonancia varia,
el sollozo, la súplica, el lamento,
la maldición, la queja y la plegaria.

En este sosegado apartamiento
que á su tenaz meditación conviene
y place á su incurable sufrimiento,

antes que el toque de oración resuene,
todas las tardes, silencioso y triste,
Pedro Abelardo á refugiarse viene.

Tan negras tintas su pesar reviste
mientras, sumido en éxtasis profundo,
á las exequias de la tarde asiste,

que se adivina en él al moribundo
para quien es aviso y enseñanza
la despedida de la luz al mundo;

que lentamente hacia el sepulcro avanza
llevando sólo sus recuerdos yertos,
despojo de una estéril esperanza;

lo mismo que por bosques y desiertos,
á sus espaldas el salvaje lleva
las sagradas cenizas de sus muertos.

En estas horas de abstracción se eleva
como entre nubes de tormenta obscura
pálida claridad de luna nueva,

visible al alma, celestial figura
de armonioso perfil, cándida frente,
serena y melancólica hermosura.

Y á tal prestigio, en su inflamada mente
sintiendo que el pasado renacía
de las propias cenizas del presente,

bajo aquel árbol, al abad un día
así, al narrar de su existencia el drama,
con voz que ahogaba la emoción decía:

—Si alivio es siempre al que padece y ama
la confesión de su profunda pena,
sangre que de la herida se derrama,

oid la historia de amargura llena
de una pasión que con rigor adusto
la inquebrantable adversidad condena.

Y perdonad si hasta el reposo augusto
que vuestra frente estoica ha ceñido
con la feliz serenidad del justo,

trae un soplo de viento enardecido
la agitación del sufrimiento humano,
y del combate mundanal el ruido;

cuando el viajero que cruzó el pantano,
huella la altura que á escalar se atreve
para espaciar la vista por el llano,

¡ah! no extrañéis si de su planta leve
salpica el lodo, y con el lodo altera
la no hasta entonces desflorada nieve!—

Eran mis años venturosos, era
cuando á su ardiente plenitud llegada,
la vida en la mitad de su carrera,

conjunto de la tarde y la alborada,
desborda en todo su opulento lujo,
fundiendo el aire en claridad rosada.

De mi entusiasmo al dominante influjo,
la fe alentaba de los grandes hechos
que al martirio más tarde me condujo.

Ya oprimido en sus ámbitos estrechos,
aire buscando y libertad, huía
de las ciudades los mezquinos techos,

ya de nuevo á la cátedra subía,
desde la cual, mi solitaria ciencia
en fulgurantes cláusulas vertía.

Brotaba de mis labios la elocuencia,
como el raudal de la agrietada roca,
del siglo removiendo la conciencia;

aves del cielo en desbandada loca,
recorrían la Francia mis canciones
repetidas doquier de boca en boca,

despertando al amor los corazones
de las doncellas, que en invierno hilaban
al ritmo alegre de sus blandos sones;

de todas partes á escuchar llegaban
discípulos mi voz; en mi camino
las gentes para verme se agolpaban.

¡Engañosos halagos del destino!
¡Ay del que alzarse en vuestras alas quiere!
—prosiguió con arranque repentino;—

¡males tan sólo de la gloria espere;
que la desgracia, semejante al rayo,
las altas cimas para herir prefiere!

En esta edad por que la mente explayo
fué cuando el alma á la pasión que abrigo
se abrió, cual planta que florece el Mayo.

La vi; con esto que la amé ya digo:
¿quién contemplara su ideal belleza
sin ser esclavo de su amor conmigo?

Sordo hasta entonces á la voz que empieza
desde la inquieta pubertad florida
á alzar en todo ser naturaleza;

dada á la ciencia mi estudiosa vida,
y mi palabra á la contienda ardiente
por las escuelas sin cesar reñida,

nada igualara al ímpetu creciente
con que aquella pasión arrolladora
se difundió en mis venas de repente.

¡Todo cambió á mi vista en una hora;
un alma nueva palpitó en mi seno,
un sol distinto amaneció en la aurora!

Con su presencia deslumbrado y lleno,
un año devoré la incertidumbre
del que ama y duda del amor ajeno;

cada día mi dulce servidumbre
más estrechando y más con su incentivo,
cómplice del cariño, la costumbre;

hasta que roto su silencio esquivo,
"¡Tuya!" escuché, mientras mi boca avara
gustaba un beso que espiró furtivo.

¡Ah! Si por mí la eternidad pasara,
aquella noche de emoción bendita
borrar de mi recuerdo no lograra.

Gran trecho adelantándome á la cita,
presa de la impaciencia, cuyo impulso
la sangre en nuestras venas precipita,

junto á su reja, atónito y convulso,
vi transcurrir la dolorosa espera,
contando el tiempo en mi agitado pulso.

Y cuando, al cabo, por la vez primera
la vi á mi lado y respiré su aliento,
cual si de pronto en éxtasis cayera,

rasgóse ante mi vista el firmamento,
ardió el espacio en vívidos fulgores
y se llenó de músicas el viento.

Después, entre esperanzas y temores,
unió en secreto el vínculo sagrado
ante el cristiano altar nuestros amores.

Mas pronto el odio, á nuestro mismo lado
surgiendo apercibido á la asechanza
con el puñal de la traición armado,

víctima fuí de la cruel venganza
que á un tiempo, vivo, me arrancó á la vida,
y amante, arrebatóme á la esperanza;

solo como una planta maldecida,
"¡Vete!" pensé que todo en torno mío
gritaba, compeliéndome á la huída;

y extranjero en un mundo árido y frío,
sentí que sobre mí se desplomaban
la ancianidad, la noche y el vacío.

¿Qué hacer? ¿Adónde huir? No me quedaban
sino los claustros, que consuelos puros
á mi mortal desolación brindaban;

pero ¡ay! al sepultarme entre sus muros,
aún recelando el corazón mezquino
á tu amorosa fe riesgos futuros,

encadenarte quise á mi destino,
para que atrás el rostro no volvieses,
cual la mujer de Loth, en tu camino.—

Un día, padre, en los estivos meses,
cuando en las hazas por la ardiente siesta
madura el sol las apiñadas mieses,

locos sonaban, repicando á fiesta,
címbalos y campanas de un convento
que en la falda del monte se recuesta,

en tanto que en la iglesia, por el viento
se elevaban los cánticos devotos
á que mezclaba el órgano su acento;

era que viendo nuestros lazos rotos,
en sí el raudal de la esperanza exhausto,
iba Eloísa á pronunciar sus votos.

Ya todo prevenido al holocausto,
resplandece el altar como una hoguera,
respira el templo religioso fausto.

A un lado y otro, en silenciosa hilera,
están las santas vírgenes postradas,
con largos cirios de amarilla cera;

de sus cadenas de metal colgadas,
en los cruceros á compás oscilan
las refulgentes lámparas sagradas,

que, cada vez que ante su luz desfilan,
en las casullas recamadas de oro
con tembloroso chispear rutilan;

los retablos del ábside y el coro
ramos abruman de sencillas rosas,
de aquellos campos germinal tesoro;

písanse sólo hierbas olorosas,
que el aire impregnan de perfume suave,
desparramadas en las anchas losas,

y entre el murmullo de los rezos, grave,
la multitud de la cercana aldea,
que va llenando la espaciosa nave,

en sus ámbitos bulle y se codea,
con el vaivén, la ondulación y el ruido
del inquieto oleaje en la marea.

¿Cuándo el humano sufrimiento ha sido
nunca arrastrado en tan penosa vía,
ni á tan tremenda prueba sometido?

Yo, yo los votos recibir debía
de aquella boca en que de amor profano
tiernas palabras escuchar solía;

velar las gracias que adoré liviano,
cortar los rizos que jugando en ellos,
mil y mil veces enredé en mi mano.

La ceremonia comenzó. Los bellos
ojos en tierra, la actitud sumisa,
sueltos sobre la espalda los cabellos,

hacia el altar se adelantó Eloísa,
igual á una de aquellas esculturas
que hubiera abandonado su repisa;

ciñendo las nupciales vestiduras,
galas que apenas marchitó el delirio
de ardientes, pero efímeras venturas,

y sonriendo al próximo martirio,
con el cirio en la diestra vacilante,
y el dulce rostro del color del cirio.

Hay un instante de emoción, instante
cuyo silencio, precursor del drama,
sólo interrumpen con rumor constante,

el hueco bronce que en los aires clama
y el áspero chirrido que producen
las mechas retorciéndose en la llama.

Luego, un preludio con temor balbucen
los suaves y acordados instrumentos
que la armonía celestial traducen;

y mezclada á los dulces llamamientos
la voz del alma con el mundo en guerra,
crúzanse así los místicos acentos
cual diálogo del cielo con la tierra.

EL CORO

¡Oh virgen candorosa,
que duermes junto al ara,
tu espíritu desvela,
tu lámpara prepara,
he aquí que se aproxima
tu Esposo celestial!

Desnúdate del siglo
la pompa, á ti ya ajena;
la casta frente ciñe
de nardo y de verbena;
perfúmate con mirra,
y á su camino sal.

LA NOVICIA

Ya del polvo del mundo he podido
sacudir para siempre mis pies,
y entre todos por dueño he elegido

á Aquel que servido
por legiones de arcángeles es.

Deja, deja, Señor, que estos lazos
anudando tu cónyuge fiel,
languidezca en eternos abrazos,
y tome en tus brazos,
de tu boca la leche y la miel.

EL CORO

Ven, ven á tu himeneo,
mi dulce bien amada;
de lluvias y de nieves
ya la estación pasada,
la tórtola se alegra
cantando en el alcor.
Este es el bello tiempo
propicio á los amores;
la higuera echa su fruto,
la tierra da sus flores,
y exhalan sus perfumes
los pámpanos en flor.

—

Cesan los cantos. La emoción interna,
mal sofocada en sollozar doliente,
la novicia á mis plantas se prosterna,

al són del hierro que chocar se siente,
de sus cabellos la gentil corona
cae arrancada de su triste frente;

muertas ya para el mundo que abandona,
mientras tendida entre blandones yace,
sobre ella un salmo funeral se entona;

con sorda voz que en llanto se deshace,
pronuncia el voto que la suerte aciaga,
no la ingenua piedad, quiere que abrace;

y cuando el eco de su voz se apaga,
el coro con acentos de alegría,
prorrumpe en himno que en los aires vaga;

del órgano la ronca tubería
despide en ritmo tumultuoso y vario
un huracán de trémula armonía,

á la par que delante del santuario
blanca nube olorosa se acumula,
al oscilar del fúlgido incensario,

cuya humareda, que movible ondula,
espárcese al aliento del gentío
y á los reflejos de la luz se azula.

Yerto, convulso, en congojoso y frío
sudor bañado el rostro; la mirada
fija con la expresión del desvarío,

yo no veía ni escuchaba nada,
dejando de otro tiempo los sucesos
agolparse á mi mente trastornada.

¡Ay! A estos cuadros en el alma impresos,
sentí el dolor de la infinita ausencia
cuajar mi sangre y penetrar mis huesos;

sentí que algo moría en mi conciencia,
y con nervioso movimiento rudo
los brazos extendiendo en mi demencia,

quise gritar; pero la voz no pudo
salir de mi garganta, y en las losas
me desplomé petrificado y mudo.

Y cercada de humildes religiosas,
vi á Eloísa alejarse por el coro
al són de las antífonas piadosas;

y á mí su vista, que nublaba el lloro,
del claustro el muro al trasponer incierta,
volvió como diciéndome: "¡ aún te adoro!"

Y cual la losa de la tumba abierta,
tras de sus pasos, para siempre ¡ oh cielo!
con sordo golpe se cerró la puerta.

Infausto día que olvidar anhelo,
de cuantos goces la existencia tiene,
¿ cuál ¡ ay! pudiera compensar tu duelo?

No hay bien que la sospecha no envenene,
ni fruto que no amargue la perfidia,
ni aspiración que el límite no enfrene;

la libertad con la asechanza lidia,
entre peligros la ambición se ufana,
y amásase la gloria con envidia;

lleva en sí tedio la pasión liviana,
la ciencia dudas, el poder quebranto,
¡ sólo es completa la desdicha humana!"

. . . .

Guardó silencio el monje, y entre tanto
que se agitaba estremecido el sauce,
corrió en los surcos de su faz el llanto
como un torrente por el hondo cauce.

CANTO TERCERO

TRANSITO

CANTO TERCERO

TRÁNSITO

Incorporado en el angosto lecho
de humilde celda en la abacial clausura,
cuyo recinto lóbrego y estrecho
semeja anticipada sepultura;
bajo de aquel hospitalario techo,
santo refugio de su edad madura,
muere olvidado y solitario, el hombre
que llenara la Francia con su nombre.

Hay de la celda en la pared colgado
un tosco Crucifijo de madera;
sobre el poyo de un ángulo, empolvado,
un libro abierto á su lector espera;
brilla á un lado una luz, al otro lado
se ve una descarnada calavera,
y en silencio el abad reza de hinojos,
sin apartar del infeliz los ojos.

No es su agonía la que horror y susto
con su siniestra agitación provoca;
es sosegado tránsito en que el justo
la incorruptible bienandanza toca;
es misterioso llamamiento augusto
que á la entrevista celestial convoca;
retorno hacia su patria del proscrito,
lenta inmersión del alma en lo infinito.

Irguiéndose, de súbito, un momento,
aun en su misma postración gallardo,
con recogido, pero firme acento,
rompió el silencio lúgubre Abelardo.
"¡Oh, padre!—dijo—próxima presiento
la suspirada libertad que aguardo;
cada vez es más dulce y más profunda
la interna paz que el corazón me inunda.

"La hora es solemne. Abrid esa ventana;
aún á gozar desde mi lecho vuelva
del cielo azul la inmensidad lejana
y el acre olor de la vecina selva;
cuando luzca en Oriente la mañana,
en el sudario de su luz me envuelva,
y el flébil viento que en las hojas bulle,
mi último sueño con su soplo arrulle.

"Cuando en Grecia á morir Sócrates iba,
no con terror, sobre el azul Egeo,
la nave alcanza á divisar que arriba,
nuncio de su catástrofe, al Pireo;
antes gozoso, entre los suyos liba
la copa funeral, no como reo,
como epulón que en el festín, sin penas,
bebe, brindando á la salud de Atenas."

A estas palabras, el piadoso anciano,
sin levantar la taciturna frente,
abre la ojiva, procurando en vano
ocultar una lágrima imprudente.
Es una hermosa noche de verano,
cuya templada atmósfera riente
sume el sentido en voluptuosa calma,
y abre á un anhelo indefinible el alma.

Los astros, cuyos globos palidecen,
en los vapores que su luz rodean,
entre la bruma al rutilar, parecen
ojos que soñolientos parpadean;
y en el rumor que á intérvalos acrecen
las brisas que los árboles cimbrean,
créese oir el alentar profundo
con que dormita, aletargado, el mundo.

"Ahora,—prosigue el monje con vehemencia,
por santa inspiración transfigurado;—
bajo la inmaculada transparencia
de ese cielo de estrellas tachonado;
ante el Dios de Verdad, de mi conciencia
recibid el depósito sagrado,
y recoged, con mi postrer aliento,
de mi espíritu, padre, el testamento.

"Como semilla que al morir desprende
flor que el áspero cierzo desarraiga;
como rescoldo que la hoguera enciende
antes que el viento á su extinción le traiga,
mi palabra, que el mundo aún no comprende
fuego y semilla, sobre el mundo caiga,
parte encerrando de mi ser, centella
que al frágil barro sobreviva en ella.

"Se acerca el tiempo. ¿Percibís debajo
de vuestros pies el hervoroso ruido
con que un sordo y volcánico trabajo
sacude el suelo, en torno removido?
Es el ¡ay! que retumba por lo bajo
cada vez que, en la angustia concebido,
de una nueva verdad, de una fe nueva,
la historia el feto en sus entrañas lleva.

"Aunque miréis que entre pavor y asombros
la humanidad despéñase sin guía;
aunque sintáis que el mundo, de los hombros
del decrépito Atlante se desvía;
aunque polvo de ruinas y de escombros
las sendas borre y oscurezca el día,
¿ya antes no visteis, al esfuerzo humano,
riesgos y sombras oponerse en vano?

"No, no temáis. Cuando inocente y rudo,
el primer hombre por la vez primera,
con la ansiedad del sobresalto mudo,
huir el sol del horizonte viera,
quizá juzgar, en su ignorancia, pudo
perdurables las sombras de la esfera,
el necio miedo y el pueril coraje
yendo á ocultar en su cubil salvaje.

"Mas luego que hecho á la feliz costumbre,
día tras día contemplara, atento,
del astro de oro la inmutable lumbre
girar en derredor del firmamento,
al verla hundirse tras la enhiesta cumbre,
¡con cuánta convicción, con qué contento,
mostrando un punto en la extensión lejana,
allí—diría—volverás mañana!

"Siglo de errores, que en tu doble oficio,
feudal señor y penitente austero,
con una mano ciñes el cilicio
y con otra revuelves el acero:
en tanto que en el bélico ejercicio
bárbaro cobras el botín guerrero,
ó haces al siervo, bajo el férreo puño,
regar con sangre el áspero terruño;

mientras hundiendo la sagaz mirada
dentro de la razón, siempre intranquila,
sujetas la conciencia amedrentada,
que entre tu dogma y tu tizón vacila;
mientras la estatua por tu Dios labrada,
tu fanatismo sin piedad mutila,
mientras te embriagas en el torpe lecho,
llamando está á tus puertas el Derecho.

"Ved. Estos son los esperados días,
aquellos grandes días genesiacos,
en que bajan del cielo los Mesías
y brotan del dolor los Espartacos;
doquiera las gozosas profecías
se mezclan con lamentos elegiacos,
y desgarrados los nocturnos velos,
dora la luz del porvenir los cielos.

"Ya el siervo vil, que de ignominias tantas
la acerba hiel en su infortunio prueba,
álzase, sacudiendo de sus plantas
el vergonzoso polvo de la gleba.
Para luchar por sus franquicias santas,
picas hará del hierro de la esteva,
y opondrá contra el déspota orgulloso,
muro en la valla, y en el surco foso.

"Cuando á rebato la campana suena
de la ancha plaza en la cuadrada torre,
la muchedumbre que los campos llena
corre al Concejo, ó á las armas corre;
se refugia el señor tras de la almena,
un sordo grito la ciudad recorre,
y del castillo, al formidable empuje,
la hendida mole retemblando cruje.

"Ya, despertando entre el dogal sangriento
y el anatema que el rencor fulmina,
golpea alborotado el pensamiento
la cavidad de su prisión mezquina.
Acaso aún está lejos el momento
en que abra cráter la profunda mina;
mas ya en la tierra percibir se puede
la honda inquietud que á la erupción precede.

"¿Quién pensó que en la alcándara vetusta,
sin libre espacio en que sus alas mida,
vivir pudiera el águila robusta
para cruzar la inmensidad, nacida?
Dejad que vuele la razón augusta
en pos de la verdad apetecida,
que es dulce y sacrosanto nombre,
hostia también con que comulga el hombre.

"El ascético cuerpo demacrado
de un mundo que á la muerte se sentencia,
sobre yerta ceniza arrodillado
en rígida y estéril penitencia,
sienta en su corazón resucitado
el fecundo calor de la existencia,
y ame otra vez en la hermosura humana
la irradiación del alma soberana.

"No: no es el cuerpo miserable andrajo
que damos á la muerte por rescate;
es más bien, la herramienta del trabajo,
es más bien, la armadura de combate.
Luche en ella, Señor, luche aquí abajo
el alma con la culpa que la abate,
y refulgente con su misma gloria,
descíñala á tus pies, tras la victoria."

Así la última vez, ya frente á frente
de la insondable eternidad, hablaba
el noble genio cuya excelsa mente
con la visión profética brillaba,
cuando un *Ave María,* de repente
sonó en la puerta que entornada estaba,
y de la celda en el seguro abrigo
penetró, descubriéndose, un mendigo.

"Del Paracleto, para vos, hermano,"
díjole al moribundo el pordiosero,
dándole un pliego, que con torpe mano
sacó, al entrar, de su zurrón de cuero.
Tomó él la carta, pretendiendo en vano
dominar su emoción, y al mensajero
viendo partir, el conocido nema
regó con una lágrima suprema.

La carta era ¡ ay ! de la mujer sublime,
que, sorda al gozo y al reproche muda,
en la tristeza de los claustros gime,
de un vivo esposo inconsolable viuda.
En ella un alma que la angustia oprime
volcóse entera, y la pasión, la duda,
la queja, el ansia, el ruego, á borbotones
desbordábanse así por sus renglones.

CARTA DE ELOÍSA

¿Con qué nombre llamarte
de cuantos tienes para mí, bien mío,
y que muévenme á darte
el deber, de una parte,
y de otra, el corazón y el albedrío?

—

Déjame que el de esposo,
siempre el de esposo á los demás prefiera;
él es el más hermoso,
y el de un tiempo dichoso
que en vano ¡oh cielos! olvidar quisiera.

—

Porque mira, Abelardo,
si seré desdichada y miserable,
que aún me retuerzo y ardo
en la pasión que guardo,
más tentadora cuanto más culpable.

—

Comprendo, ya lo viste,
hasta el remordimiento de quererte;
pero el olvido... ¡ay triste!
si es cierto que eso existe,
será otro nombre que tendrá la muerte.

—

Perdón, perdón si cedo
al indómito afán con que batallo;
ya más callar no puedo,
y tengo miedo, miedo
de que reviente el corazón si callo.

—

Quiero agitar la escoria
de estos delirios que, aun distante, halagas;
y decir tu victoria,
y besar tu memoria
con los abiertos labios de mis llagas.

—

Que no corran ordena,
y verás cómo forman, sin remedio,
sufriendo su cadena,

la herida la gangrena,
la charca el limo y la conciencia el tedio.

—

Tras de los hierros duros
á que unos votos pérfidos me ligan,
entre estos viejos muros
y estos claustros oscuros,
los mil recuerdos del ayer me hostigan.

—

¡Ay mi dicha pasada!
¡ay mi edad juvenil y mi hermosura!
¡ay mi alegre morada,
por el Sena bañada
y oculta como un nido en la espesura!

—

¿Te acuerdas? Tú delante
llegabas de mi reja, y yo, que dentro
te aguardaba anhelante,
corría en el instante
apresurada y trémula á tu encuentro.

—

Las manos se enlazaban,
por febril emoción estremecidas;
los labios se buscaban,
y los besos ahogaban
las palabras de amor interrumpidas.

—

¡Qué citas, no dispuestas
sino para el deleite y la locura!
¡Qué halagos, qué protestas,
qué frases sin respuestas,
y qué abrazos sin término ni hartura!

—

En el oscuro ambiente
golfos de luz abríanse risueños;
y en torno á nuestra frente
volaba alegremente
el luminoso enjambre de los sueños.

—

¿Qué ha sido ¡oh Dios! qué ha sido
de aquellas inefables alegrías?
Mi bien desvanecido,

mi encanto fenecido,
¿qué voy á hacer de mis cansados días?

—

Sin ti, á quien ciega adora
con insaciable obstinación el alma,
¿qué voy á hacer yo ahora
del gozo de la aurora
y del misterio de la noche en calma?

—

Sin ti, ¿para qué el canto
del ruiseñor, y el céfiro, y la nube?
Sin ti, ¿qué haré del llanto,
si brota en mi quebranto?
¿qué haré del beso si á los labios sube?

—

Muertos nuestros amores,
¿será verdad que como siempre bellas,
seguirá habiendo flores
por Mayo en los alcores,
y brillando en el cielo las estrellas?

———

No bien hubo Abelardo devorado
estas líneas con ojos avarientos,
cayó en los brazos del abad, postrado
á impulso de recónditos tormentos.
¡ Ay ! que del corazón aletargado
despertó aquella voz los sentimientos,
como piedra certera que, en bandadas,
alza un tropel de tórtolas posadas.

"¡ Esposa de mi amor, madre del hijo
que no veré ya más !—en infinita
ternura el alma rebosando, dijo :—
¡ bendita seas del Señor, bendita
tú que en mí siempre el pensamiento fijo,
en esta carta con tu sangre escrita,
presa de borrascosas inquietudes,
á cerrarme los párpados acudes !

"Mas ¿ qué es lo que haces, desdichada ? cesa
de atizar el incendio que te amaga ;
no así el puñal que el pecho te atraviesa
goces hincando en la sangrienta llaga.
De ese delirio la postrer pavesa,
si puedes tanto, en la oración apaga,
plácido olvido y bálsamo secreto
pidiéndole á la paz del Paracleto.

"Cuando enemigos, cuyo error perdono,
con afrentas el rostro me azotaban
y á envenenarme, en su implacable encono,
hasta en el cáliz del altar probaban,
ese mísero albergue, en mi abandono,
como otros hay que su sepulcro cavan,
para enterrar mi corazón enfermo,
labré en la inculta soledad del yermo.

"El, tras baluarte de escarpadas lomas,
santo refugio que el peligro ahuyenta
brindó á tus hijas, tímidas palomas
desanidadas por cruel tormenta;
él hoy te guarda, y á su abrigo domas
la rebelada carne turbulenta;
él, cuando en breve apáguense mis ojos,
ha de guardar contigo mis despojos.

"Arrodillada en la escondida fosa
do yacerán bajo silvestres flores,
á la luz del crepúsculo dudosa
y al rumor de los sauces tembladores,
lamentando mi suerte dolorosa,
acuérdate de mí, mas no me llores:
aun con todo su horror y su inclemencia,
¿qué añadirá la muerte á nuestra ausencia?"

Y sin poder seguir, á cada instante,
la voz más ronca, entrecortada y dura,
más descompuesto y lívido el semblante,
más intensa y voraz la calentura,
se desplomó en el lecho, palpitante
bajo el abrazo de la larva oscura,
y se trabó en la sombra esa porfía
lúgubre y espectral de la agonía.

¿Qué es lo que entonces pasa? ¿Qué escalones
el alma á oscuras con pavor tantea?
¿Qué círculos de bruma, qué regiones
de hondo misterio atónita pasea?
¿Por qué vertiginosas gradaciones
de espiral que en lo incógnito serpea,
por qué puentes formados de un cabello
cruza el abismo con su fardo al cuello?

¿Qué es lo que aquellos ojos asombrados
miran fosforecer en el vacío,
objetos de contornos dislocados,
cosas hechas de niebla y desvarío?
Esperanzas futuras, ó pasados
remordimientos del ayer sombrío,
¿qué es lo que entonces ven sin comprenderlo,
que así se cierran para siempre al verlo?

. . . .

Cuando la aurora con su albor teñía
los indecisos términos de Oriente,
se cavaba una huesa en la abadía,
al tenue rayo de la luz naciente;
y la campana que á Abelardo un día
condujo á aquel asilo penitente,
fiel á su amor, ante el sepulcro abierto,
doblando triste, le lloraba muerto.

NOTAS

CANTO PRIMERO

1.ª

....

Justicia yendo á demandar á Roma,
humillado tal vez, nunca vencido!

Luego que en el Concilio de Sens, al cual asistió San Bernardo, y que autorizaron con su presencia el conde de Champaña, el de Nevers y el mismo rey Luis el Joven, fué juzgado y condenado sin defensa, Abelardo partió para Roma con el fin de apelar al Pontífice de la dura sentencia, que consistía en la destrucción de sus libros por las llamas, la retractación pública y la reclusión por toda la vida en un monasterio.

Solo, y á pie, como un mendigo, se encaminaba á Italia, cuando, habiéndole sorprendido la noche en el desfiladero de una montaña de la Borgoña, desde donde descúbrese por un lado el sombrío Morvan, y por el otro las nevadas cimas de los Alpes, llamó, rendido de hambre

y de cansancio, á la puerta de una abadía que á las últimas luces del crepúsculo alcanzábase á ver en el fondo de angosto y desierto valle á orillas del Grosne. Era la renombrada abadía de Cluny, de cuyas celdas salían Papas, que prestaba hospitalidad á los reyes, y á la que pudiera á la sazón denominarse la metrópoli del monaquismo. Regíala Pedro *el Venerable,* hombre superior, versado en las ciencias y en la poesía, espíritu generosamente abierto á todo lo grande, personificación augusta de la verdadera caridad evangélica y de esa efusiva tolerancia que es la mayor virtud de la virtud.

Acogido amorosamente al solo anuncio de su nombre, cediendo á las instancias del abad, que habíase apresurado á impetrar para su ilustre huésped la misericordia del Papa, temeroso de que aquel á quien admiraba por su saber, por su gloria, y más aún por sus desgracias, fuese á encontrar oscura muerte, errante en un sendero de los Alpes, el fugitivo se resolvió á aguardar allí el resultado de aquella piadosa tentativa.

Desgraciadamente, Inocencio II confirmó la sentencia del Concilio. Entonces Abelardo, separado por cien abismos de una esposa adorada á quien él mismo había sepultado en un calabozo monástico; despeñado desde la cumbre de su celebridad al fondo de la ignominia; proscrito del placer; desterrado de la naturaleza; postrado, enfermo, miserable; viendo en aquel santo retiro una isla de paz á que arribara en la borrasca, dejando en la otra orilla todos los bienes de la tierra, decidió renunciar para siempre al mundo, y esperar allí la muerte, que presentía harto cercana.

CANTO SEGUNDO

1.ª

Al pie de un sauce que la verde alfombra..., etc.

Todavía, al decir de un escritor, se mostraba no hã mucho, en el jardín de la arruinada abadía, el árbol centenario bajo del cual, el hombre más grande y más desventurado de su tiempo, iba con frecuencia á sentarse en los últimos días de su vida, para calentar al sol su cuerpo, que ya invadía el frío del sepulcro, y para orar, meditar ó recordar con el rostro y el alma vueltos hacia el Paracleto.

Al pie de este árbol he supuesto la narración de los triunfos, amores y sufrimientos inmortales que forman el asunto de este segundo canto. Tanto interés como los sitios que vieron las más grandes catástrofes históricas, tiene todo lugar donde se ha llorado; y no menos que el monumento que perpetúa la transformación de un imperio, es acreedor al culto de las generaciones el sagrado vestigio que recuerda la vida de un hombre de corazón, aun cuando éste no fuera el amante de Eloísa.

2.ª

De todas partes á escuchar llegaban
discípulos mi voz; en mi camino
para verme las gentes se agolpaban.

He aquí cómo el mismo Abelardo se expresa, refiriéndose á aquel tiempo feliz é inolvidable en el relato de

su vida, que escribió bajo la ficción de una carta á un amigo, y que ha llegado á nosotros con el título de *Historia calamitatum:*

"A la sazón era, en verdad, tanta mi nombradía, descollaba yo tanto por mi juventud y prendas personales, que no podía temer ser rechazado por ninguna mujer á quien favoreciera con mi amor.................................

"La afluencia de discípulos que acudían á escuchar mi palabra era tal, que las viviendas no bastaban á alojarlos, ni el país daba lo suficiente para mantenerlos."

Mal hará quien condene esta ingenua declaración, tomándola por un rasgo de arrogante vanagloria. Cuando esto escribía, Abelardo era sobradamente desgraciado para tener el triste privilegio de la propia alabanza; pero en manera alguna ha de creerse que sus palabras eran dictadas por un sentimiento de orgullo, que si, según él también confiesa, pudo ser un día juntamente su fuerza y su perdición, desde entonces había sido harto combatido y castigado para no morir al peso de las humillaciones. No; lo que antes bien entrañan tales recuerdos es la desgarradora queja del desgraciado que se complace con amarga complacencia en medir la altura de su caída y retorcerse en el contraste que á sus días trajeron las inconstancias de la suerte.

El corazón humano es siempre el mismo, y eterna verdad la conocida sentencia del poeta florentino, cuyo concepto trasladó á nuestra lengua el marqués de Santillana en estos versos:

"La mayor coita que haber
puede ningún amador,
es membrarse del placer
en el tiempo del dolor."

3.ª

Víctima fuí de la cruel venganza
que á un tiempo, vivo, me arranco á la vida,
y amante, arrebatóme á la esperanza... etc.

A los dos años de amor é intimidad que favorecía la más dulce y estrecha convivencia, conociendo Abelardo que su amada iba á ser madre, propúsose noblemente reparar su falta y legitimar su pasión por medio del matrimonio, aunque hubiera de arrostrar la degradación y el desdoro que, según las ideas de aquel tiempo, arrojaría sobre él dicho estado. Eloísa, que con abnegación sublime se resistió largo tiempo con todas sus fuerzas á semejante sacrificio, considerándolo como la deshonra de su amante, y oponiendo, para impedirlo, cuantos argumentos le sugirió la grandeza de su alma, no cedió sino ante el firme empeño de Abelardo y bajo la condición de que aquel enlace había de quedar en el más profundo secreto.

El tío, aquel Fulberto, cuya torva figura ensombrece el fondo de esta historia, faltando á su palabra, trató, no obstante, de divulgarlo; pero fué desmentido por la joven, que valerosamente se proclamaba la concubina de su esposo. Entonces meditó en su cólera unas feroces represalias, y la memorable venganza que del filósofo tomara, es bien conocida de todos.

Como pienso que nada hay que no quepa en el arte y no pueda ser por él dignificado, he creído deber hacer referencia en el poema á este episodio, no aviniéndome á sacrificar á estrechos convencionalismos la importancia de un suceso que tanto influjo ejerció en el

destino de los célebres amantes y en el triste cuanto glorioso drama de su existencia.

4.ª

Yo, yo los votos recibir debía
de aquella boca en que de amor profano
tiernas palabras escuchar solía... etc.

Aunque sea la opinión más general y probable que á un tiempo profesaron, él en la abadía de San Dionisio y ella en el monasterio de Argenteuil, como quiera que algún biógrafo ha escrito que el mismo Abelardo fué quien invistió por su propia mano á Eloísa el hábito de las siervas de Cristo, me he atenido á esta versión, con la cual crece el patético interés de aquella situación excepcionalmente grandiosa, de dos esposos que, al separarse por fatalidad inflexible, pronunciando unos mismos votos, anudaban otra vez para el cielo el lazo conyugal roto en la tierra.

CANTO TERCERO

1.ª

La carta era ¡ay! de la mujer sublime
que, sorda al gozo y al reproche muda,
en la tristeza de los claustros gime,
de un vivo esposo inconsolable viuda... etc.

Habiendo llegado á manos de Eloísa, encerrada entre los muros del Paracleto, la *Epístola á un amigo*,

en que Abelardo narró con tan vivos colores las tribulaciones de su desastrosa vida, aquel corazón, cuyas heridas no había cicatrizado la penitencia y cuyo fuego no había podido mitigar el frío de los claustros, rebosó todo el dolor acumulado en el silencio durante quince años que sobre él pasaran sin domarlo. La religiosa escribió al que fué su esposo en el mundo, su hermano ya en Jesucristo, y esto dió origen á aquella imperecedera correspondencia que ha arrancado á la posteridad largo tributo de admiración y lágrimas.

En ella, la parte sobre todo que á Eloísa pertenece, es un monumento de abnegación apasionada, un poema de insaciable ternura, en que arroja su corazón palpitante y ensangrentado á los pies de aquel *á quien más que á Dios desea satisfacer.* Su estilo, en que grita y jadea un anhelo infinito, resplandece con todas las fulguraciones del espíritu y palpita con todos los estremecimientos de la carne. A cada una de aquellas frases, parece que el amor mismo ha pasado delante de nosotros.

¿Cómo había de serme dado alcanzar la expresión de aquel supremo delirio?

2.ª

Cuando enemigos, cuyo error perdono,
con afrentas el rostro me azotaban,
y á envenenarme en su implacable encono
hasta en el cáliz del altar probaban... etc.

Tal fué la encarnizada persecución que se desencadenó contra Abelardo, tanto de parte de la Iglesia como

de la de sus émulos y rivales, que llegó un día en que le fué forzoso huir á un desierto del territorio de Troyes y ocultarse en él, sólo con uno de sus discípulos, llamado Hilario. Dejémosle referir á él mismo sus angustias y tribulaciones durante aquella época. "Prófugo y errante—dice—, no parece sino que á todas partes me sigue la maldición de Caín. Fuera, el combate incesante, y dentro, los continuos temores eternizan mi agonía. ¿Qué digo? Interior y exterior son á la vez un infierno de temores y combates sin cesar crecientes. La persecución de mis propios hijos, los monjes, es cien veces más infatigable que la de mis enemigos. ¡Cuántas veces han intentado envenenarme como á San Benito! Viendo que yo prevenía sus diarias asechanzas en la comida y bebida, probaron acabar conmigo en el altar, durante la misa, echándome veneno en el cáliz. Si de antemano llegaban á saber que había de pasar por algún sitio, compraban asesinos que se apostasen en el camino y me quitasen la vida. Constantemente veo el puñal levantado contra mí. Parézcome á aquel hombre que cifraba la suprema dicha en el poder y los tesoros de Dionisio, y á la vista de una espada suspendida de un hilo sobre su cabeza, se convenció de cuál era la especie de felicidad que acompaña á las grandezas terrestres."

En esta situación, pues, Abelardo refugióse á la referida soledad, y en un poco de terreno, á orillas del Arduzzón, se construyó por sus propias manos, con cañas y ramiza, un oratorio que dedicó al Espíritu consolador ó *Paracleto.* Pero descubierto aquel retiro por sus discípulos, acudieron en muchedumbre á su lado, poblaron el lugar de cabañas, y bien pronto, en medio

del desierto, se erigió una ciudad á la ciencia. El humilde oratorio que, en creciente prosperidad, llegó á convertirse en un importante monasterio, fué más tarde cedido por su fundador á Eloísa y su comunidad, exclaustradas de Argenteuil.

3.ª

Doblando triste, le lloraba muerto.

El atleta del pensamiento y de la palabra en el siglo duodécimo, el temerario reformador que tanto ruido había hecho en el mundo, murió como humilde monje, en el fondo de una oscura celda, el 21 de Abril de 1142. Sus restos fueron secretamente enviados por Pedro el Venerable á la infeliz abadesa del Paracleto, quien, depositándolos en escondida sepultura, donde reservóse una mitad para ella, con la voluptuosa satisfacción con que se hubiera prevenido un sitio en el lecho conyugal, vivió veintidós años consagrada al culto de aquella tumba. Llegada su hora, cuando, conforme á su postrera disposición, la comunidad fué á colocar el cadáver con el de su esposo, al abrir el ataúd de Abelardo, los brazos del esqueleto, que descansaban sobre el pecho, resbalaron á los lados, abriéndose como para recibir á la esposa, tanto tiempo esperada en aquella fría soledad.

Este accidente, referido por los cronistas y cantado por los poetas, fué consagrado por la fantasía del pueblo como un místico milagroso abrazo en que ambos esposos se unían para los eternos y celestiales amores.

DOS CETROS Y DOS ALMAS

CUADRO HISTÓRICO

ESTA COMPOSICIÓN OBTUVO EL PREMIO DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO
EN UNOS JUEGOS FLORALES DE VALLADOLID,
EN EL TEMA «LA BODA DE LOS REYES CATÓLICOS»

(1884)

DOS CETROS Y DOS ALMAS

CUADRO HISTÓRICO

VALLADOLID, 1469

I

"Como es, señor, de leales
prevenir de lo que intentan,
y dejar ir las razones
delante de las ofensas;

"como no debe el respeto
menoscabar la firmeza,
ni es menester que el arrojo
se olvide de la prudencia;

"como sois rey de Castilla
y soy de Asturias princesa,
y, al fin, una es nuestra sangre,
y, al fin, una es nuestra tierra,

”en sazón quiero advertiros
lo que á hacer finco resuelta,
y en fe de mi acatamiento,
vos enderezo estas letras.

”No penséis que de enojada
tengo de hablaros en ellas,
que hembra soy, y los enojos
parecen mal en las hembras;

”mas dejad que humildemente
vos exponga con llaneza
la historia de aquestos años
que han sido, por causa vuestra,

”compendio de desventuras,
recopilación de afrentas,
memorial de desacatos
é inventario de sospechas.

”Bien, señor, sabéis, de fijo,
que al pasar de esta existencia
nuestro hermano Don Alonso,
que en otra haya gloria eterna,

”sus parciales turbulentos,
empeñados en la empresa,

me rindieron homenaje
y ofreciéronme obediencia;

"que mirando á mis deberes
mucho más que á mis haciendas,
yo no quise honra zurcida
con retazos de la ajena,

"sin lo cual, rey Don Enrique,
convenid que á la hora de ésta,
mal, de juro, se os tendría
la corona en la cabeza.

"Bien sabéis que vos entonces,
atajando la contienda,
de estos reinos y lugares
me aclamasteis heredera,

"y de Toros de Guisando
juráronme allá en las Ventas,
caballeros, ricos homes
y perlados de la Iglesia.

"¿Qué habéis hecho en breve tiempo
de los pactos y promesas?
Madrigal, señor, y Ocaña
lo dirán, si tienen lengua.

"Así, pues, yo de mi mano
dispongo, y mi amor con ella
al de Aragón he de darle,
si Dios su ayuda me presta;

"que es cadena lo pactado
que voluntades sujeta,
y se quiebra para todos
en el punto que se quiebra.

"Pero si queréis cual hijos
tenernos en obediencia,
rogando al cielo os dé vida
tan próspera como luenga,

"abridnos, señor, los brazos,
y, las rencillas depuestas,
consentid en unas bodas
de las que todos esperan

"la dicha de vuestros reinos
y el sosiego de estas tierras,
por bandos y sediciones
desgarradas y revueltas."

Así en bufete cuadrado
de relucientes maderas,
que adorna embutido el nácar
en menudísimas piezas;

sentada en sitial de roble
forrado de roja felpa,
la frente sobre la mano
y el codo sobre la mesa,

escribiendo está una dama
cuyo semblante revela
desordenado combate
de emociones contrapuestas;

y la pluma que en los dedos,
á impulsos del alma, tiembla,
el crujiente pergamino
salpica de tinta negra.

A la luz de tres bujías
que un candelabro sustenta
y agita el viento que sopla
de una ventana entreabierta,

se mira el bello recinto
de una ancha cámara extensa,

los muros con colgaduras
y con tapices las puertas.

A un lado, un suntuoso lecho
de donde arrastrando cuelgan
sobre las ropas de Holanda
los cobertores de Persia;

aquí y allá repartidos,
sillones en larga hilera
con blasonados testeros
de gótica forma esbelta;

un oratorio de talla
cuyas molduras reflejan
en la lámpara de azófar
que sobre él oscila trémula;

un libro de devociones
escrito en rica vitela,
con prolijas miniaturas
y primorosas cubiertas,

y un almohadón de damasco
con borlones de oro y seda,
donde aún se ven las señales
de dos rodillas, impresas.

Dejaba al pie del escrito
su firma y rúbrica puestas
la dama, cuando sonaron
once campanadas lentas.

Soltó ella entonces la pluma
y quedó erguida y suspensa,
contándolas por lo bajo
con reprimida impaciencia;

hasta que en mil sucesivas
degradaciones de fuerza
yendo á perderse en los aires
la vibración postrimera,

púsose en pie, breve instante,
cruzó ambas manos, inquieta,
con la expresión fervorosa
de quien suplica ó quien reza;

y con un hondo suspiro
que alborotó su gorguera
como ola hinchada de espumas
que va á romper en la arena,

corrió al balcón, se detuvo,
desencajó la falleba,

abrió de golpe, y los ojos
clavó en la calle desierta.

Era una noche á principios
de Octubre, tibia y serena,
sin una nube en el cielo
ni una ráfaga en la tierra.

La ciudad del Conde Ansúrez
reposaba soñolienta,
arrullada por las ondas
del caudaloso Pisuerga;

no se escuchaba en las calles,
en sombra y silencio envueltas,
más que el lejano chillido
de la medrosa corneja,

ó el paso precipitado
de algún rondador en vela,
que acompañaba el acero
chocando contra las piedras.

¡Cuán melancólicamente
bañaba la luna llena
el cuadrado frontispicio
de la casa solariega,

y cómo se destacaban
las torrecillas escuetas,
la resaltada cornisa
y el blasón de berroqueña!

¡Qué hermosa estaba agitada
por su ansiedad la doncella,
de codos sobre el balaustre
y echada atrás la cabeza,

escapándose, por bajo
de la toca descompuesta,
del abundante cabello
las mal recogidas trenzas!

En esto, confusamente,
sensible al principio apenas,
sordo rumor escuchóse
por el camino de Dueñas;

poco á poco fué creciendo,
se oyó cada vez más cerca,
hasta que por el recodo
de una tortuosa calleja,

cinco hombres desembocaron,
en humildes vestimentas,

y á lomos de cinco mulas
firmes de andadura y recias.

Respiró al verlos la dama
que dejó el balcón apriesa,
con el blanco pañizuelo
después de hacer una seña.

Como á virtud de un conjuro
franqueóse el palacio mientras,
viéndose un bulto en la sombra
que el ancho quicio proyecta;

entráronse los jinetes
por la portalada extensa,
y con sigilo, tras ellos
volvióse á cerrar la puerta.

II

Días ha, de Zaragoza
salieron aquellos hombres,
protegidos igualmente
del misterio y de la noche.

A largas jornadas iban,
recelosos y avizores,
más en silencio que en plática,
menos al paso que al trote.

A no dudar, preferían
los atajos y trasmontes,
el barranco á la llanura
y á la carretera el bosque.

Sus vestidos, del camino
polvorientos y en desorden,
dábanlos por mercaderes
humildísimos y pobres.

Calados hasta las cejas
llevaban anchos castores,
ó de orejeras caídas
aforrados birretones;

sujetos á los tobillos,
zapatos de cuero doble,
sayos de fustán oscuro
con capillas y mangotes,

burdas calzas de estameña,
y capas de pardomonte

por debajo de la barba
prendidas en sendos broches.

En las ventas y posadas,
uno de ellos, el más joven,
mancebo de apuesto talle
y de continente noble,

como el más bajo criado
cuida las bestias, dispone
á los otros la comida
y del estribo les coge;

pero en cambio, cuando á solas
nadie les ve ni les oye,
todos las gorras le quitan,
todos reciben sus órdenes;

que los papeles se truecan
y se convierten entonces
el sirviente, en soberano,
los amos, en servidores.

Así prosiguen su ruta
que embarazan y recorren
parciales de Doña Juana
y enriqueños escuadrones,

alternando en las paradas
con clérigos y prebostes,
trajinantes y mozuelas,
rufianes y malhechores,

ya á la astucia recurriendo,
ya apelando á los garrotes,
siempre sonando la plata
y prodigando el aloque.

Con lo cual, el que examine
sus modales y facciones
y el contraste en que resultan
sus vestidos con su porte,

dirá que ha de dar en lance
lo que en tráfico empezóse,
y que como el caso venga
y el demonio no lo estorbe,

más que las mercaderías
relucirán los estoques,
y mejor que las monedas
se cambiarán los mandobles.

Así hacia Guadalajara,
no sin riesgos y temores,

de fuertes aspillerados
cruzaron entre cordones;

así, junto al Burgo de Osma,
por celo en los suyos torpe,
la vida del noble mozo
en grave peligro vióse;

mas Dios que, sin duda, estaba
propicio á sus intenciones,
velando por sus destinos,
de todo con bien sacóles;

y al fin, tras de Dueñas viendo
de Valladolid las torres,
por Puerta del Campo entraron
rayana la media noche.

A poco, de aquella casa
en uno de los salones,
está la hermosa doncella
cercada por varios nobles;

la misma que hace un instante
velaba al balcón, insomne,

la princesa de Castilla,
que Isabel tiene por nombre.

Cubre á lo largo los muros
guadamacil que recogen
simétricamente á trechos
redondos clavos de cobre;

en el centro hay dos escaños
junto á una mesa en que echóse
tapete de terciopelo
con franja de oro en los bordes,

y en la mesa un Crucifijo
de marfil con cruz de roble,
papeles en blanco, plumas,
y ancho tintero de bronce.

De pronto, suenan pisadas,
palpitan los corazones,
la puerta se abre, premiosa,
girando en los viejos goznes,

vese á los recién llegados
tras el tapiz que descorren,
y, alegres, los que aguardaban
en sordo murmullo rompen.

Va á la cabeza el mancebo
en quien todos reconocen
al príncipe Don Fernando
bajo el disfraz que lo esconde.

Doña Isabel, aunque el alma
se lo está diciendo á voces,
con los ojos interroga
turbada, á los de su corte.

Solícito y respetuoso
diz que uno de aquellos nobles
al príncipe señalando,
—"¡ Ese, ese !"—le responde.

Y cuentan que Don Gutierre
de Cárdenas, desde entonces,
dos *eses* entrelazadas
lleva en su escudo por mote.

El de Espés, como presente,
da de su señor en nombre
veinte mil florines de oro
y un collar de perlas doble;

y luego hasta la princesa,
radiante de orgullo y goce,

el de Aragón se adelanta
con sus cuatro servidores,

y al hincarse, en una mano
que entre ambas suyas le coge,
con airosa gentileza
rendido los labios pone.

Tras esto, ante aquellos pocos,
pero escogidos varones,
la promesa entre ambos príncipes
mutua y solemne prestóse;

firmado ya, dió lectura,
con voz gangosa y discorde,
el contrato de esponsales
el notario Íñigo López;

y así desposados fueron,
entre el misterio y la noche,
los que después desde España
reinaron en todo el orbe.

III

Regocijos populares,
fiestas múltiples y varias,
cabalgatas y yantares,
músicas, farsas, juglares,
enanos y luminarias,

están sin interrupción
juntamente festejando
la doble feliz unión
de Isabel y de Fernando,
de Castilla y de Aragón.

Y ya en su regia morada
solemne y públicamente
la boda, al fin, celebrada,
y en la ciudad proclamada
por heraldos á la gente,

los novios al cuarto día
salen, entre el pueblo entero,
con gala y trompetería,

á misa á Santa María,
de las casas de Vivero.

Verde enramada frondosa
la calle entolda y abruma,
y la carrera anchurosa
tapiza al par que perfuma
juncia fresca y olorosa.

Bajo un sol que oro destella,
bullendo en ambos pretiles
la multitud se atropella,
y en vano pugnan con ella
maceros y ministriles.

Todo es lujo y galanura;
no hay portada sin templete,
ni enrejado sin verdura,
ni balcón sin colgadura,
ni palo sin gallardete.

Ya pífanos y tambores
anuncian de cerca el paso,
y ya de los miradores
llueven el trigo y las flores
sobre las vestes de raso.

Abriendo calle á empujones
en las turbas que resisten,
vienen cuarenta peones,
y reyes de armas que visten
dalmáticas con blasones.

Siguen cabildo y concejo,
y en pos, al estilo añejo,
botargas y mamarrachos
sacudiendo á los muchachos
con pelotas de pellejo.

Pasan en fila, ordenadas,
con estandartes y guías
las parroquias agremiadas,
y en yeguas empenachadas
timbales y chirimías.

Suena una marcha triunfal,
y viendo llegar enfrente
la comitiva nupcial,
atruena el aire la gente
con un "¡ Vítor !" general.

Sobre un pisador que un paje
conduce por el rendaje
y chispas del suelo arranca,

mojando en espuma blanca
los frenos y el atalaje,

va la Princesa, algo erguida
sobre el estribo de acero,
la diestra mano en la brida,
y la garnacha cogida
contra el arzón delantero.

Lleva un brial con armiño
y randas de oro y velludo,
y un afollado corpiño
que encuadra el seno desnudo,
con un collar y un brinquiño;

sobre la frente, las blondas
en que la toca remata,
flotando en ligeras ondas,
y en las muñecas redondas
dobles ajorcas de plata.

Marcha el príncipe á su lado
con calzas de grana fina,
jubón verde acuchillado
y un rico sayo adornado
de pieles de cebellina.

La brisa, que á cada instante
los crespos rizos enreda
de su cabello abundante,
mueve la pluma ondulante
de su birrete de seda;

y mientras con una mano
rige el potro jerezano
que le bota en los arzones,
va con otra, cortesano,
saludando á los balcones.

Tras los dos, en un tordillo
cabalga Juan de Vivero,
y en un rodado morcillo
don Alfonso de Carrillo,
gran prelado y caballero;

detrás van damas y gentes
de Castilla y de Aragón,
con magníficos presentes
y colores diferentes,
en ruidosa animación;

y al extremo, rezagados,
escuderos y soldados
que del pueblo en la ola viva

se abren paso acelerados
siguiendo á la comitiva.

Tal á un sol casi de estío
que en yelmos y partesanas
refleja como en un río,
entre el rumor del gentío
y el repicar de campanas,

va el cortejo caminando,
Valladolid recorriendo
y hacia la iglesia avanzando,
en derredor levantando
nube de polvo y estruendo,

y aquella cinta que crece,
se separa y se acumula,
bulle, oscila, resplandece,
se desenrosca, se mece,
relampaguea y ondula,

deslízase entre las ramas
de los arcos, y se quiebra
sobre juncias y retamas,
como una inmensa culebra
de refulgentes escamas.

Valladolid, robusta y espléndida corona
que de Castilla ciñes la poderosa sien;
hidalga tierra de héroes, escultural matrona
de cien ingenios madre, nodriza de otros cien;

recinto que las artes bordaron de bellezas,
sus inmortales obras sembrando aquí y allá,
romántico tesoro de históricas grandezas,
archivo de recuerdos en que tu gloria está;

tú, cuyo suelo abonan las ínclitas cenizas
de sabios y prelados insignes en virtud;
en cuyo campo abriéranse las empeñadas lizas
que de la edad de hierro cantó el viril laúd;

tú, donde los Concilios y Cortes se juntaron,
cuyo fulgor glorioso brillar aún hoy se ve,
y donde, entre los doctos varones, se forjaron
los códigos del pueblo, los dogmas de la fe;

tú, en cuyo noble seno socorro halló y fortuna
la generosa causa que en Villalar cayó;
cuyo cadalso viera la sangre del de Luna,
y en cuyos calabozos preso Fray Luis gimió;

tú, en cuyos viejos templos fulgura y centellea
de artistas inmortales la inspiración vivaz,

y en cuyas anchas plazas no hay piedra que no sea
testigo de un suceso, despojo de una edad;

tú, en que autos hubo y fiestas, en que se hicieron leyes
en que otorgó el gran Carlos su carta de perdón,
donde brillaron santos, donde nacieron reyes,
donde escribió Cervantes, donde murió Colón;

tú, entre fecundos lauros y vividoras palmas,
las venturosas bodas debías proteger,
en que por siempre uniéronse *dos cetros y dos almas,*
y con que al fin España, España empezó á ser.

UN DÍA GLORIOSO

POEMA

QUE OBTUVO EL PREMIO DEL EXCMO. SR. CAPITÁN GENERAL
MARQUÉS DE LA VEGA-INCLÁN
EN EL CERTAMEN LITERARIO CELEBRADO EN VALLADOLID
EL 29 DE SEPTIEMBRE DE 1879

CON UNA CARTA

DE

DON GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

CARTA

DE

DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE

Madrid 24 de Octubre de 1879.

Sr. D. Emilio Ferrari.

Mi buen amigo y paisano: No puede usted figurarse el placer con que he leído el canto épico que ha consagrado usted á la batalla de Lepanto, y que con tanta justicia ha alcanzado el premio en los *Juegos Florales* celebrados este año en la capital de nuestra querida Castilla.

Dentro del marco estrecho que el tema ofrecía á usted, ha revelado y desenvuelto una vez más sus altas cualidades de poeta, probando con la magnificencia de sus descripciones y el vigor de sus conceptos que para el verdadero estro no hay asunto agotado y que en la tierra más estéril hace brotar la inspiración, como la fecunda primavera, hermosas y aromáticas flores. Mucho se ha escrito en otras edades y en la presente sobre esa brillante página de nuestra historia, donde se registra, como dice Cervantes, *la más alta ocasión que vieron los siglos pasados y esperan ver los venideros,* y parecía, si no imposible,

por lo menos dificilísimo decir acerca de ella nada que ya no se hubiera dicho. Usted ha vencido esa dificultad en que tantos otros han fracasado, saliendo airoso de la empeñada prueba á que voluntariamente se ha sometido, y conquistando en buena lid sus timbres de poeta laureado.

En este breve poema ha demostrado usted todo lo que vale, aunque no todo lo que puede hacer y lo que hará seguramente cuando, separándose, para pulsar la lira, del sepulcro de los tiempos antiguos, que encierran el polvo gloriosísimo, es verdad, pero polvo al fin, de nuestra muerta grandeza, tienda la vista y las alas por más amplios horizontes y cante lo que debe cantar la joven poesía para volver á las almas la perdida fe; es á saber: las alegrías y las tristezas, las esperanzas y los desengaños, las aspiraciones y las realidades de la época en que vivimos. No olvide usted que sólo los ancianos y las naciones decaídas se alimentan de recuerdos.

Como sé que tiene usted fuerzas sobradas para marchar por estos nuevos derroteros del arte, no vacilo en aconsejarle que los siga, y reiterándole mi felicitación más sincera por su merecido triunfo, se repite de usted afectísimo amigo y paisano,

q. s. m. b.,

G. Núñez de Arce.

UN DÍA GLORIOSO

POEMA

(1879)

UN DIA GLORIOSO

POEMA

¿Por qué el azul Mediterráneo abruma
con peso tanto multitud de naves
que desgarrando la revuelta espuma
sobre las ondas se deslizan graves?
¿Por qué del alba entre la incierta bruma,
cual dos bandadas de marinas aves,
cubrir la vasta inmensidad las vemos,
tendiendo velas y agitando remos?

Ancladas unas y al encuentro prestas
aguardaban la luz que es ya vecina;
partir las otras, entre alegres fiestas,
de su ancho puerto contempló Mesina;
la enseña de la Cruz tremolan éstas,
la del Islam á aquéllas encamina.
¿A qué sombrío y gigantesco drama
á esos contrarios el destino llama?

¿Qué va á pasar? El vacilante día
que en el lejano término amanece;
la ola parada en la extensión vacía,
el viento que despierta y se estremece;
las costas griegas tras la niebla fría,
todo en ansiosa expectación parece,
y solamente en el silencio denso,
del mar se escucha el resollar inmenso.

La claridad avanza; iluminadas
se muestran las alturas del Oriente.
Ese golfo es Lepanto; esas armadas
en són de reto están frente por frente;
comienzan á mirarse coronadas
las altas popas de guerrera gente.
Rompe, por fin, el sol. ¡Salve, oh memoria
del más glorioso que brilló en la Historia!

Chipre, patria de Venus, que cubierta
con el tendido ceñidor de raso,
sobre las aguas se despliega abierta
como una flor sobre el cristal de un vaso;
Chipre del turco la ambición despierta,
rico botín que se le ofrece al paso,
y al flaco brazo de Venecia hollada
corre á arrancar la presa codiciada.

Es aun el odio inextinguible y hondo
del viejo Mahomet, que repetía:
"Esposa del Adriático, en su fondo
tu boda irás á celebrar un día."
De Europa por el ámbito en redondo
gira los ojos ella en su agonía;
mas sólo á su clamor, de dos naciones
se han desplegado al viento los pendones.

Y ahí están, ahí están; Venecia uniendo
restos dispersos del poder mermado;
Roma por Cristo y por la fe cumpliendo
con su austero deber nunca olvidado;
y España, España que á sus pies teniendo
rendido el mundo todo y conquistado,
para dictarlos como leyes, toma
su derecho á Venecia y su fe á Roma.

Se alza orgulloso el otomano enfrente;
pueblo salvaje de brutal pujanza,
feroz tropel de bárbaros de Oriente
que como sorda inundación avanza.
¡Conflicto colosal, choque imponente
del cual el desenlace no se alcanza!
De esas galeras en la estrecha popa
se va á dictar la religión de Europa.

Al mando va de la Sagrada Liga
el bastardo imperial de Carlos Quinto,
que con el alma de su padre abriga
su ardiente sangre y su guerrero instinto.
Del noble César, cuya sombra amiga
le habla, tal vez, desde el mortal recinto,
si no el gran reino por el que armas blande,
heredó el corazón, que era aún más grande.

Corre don Juan con bélico ardimiento
de una á otra nave; y su lenguaje vivo,
su entusiasta ademán, su noble aliento
despierta en todos el valor nativo.
"Hijos—les dice, y su inspirado acento
vibra á la vez que cariñoso altivo,—
luchad con brío; aun en la adversa suerte
siempre hay un triunfo que alcanzar: la muerte.

"Esos que arroja su rencor profundo
sobre Occidente cual tremenda plaga
son la barbarie que amenaza al mundo,
son el error que á la verdad amaga.
En estos mares á su paso inmundo
dique macizo con sus cuerpos se haga,
y con despojos de sus naves rotas
puente para Stambul á los Chipriotas.

"¡Venecianos, al fin! ¡Ahí el destino
saciar queriendo vuestra saña justa,
los verdugos os trae de Bragadino,
los tigres de Nicosia y Famagusta.
Las llamas recordad, el torbellino
de llanto y sangre, la crueldad que asusta;
y el que no corra á la venganza fiera
infame viva y deshonrado muera!

"Romanos, sois la raza en quien el cielo
vinculó en otro tiempo la victoria,
y hoy defendéis el generoso suelo
donde se asienta la cristiana gloria.
Españoles, ¿lo sois? pues á ese duelo
sangrienta os llama vuestra misma historia
que, llena de él, con el recuerdo late
de siete siglos de tenaz combate.

"Cristianos todos, el Sanjác ondea
de extraño culto el enemigo fiero;
trueno en los aires la bombarda sea,
rayo en las manos el cortante acero.
Pero antes que nos cite á la pelea
con ronco grito el atabal guerrero,
postrados ante el Dios por quien luchamos,
su augusta ayuda á demandarle vamos."

Y al terminar don Juan, todas sus gentes,
desnudas en la diestra las espadas,
cayeron de rodillas en los puentes
con ruido de armaduras agitadas;
y descubiertas las curtidas frentes,
en alto las banderas desplegadas,
hendió los aires en compacto coro
de cien plegarias el rumor sonoro.

¡Sublime cuadro! En límpidos reflejos
la luz sobre los yelmos relucía,
y los escudos eran como espejos
donde temblando se miraba el día;
con fanales y alfanjes, á lo lejos
la armada del infiel resplandecía;
doquiera gallardetes, banderolas
copiaba el mar en sus movibles olas.

De pronto, entre la atmósfera serena,
la muda calma y el reposo mudo,
de un cañonazo el estampido suena
que otro contesta igual. Oyese agudo
el eco del clarín; los aires llena
la gritería del alarbe rudo,
y, hondas las quillas que impetuosas lanzan,
las dos escuadras al encuentro avanzan.

Tendidas por el mar en media luna
extremo á extremo de su curva hilera,
monstruo bifronte finge cada una
ó enarcada testuz de enorme fiera.
La galera de Alí, que el viento acuna,
enfila de don Juan con la galera;
el pendón del Gran Turco se levanta
frente á la enseña de la Liga Santa.

¿Cómo pintar el formidable empuje
de la embestida y el terrible estruendo
con que el preñado bronce estalla y ruge
los cóncavos espacios conmoviendo?
El cable zumba; el maderamen cruje,
vuela el plomo la muerte repartiendo,
á la par de cristianos y de infieles
mezclados y revueltos los bajeles.

Y juntamente, la humareda densa
cubriendo el heroísmo y los horrores,
en torno de la lucha se condensa
cual velo de espesísimos vapores;
asemejando en la explosión inmensa
que surge, entre instantáneos resplandores,
nube de tempestad en cuyo seno
brillara el rayo y retumbara el trueno.

Venid, vientos del mar; rasgad el manto
con que envidiosa lo cubrió esa sombra;
miren los ojos sacrificio tanto,
tanta proeza que la mente asombra;
los capitanes del alarbe espanto,
los ignorados héroes que no nombra
la Historia acaso infiel, y esas hazañas
que el abismo sepulta en sus entrañas.

Allí está Doria, en cuyo ardor guerrero
confúndese la rabia con el gozo;
allí Colonna ilustre; allí Veniero,
si en años viejo, en ardimiento mozo.
Bazán, Carrillo, Urbino, con su acero
completan la matanza y el destrozo.
Allí están Parma, Requesens, Cardona
que su linaje y su valor abona.

Y allí donJuan. En la mitad erguido
de aquella lucha de sin par grandeza;
con una mano el estandarte asido,
la espada en otra; en trágica belleza
iluminado el rostro y encendido,
tirada atrás la varonil cabeza,
y semejante en su apostura y gloria
al genio escultural de la Victoria:

ve en torno, por el vértigo impulsadas,
girar como en grandiosa fantasía
las glorias de su padre no igualadas
que avara la leyenda recogía;
de Méjico y de Flandes las jornadas,
costas de Túnez, campos de Pavía;
ve al César mismo que resurge y brota,
ceñida siempre la acerada cota.

La lid entonces redoblada crece;
ya en ciego frenesí toca el coraje;
calla el cañón, la pólvora enmudece,
y es tromba, es huracán el abordaje:
el que del hacha se salvó perece
á manos del incendio ó el oleaje
que se alza en montes á la rabia ciega
del rudo choque y la continua brega.

Y aumenta y sube la marea undosa
teñida en sangre que se vierte á ríos,
y van por ella en soledad medrosa
deshechos y sin velas los navíos;
toda la mar en su extensión rebosa
mástiles rotos y despojos fríos.
¡Jamás los tiempos en su curso vago
ver han podido tan tremendo estrago!

Y en tanto el sol, de su inflamada frente,
cual nunca bello, claridad fulgura,
y todo, todo brilla indiferente
sobre ese cuadro de mortal pavura.
¡Ay! ¡qué triste es un cielo sonriente
en medio de la humana desventura,
y una naturaleza siempre ajena
á las luchas del hombre y á su pena!

¡Mas necio lamentar! Salga del pecho
triunfal himno más bien. El turco humilla
su arrogancia por fin, y huye deshecho,
huye á ganar la salvadora orilla.
Allí, también allí, roto y maltrecho,
el vencedor le acosa y le acuchilla,
y á impulso del pavor, de breña en breña
corriendo desbandado se despeña.

El mismo Alí que torvo, despechado,
opreso el corazón bajo la malla,
en la actitud del tigre acorralado
contempla el triste fin de la batalla;
por contrario arcabuz cae destrozado
y oscura tumba entre las ondas halla.
¡Con él también tus ambiciosos planes,
poder de los soberbios Solimanes!

¿Qué pasa allí? Con algarada fiera
celebra una victoria el otomano;
en el postrer esfuerzo, una galera
tras larga lucha, le apresó al cristiano:
la manda un español y su bandera
defendió con denuedo sobrehumano,
pero rendido al enemigo, cede,
que ni esperar ni resistirse puede.

Ya el débil puente de la nave presa,
del turco audaz bajo los pies rechina;
ya ve éste el logro á su arrojada empresa
y el satisfecho orgullo le domina.
Pero entonces la nave, hecha pavesa
salta, al incendio de la oculta mina:
¡que no hay un español que en su arrogancia
no sepa hacer de un leño una Numancia!

Tal la grande epopeya, tal Lepanto;
á su recuerdo las ciudades fieles
altares alzan con delirio santo;
muerden la dura piedra los cinceles;
llevan la vida al lienzo por encanto
Tiziano y Tintoretto en sus pinceles,
y hacen correr sus plumas inmortales
los Ercillas, Herreras y Morales.

En ese día memorable abona
su hidalgo nombre con valiente acero
aquel á quien, más tarde, himnos entona
de admiración el universo entero;
que antes que del poeta la corona
ciñó el sangriento lauro del guerrero,
gigante en aquel siglo de gigantes,
monstruo de genio sin rival: Cervantes.

Allí, en Lepanto, entre la lid reñida,
por vez primera se mostró á la Historia.
¡Van juntas las grandezas en la vida
y engéndrase una gloria en otra gloria!
Vejada largo tiempo y combatida,
llenó después el mundo su memoria;
dió á la patria su sangre en cruda guerra,
y el pensamiento á la asombrada tierra.

Lira de bronce en que estalló iracundo
el estro de Calinnos y Tirteos,
en las edades épicas del mundo
cantando de la guerra los trofeos,
de esa inmortal empresa sin segundo,
realizada entre esfuerzos giganteos,
el mal pasado y el honor presente
tú pudieras decir, tú solamente.

Suena ensalzando de la Cruz cristiana
los altos triunfos que en su honor recojas
y en que arrolló la hueste musulmana
como en la selva el huracán las hojas;
suena evocando en la conciencia humana,
que hoy piérdese entre dudas y congojas,
de su propia grandeza el sentimiento
al libre són de tu robusto acento.

Y si en infausto y doloroso día
mirar pudieses á mi patria amada
ya en el rubor de servidumbre impía,
ya en desaliento y postración menguada,
para avivar su indómita energía,
para encender su exaltación sagrada,
con los recuerdos de Lepanto llena,
suena también ¡hasta romperte suena!

LA MUERTE DE HIPATIA

EPISODIO ANTIGUO

(1886)

LA MUERTE DE HIPATIA

EPISODIO ANTIGUO

I

"Ved. Ya el albor de la naciente aurora
que detrás del Cesáreo se levanta,
los dos fronteros obeliscos dora;
ya sobre el verde tamarindo canta
el ibis, pronto á remontar el vuelo,
y ya á distancia el avestruz zancudo,
con ambas alas azotando el suelo,
corre medroso el arenal desnudo.

"Es hora ya, ¿qué aguardo?
La lámpara extinguid en que se apura
la última gota de oloroso nardo;
la túnica ceñid á mi cintura,
y el cordón de amatistas á mi cuello;

verted en mi cabello
el aceite del cáncamo extraído,
que en la vasija de cristal gotea,
y atad al carro de marfil bruñido
los dos negros caballos de Nicea.

"Síganme cuantos lloran,
dentro del pecho, la presente angustia
y el ara rota de los dioses patrios
allí donde aún los hombres los adoran,
donde aún florece la verbena mustia
sobre las ruinas de los viejos atrios."—

Así, con labio que la gracia sella,
desde su lecho, al despuntar el día,
habla Hipatia la bella,
la sabia Hipatia, honor de Alejandría;
y la grandiosa capital, en tanto,
se va en las sombras destacando clara,
cual si de un nuevo Anfión se levantara,
piedra por piedra, al imperioso canto.

Próxima al ancho Nilo,
por cuyas aguas de raudal remoto
crece la flor del loto
y nada, merodeando, el cocodrilo;
apoyada en dos puertos,

donde el azul Mediterráneo brilla,
y teniendo á su espalda los desiertos,
nave parece que encalló á la orilla
y hunde en el mar la reluciente prora,
ó egipcia Venus que nació á la aurora
de la onda frágil que á sus pies desmaya,
y á Occidente sonríe, tentadora,
sobre la concha de la curva playa.

¡Cuál ya, entre el velo de vapor sombrío,
la metrópoli inmensa resplandece,
aún empapada en húmedo rocío;
y entera se aparece
á la vista, entre bosques de granados
y verdes sicomoros,
con la cepa mareótica alternados,
en su seno ostentando los tesoros,
las maravillas que brotando fueran
en torno de la herencia macedonia,
á los rayos del sol, que reverberan
jaspes de Libia y pórfidos de Ausonia!

Allí vense las ruinas
del antiguo Serápeo, donde imperan
ejércitos de mansas golondrinas;
más allá, el Hipogeo,

tumba de aquellos trágicos amores
en que la sangre salpicó las flores
con que el deleite coronó al deseo;
detrás, con serpenteo
de escamoso reptil, límpido y claro,
el gran canal que entre jardines corre,
y en isla unida á la ciudad, el faro
que en lo alto de la torre
cuyas paredes revistió la hiedra,
velando el abra, pertinaz rutila,
como única pupila
del vigilante cíclope de piedra.

¿Dónde otro pueblo como aquel, á emporio
tal de grandeza y esplendor llegado
de cuantos rige Honorio
y abarca Roma á la sazón? Sentado
en medio de dos mares:
delante el que abre á las audaces quillas
paso desde las costas más lejanas,
y detrás el de arena, sin orillas,
que cubren los aduares
y cruzan las pacientes caravanas;
centro es de vida universal, recinto
donde llegan de todos los lugares
los productos del arte ó del instinto
para henchir sus espléndidos bazares.

Allí van las galeras
á descargar las exquisitas gomas
recogidas del Caspio en las riberas,
de Frigia las riquísimas maderas,
y de Tarento las jugosas pomas;
allí, sobre bajeles
que adornan esculpidos animales,
llegan de Siria las costosas pieles,
de España los metales,
la pesca que da el Ponto, y los corceles
que abrevan en egipcios manantiales;
allí el trireme, cuyo casco abruma
el ámbar que en el Báltico se cría,
vase á cruzar con el panfil de pluma
cargado de algodón de la Etiopía;
y de Mileto las tupidas lanas
se truecan por las púrpuras indianas
ó las especias del confín sabeo,
y esclavos del Egeo
se cambian por panteras africanas.

Mas no tan sólo el ruido
del bullicioso tráfico ensordece
la opulenta ciudad; con él se escucha
alzarse confundido,
retumbando en las aulas que estremece,
sordo fragor de turbulenta lucha

á que enemigas sectas se convocan,
y en que toda doctrina y toda idea
son como aceros que esgrimidos chocan
en polvoroso campo de pelea.

Que aquel pueblo gigante,
lanzado á un torbellino sin sosiego,
filósofo y mercante,
mezcla confusa de oriental y griego,
que al exportar el abundoso grano
lleva doquier su espíritu fecundo,
es á la par la alhóndiga del mundo
y la Babel del pensamiento humano.

II

Dejando el baño perfumado y tibio
en que de aquella atmósfera de fuego
buscó al influjo enervador alivio,
Hipatia al cuerpo la flotante ropa
cogió en dorado ceñidor; y luego
que al pie del mármol tutelar de Palas
puso en ofrenda la corintia copa,
con grave porte y ademán tranquilo
cruzó al través de las desiertas salas,
hasta hallarse en el ancho peristilo
donde aguardaba muchedumbre amiga,
y á cuya misma puerta,
ya junto al carro, de sudor cubierta,
relinchaba, impaciente, la cuadriga.

Mientras, dejando el sueño en que se aplace,
la población á la común fatiga

de la diaria actividad renace;
bullen por los mercados
nubias esclavas, que en los amplios cestos
los frutos sazonados
llevan sobre hojas de palmera puestos;
á sombra de los pórticos, sentados
conversan los filósofos, la plebe
á las puertas del circo grita y bebe
y azuza á los leones enjaulados;
en el distante muelle, que resuena
con la varia faena,
los marineros sin cesar trajinan,
mientras en torno de ellos,
al descargar los dóciles camellos,
ruedan los fardos, que en montón se hacinan;
con los monjes que al templo se encaminan
crúzanse las hermosas meretrices
que en las áureas literas, muellemente
reclinadas en pérsicos tapices,
se dirigen al baño, y en las plazas
llenas todas de gente
de varios trajes y distintas razas,
el sirio, el griego, el copto y el judío,
excitan con aplauso y griterío
á la de Cádiz bailarina esbelta,
que ágil de cuerpo, de estatura chica,
danza en el corro desceñida y suelta,

y avivando el compás á cada vuelta,
sobre la sien los crótalos repica.

¿Dónde va Hipatia, entre el amado coro
de alumnos fieles que el placer embarga,
tenso en las manos el rendaje de oro,
sobre el carro sonoro
que al peso cruje de su excelsa carga?
No el amoroso, punzador cuidado,
que los núbiles párpados desvela,
fué quien, insomne, la arrancó del lecho;
su alma á regiones infinitas vuela,
y á la flaqueza femenil cerrado,
por más alta ambición late su pecho.
Contempla moribundo,
sobre las rosas del festín sagrado,
yacer al genio del antiguo mundo;
en el altar volcado
ve agonizar, sin pábulo, la llama;
oye mezclarse al huracán, que brama,
desgarrando los aires lastimera,
la voz que por doquiera
"¡Se van los dioses!" con espanto clama.
Numen de un tiempo, encarnación postrera
de aquella Edad vencida,
cuya alma al exhalarse, desprendida,
de entre la ruina universal, la inflama,

como la amante Psiquis, en la mano
su lámpara encendida,
ve fugitivo remontarse al cielo
á aquel riente espíritu pagano
que de halagüeñas fábulas el suelo
y el espacio pobló, que en todas partes
sembrando fué, con sus sensuales mitos,
la luminosa huella de sus artes
y la clásica pompa de sus ritos;
que guarneció con invencible hueste
de dioses cada templo, y que á su paso,
en el colmado vaso
brindó á la tierra la embriaguez celeste.

Ante el peligro que inminente mira,
en generosa indignación ardiendo,
ella á salvar del cataclismo horrendo
la amenazada sociedad conspira;
y corre en el tumulto
su voz á alzar como postrera nota
que Grecia arranca á su vibrante lira
contra la cruz del Cristianismo rota:
voz á cuyo eco, el olvidado culto
de nuevo en torno de las aras brota,
palpitan las estatuas mutiladas
en los patios desiertos
por la hiedra y el musgo profanadas,

y se estremecen los despojos yertos
de los antiguos héroes y poetas,
que escucharla parecen por las grietas
de sus hondos sepulcros entreabiertos.

¡Qué hermosa va! Miradla. Su figura
la reposada majestad ofrece
que al mármol dió la helénica escultura;
palma de Delos su gentil cintura
moviéndose parece;
como labrado Paros resplandece
de sus desnudos hombros la blancura.
Al suelto galopar de los caballos,
cuyos ágiles callos
van en las piedras encendiendo lumbre,
cruza, entre polvoroso torbellino,
la inquieta muchedumbre
que se agolpa á mirarla en el camino.
Alta lleva la frente soñadora,
que la interior contemplación tranquila
con un reflejo misterioso dora;
fulgura su pupila,
anegada en la luz del firmamento,
y mientras que su seno á cada aliento
se redondea en curvatura suave,
como la vela de gallarda nave
que con su soplo desarrolla el viento,

al par de la tendida cabellera,
graciosamente flota,
á su espalda plegándose ligera,
la túnica de lino, que alborota
el impulso veloz de la carrera.

III

EL SOLITARIO

Entre aquel bullicioso clamoreo
de franca admiración que por doquiera
resonando de Hipatia en la carrera
síguela hasta las puertas del Museo,
¿qué hostil rumor que amenazante sube,
de tiempo en tiempo percibirse puede
como huracán que á la irritada nube
en tempestuosas ráfagas precede?
Son los monjes de Nitria, los ariscos
lobos del yermo, que en los antros rudos
de la Tebaida, entre escarpados riscos,
abstinentes, desnudos
sobre el despojo de la res dañina,
ven con ira y terror cómo á la magia
de aquella voz divina,
eco de un mundo cuyo fin presagia,

la veleidosa turba alejandrina
corre á adorar los dioses tentadores,
que, si sucumben á la ingente ruina,
sucumben entre cánticos y flores.
Tras ellos, turbulenta,
la escoria va del populacho hediondo,
cieno que escupe el removido fondo
de la ciudad, donde el rencor fermenta.
Como corriendo en la extensión que asorda,
con uno y otro manantial el río
hínchase y crece hasta que al fin desborda,
así con nuevos golpes de gentío
más cada vez la muchedumbre aumenta,
y haciéndose el murmullo vocerío,
la agitación tumulto,
monjes y plebe de furor beodos,
en la boca el insulto
y entre las manos el puñal, van todos.

Todos no. Confundido entre la turba,
pero extraño al impulso que la mueve,
y á su designio criminal ajeno,
con piadosa expresión que no perturba
ni la sombra más leve
en su semblante plácido y sereno,
un joven religioso
sigue á Hipatia también. ¡Cómo contrasta

con los demás en su infantil belleza,
en la que se une á la inocencia casta
un tinte de selvática fiereza,
pues suaviza un reflejo luminoso
de interna unción la tosquedad agreste
que desaliña su áspera cabeza,
como la luz celeste
dora en el bosque virgen la maleza!

Es de esos seres cuyo rostro inunda
con vivo resplandor el pensamiento,
y una especie de atmósfera circunda,
difusión de su espíritu en el viento.

A su pupila abierta y dilatada
con la tensión del éxtasis, parece
que llega desde lejos la mirada;
su mejilla enrojece
rica la pubertad, que á cada paso
su sangre, á impulsos de la fiebre, activa,
como llama que á intérvalos se aviva
tras de la suave opacidad del vaso.
Tosca pelliza de animal salvaje,
á la cintura atada
con grosero cordel, forma su traje,
cayendo hasta sus hombros derribada
la cabellera intonsa, y descubiertos

quedando al aire los contornos rudos
de sus brazos desnudos,
curtidos por el sol de los desiertos.

En ellos libremente
creció, al acaso, vagabundo y triste,
en la austera virtud del penitente;
con el harapo que su cuerpo viste,
por toda propiedad; ora indolente
durmiendo encima de su fiel alano,
ora corriendo el arenal ardiente,
comiendo el fruto que abatió el solano,
ó apagando su sed en el torrente,
donde bebe en el hueco de la mano.

Vagar á la ventura
escuchando en confuso arrobamiento
las confidencias íntimas del viento
que en el tupido carrascal murmura;
correr al borde mismo
de agrio barranco ó pedregoso abismo;
trepar de roca en roca
hasta la cima que en las nubes toca,
para mirar en la tormenta obscura
el relámpago arder como una espada
que, al aire desnudada
por un arcángel vengador, fulgura:

esta su infancia fué. Sin ley ni guía,
dejábase mecer en el regazo
de la próvida madre, y se fundía
en un inmenso abrazo
con toda la creación. Astros y flores,
celajes y rumores
hablábanle un idioma sin palabras;
familiar á los hoscos moradores
de aquel contorno, en su esquivez bravía,
las montaraces cabras
llegaron á buscar su compañía.
¡Cuántas veces á sombra de una higuera,
mientras durara su deliquio suave,
vino á beber en su escudilla el ave,
ó á sus pies se tendió mansa la fiera!

Tal fué hasta entonces. Pero así en la calma
de esta existencia nómada y vacía
fué de anhelos llenándosele el alma;
y ya al mirar desde el vecino monte,
tras uniforme sábana de arena,
la línea siempre igual del horizonte;
ya al ver la luna llena
en medio de la bóveda infinita
cual virgen que velando
pasó la noche en la frustrada cita,
y pálida de insomnio y desconsuelo

retrocede ante el alba, desgranando
su corona de estrellas por el cielo,
sintió la vaguedad indefinible
de algo ignorado hacia lo cual gravita.
¿Qué solitario corazón no incita
la sirena falaz de lo imposible?

Un día, trasponiendo las montañas,
que eran para él los límites del mundo,
por veredas extrañas
se halló en una ciudad; de su profundo
deslumbramiento le sacó el renombre
de la que admira Alejandría inquieta,
latiendo, al verla, el corazón del hombre
bajo el sayal del macilento asceta;
y desde entonces síguela arrastrando
por fuerza oculta, con el loco empeño
y el mirar extraviado
del que sigue en la sombra alucinado
la proyección fantástica de un sueño.

En tanto, grave, como nunca bella,
ya en el lugar acostumbrado ocupa
puesto eminente la gentil doncella,
mientras en torno de ella
el haz de sus discípulos se agrupa.

En el marmóreo peristilo abierto
á la vista del puerto
que entero cubren las ancladas naves,
en medio de la esbelta columnata
que el velarium de púrpura sombrea,
donde exóticas aves
bullen cautivas en la red de plata,
y es como lira de cristal la grata
voz de la fuente que á sus pies gotea,
serena Hipatia al popular concurso
va su palabra á dirigir. Los ojos
vueltos al cielo que mediado el curso,
inunda el sol en resplandores rojos,
pálida, sacudida
por la divina exaltación, la mano
en el cabello, semejante á nieve
cuajada entre la mies, la sien ceñida
con la corona de laurel lozano,
sobre la masa del frontón contiguo
su augusta forma se destaca leve,
como figura á que el cincel antiguo
vida prestara en ático relieve.

Es la inspirada musa
abierto el labio á la vibrante estrofa
que blanda ruega, ó indignada acusa;
es la sibila cuyo ser conmueve

la presencia del dios; y con acento
que contrastando la enemiga mofa,
suena, á la vez, á apóstrofe y lamento,
así habla, al fin, entre el feroz aullido
con que la chusma, á la explosión dispuesta,
como lejano mar embravecido,
más espantable cada vez contesta.

IV

ARENGA DE HIPATIA

En vano hoy en mi boca sedienta de justicia
querrás hallar ¡oh pueblo! la ciencia de Platón;
no es hora al puro goce de la verdad, propicia,
la que en los tiempos suena de espanto y turbación.

Ante el inmenso duelo que de repente apaga
sobre los labios todos las risas del placer,
crecida de las sombras, que al universo amaga
con perdurable noche sin nuevo amanecer;

cuando en la arcada rota del templo solitario
el árabe camello sestea en libertad,
y olvida por los riscos del áspero Calvario
las sendas del Olimpo la ciega humanidad,

doquiera, nuestro oprobio con lágrimas escrito,
enfrente, de amenazas preñado el porvenir,
no queda otra elocuencia que el indignado grito;
tan sólo hay un ejemplo que dar: el de morir.

¿No veis? el seno estéril; por fuerzas enemigas,
del pecho, antes ubérrimo, secado el manantial;
su frente, coronada de torres y de espigas,
abate sobre el polvo Cibeles inmortal.

No pueblan ya los dioses la gran naturaleza
de juegos y de amores, de risas y de luz;
tan sólo sobre el mundo su trágica tristeza
proyectan, extendidos, los brazos de una cruz.

De los arcadios montes no huella ya la falda,
corriendo tras las ninfas el bullicioso Pan,
la hirsuta piel de lince pendiente de su espalda
y ornados los cabellos de rústico azafrán;

al aire sacudiendo los tirsos cimbradores
donde ágiles se enroscan culebras del Ladón,
sus danzas desenvueltas tejiendo sobre flores,
de los ruidosos címbalos al destemplado són,

no corren por las selvas, desnudas, las bacantes,
del vértigo y del vino tomadas á la par,

ni al ebrio dios consagran, aullando delirantes,
la ofrenda del harnero sobre el campestre altar;

no se abre en hondo surco la arena del estadio
bajo la llanta de oro del carro volador,
mientras de pie y ansiosos, por el extenso radio
cien mil espectadores levantan su clamor.

Ni baten sobre el yunque de sus abruptas fraguas
dactilos y curetas el duro pedernal,
ni las nereidas hilan debajo de las aguas
aljófares de espumas en ruecas de coral.

Callado está el oráculo; rendida y sin aliento
cayó la Pitonisa del trípode á los pies;
el polvo que en los valles arremolina el viento,
mármol de Partenones y Capitolios es.

¿Que fué de aquellas naves cercadas de prodigios,
que el piélago azotando con remos de marfil,
al són de liras jonias y caramillos frigios
bogaban hacia el puerto de Delos la gentil?

¿Quién sabe de la ciencia que el velo desgarraba
del tiempo, ante los ojos del inspirado augur?
¿Dónde hoy, á los mugidos de la hecatombe brava,
con sangre de las víctimas humea la segur?

Esfinges esculpidas en rocas seculares
donde encerró el Egipto su enigma colosal,
granitos erizados en selvas de pilares,
vegetación disforme del líbico arenal;

proféticas encinas del bosque de Dodona,
á que prestara el viento la voz del frenesí;
laureles con que Delfos tejiera su corona
cuando aun al mundo hablaba la inspiración allí;

adelfas que á la margen creciendo del Iliso
bordabais sus orillas con desigual festón;
rebaños que las hojas amargas del citiso
pacíais á la sombra del verde Citerón;

abejas que poblasteis las hayas del Himeto,
cigarras que alegrasteis las cuencas del Tempé,
montículos de Sunium, laderas del Taigeto,
vestigios de las artes, reliquias de la fe;

llorad vuestro abandono. Ya el hombre miserable,
turbado por ensueños de ascético terror,
en vez de la armoniosa belleza inalterable,
adora los sangrientos emblemas del dolor;

y sólo ve en la vida, que cruza peregrino
trocando sus halagos por hambre y desnudez,

la tienda que una noche levanta en el camino,
y al despuntar el alba, recogerá otra vez.

¡Ho dioses! ¡De qué modo contrastan los cristianos
misterios tenebrosos del ágape común,
con los gentiles goces, que en días no lejanos
al mundo deslumbraban con su esplendor aún!

¿Quién ¡ay! como en el friso marmóreo se conserva,
con la perenne vida que le prestó el cincel,
la augusta ceremonia del culto de Minerva,
no lleva en su recuerdo, grabada dentro de él?

Atenas hierve en fiestas. Aquí, en marciales danzas
se cruzan los caudillos que á Grecia honraron más,
al choque estrepitoso de escudos y de lanzas
que marca de sus giros el bárbaro compás;

allá, entre las columnas del pórtico severo
que cercan los umbrosos olivos del jardín,
al són de los rotundos hexámetros de Homero
los rápsodas divierten las horas del festín.

Ya un año retiradas del ateniense suelo
á lo alto de la Acrópolis, entre himnos de placer,
diez vírgenes habían bordado el sacro velo
de manos de las Gracias salido al parecer;

y á miles de cautivos de todas las naciones
devuelta por tres días la dulce libertad,
entre armoniosos cantos y aceptas libaciones,
la Pompa lentamente recorre la ciudad.

¡ Cuál, llena la falange de gala y gentileza,
paso abre á los heraldos que van de dos en dos,
con el beocio casco cubierta la cabeza
y en alto el caduceo, de la falange en pos!

Tras éstos, encorvando los brazos con arillos
como asas modeladas en ánfora sutil,
¡ qué hermosas las canéforas, sobre anchos canastillos
conducen las primicias del opulento Abril;

y vierais luego, al eco de músicas divinas,
pasar á las esclavas ceñidas de laurel,
llevando á la cadera las urnas cristalinas
de cuyos bordes fluye la límpida hidromiel!

Con un rumor confuso que extiéndese y circula,
creciendo según crece la pública inquietud,
cual mies que bajo racha de temporal ondula,
se agita en la carrera, por ver, la multitud:

es que llegar se mira la nave artificiosa
montada en ruedas y hecha de sándalo y carey,

en donde izado á un mástil va el péplos que á la diosa
se ofrecerá con sangre de la inmolada grey.

Detrás, ¡ cómo retoza con sus becerros tiernos
el toro, conducido del áspero ronzal;
qué es ver cómo sacude los enramados cuernos,
en torno de la madre balando el recental!

La clámide á los hombros, ceñida la sandalia,
los grupos de mancebos descúbrense por fin,
de potros que pacieron la hierba de Tesalia,
como ágiles centauros, asidos á la crín;

y á modo que las olas al paso del navío
se apartan contenidas, cerrándose en pos de él,
así tras el cortejo, las masas del gentío
se estrechan, se confunden, se agolpan en tropel.

¡ Oh Grecia, musa eterna, Sibila de la historia,
cuyos cabellos, cuerdas de nuestras liras son!
¿ Quién puede tu hermosura borrar de la memoria,
ni al culto de tu nombre cerrar el corazón?

Tus golfos se recortan en frescas ensenadas;
tus montes ensombrece, pomposo, el abedul;
las islas te circundan cual perlas desgranadas
de tu collar, ó cisnes en el remanso azul.

Tú diste á todo un alma. Por ti su imperio ejercen
la fiera de los bosques y el águila veloz,
las ramas como brazos, lascivas, se retuercen,
el eco habla en las grutas del viento con la voz;

en ti las espesuras detrás de cada fronda
descubren un silvano dormido en el marjal,
y en tus corrientes aguas es cada móvil onda
el pecho de una ninfa que habita su cristal.

¡ Salud, Hélada madre ! De Jonia y de Corinto
besada por los mares que arrullante á la vez,
tu suelo fué tallado como un inmenso plinto
donde la forma alzara su augusta desnudez.

Tus tiempos ignoraron el mal y la tristeza;
para tus hijos, ebrios de juventud sin fin,
la vida era un tributo rendido á la belleza,
la muerte un dulce sueño por término á un festín.

Si acaso en tus anales relampaguea el odio,
ó el crimen comparece de la Justicia al pie,
el arma vengadora con mirto cubre Harmodio,
y triunfan de las leyes las gracias de Friné.

Entre tus puras manos la línea que ondulante
sus ricas inflexiones doquiera desplegó,

fué verbo del granito, fué ritmo palpitante
del himno que á los cielos la piedra levantó;

en cada huella tuya trazada sobre el barro
el molde de una Venus dejastes al pasar;
las chispas que encendieron las ruedas de tu carro,
constelación de estrellas subieron á formar.

¡Cuán otros nuestros tiempos! Hoy triste el alma
la tierra sacudida por interior vaivén, [humana,
anuncian la espantosa catástrofe cercana
que atónitos los siglos aproximarse ven.

Oid. En todas partes, cual torrencial diluvio,
cual témpanos dispersos de despeñado alud,
el Vístula y el Oder, el Elba y el Danubio
vomitan de cien pueblos extraña multitud.

Por cima de las tumbas que le dilatan sordas,
en medio de las ruinas que abate el huracán,
resuena el formidable galope de esas hordas
que un mundo hecho pedazos á disputarse van.

¿Quién son? Nadie lo sabe; del Norte y del Oriente
secreta voz escuchan que ordénales partir;
el que del mar las olas en la borrasca cuente,
podrá de sus legiones el número decir.

¿Buscáis dónde acamparon? Allá por las alturas
lo dicen los despojos del animal montés.
¿Queréis seguir su marcha? Mirad esas llanuras
taladas, esos pueblos hundidos á sus pies.

Allí viene el sicambro de roja cabellera,
el hérulo salvaje de embadurnada faz,
el hunno que á caballo trafica y delibera,
el franco indomeñable y el sármata voraz.

Y vienen en pos suyo sus hembras desgreñadas,
que afilan las frameas en el altar de Odín,
y recorriendo el campo después de las jornadas,
al buitre y á la hiena disputan el botín.

Y al par viene con ellos, cual prenda de rescate,
su prole embrutecida por el continuo horror,
que en el sangriento carro, la noche del combate,
sobre armas destrozadas, engendran sin amor.

A pie, sobre animales, sirviéndoles de barcos
los troncos de las selvas que desgajó el destral,
rugiendo, mientras pulsan la cuerda de sus arcos,
las bélicas estrofas de un canto nacional,

afluyen, inundando las polvorosas sendas,
y todo á su designio parece obedecer;

los brutos son sus guías, los árboles sus tiendas,
su cómplice el espanto que inspiran por doquier.

No hay salvación. Ya Roma, que su grandeza expía
desde el infame lecho de su áureo lupanar,
volviendo, amedrentada, del sueño de la orgía,
les oye ante sus puertas, fatídicos, aullar.

No hay salvación. En breve celebrará el cristiano
su culto, de esas teas á la siniestra luz,
y con el hacha misma del opresor germano
se esculpirá en los templos la vencedora cruz.

Nosotros, ¡ ah ! nosotros, de nuestra estéril obra
los esparcidos restos mirando en rededor,
¿en dónde fijaremos la planta, sin zozobra?
¿adónde volveremos los ojos, sin horror?

Como el patricio austero que su materna tierra
por extranjeras manos despedazada ve,
y á inabordables costas, de grado, se destierra,
llevándose en el pecho la patria con la fe,

proscritos de la vida, vencidos de la suerte,
en tanto el cielo anubla la densa obscuridad,
tranquilos, al encuentro salgamos de la muerte,
llevando con nosotros el alma de una Edad.

Caigamos, mas no á modo de ejército maltrecho
que en fuga vergonzosa desbándase al morir;
caigamos abrazados al mundo que hemos hecho,
en torno á nuestra enseña, de cara al porvenir.

¡Quién sabe! En las tinieblas el misterioso germen
trabaja soterrado para brotar en flor;
durante el largo sueño que en el capullo duermen,
á los insectos nacen sus alas de color.

No puede ser que todo disípese ó sucumba
en esta dolorosa transformación social.
El alma de un gran pueblo con él no se derrumba,
y sepultada viva, para romper su tumba,
tan sólo espera, acaso, la voz providencial.

V (1)

Así habló Hipatia. Su oración fogosa
entre murmullos de impaciencia oída
por la canalla que en redor la acosa,
fué, al terminar, seguida
de una profunda expectación ansiosa.

Todo furor para romper su valla
tiene esa tregua. Ante la presa que huye
se encoge el tigre si en acecho se halla,
la ola al saltar refluye,
y la pasión, al desbordarse, calla.

Fué ese silencio lúgubre que prensa
como la asfixia el corazón, vacío
donde la vida estáncase suspensa,
mudez cuyo horror frío
parece que en el aire se condensa.

---

(1) Fragmento inédito.

Bajo esa calma, en derredor, latente,
hay una sorda hostilidad; gravita
la invisible asechanza en el ambiente
y en la angustia infinita
avanzar la catástrofe se siente.

Es la paz, del combate precursora
en que la mar y el pensamiento gimen,
es el instante de quietud traidora
en el cual se elabora
la tempestad, ó se medita el crimen.

Por fin, de pronto, revolvióse lleno
de arranque el odio contenido un punto
y como nube en cuyo hinchado seno
retumba, siempre junto
con la explosión, para anunciarla, el trueno,

la masa inmóvil osciló; doquiera
se alzó ese grito que en rugido acaba,
y ebrias las turbas avanzaron: era
el salto de la fiera,
la ola que hervía, la pasión que hablaba.

En tanto, á la ciudad sobrecogida
por el rumor insólito que cunde,
en el afán de su ordinaria vida,
la alarma se difunde
con rapidez eléctrica esparcida.

Corriendo el pueblo sin saber adónde
aquí y allá desbándase ó se junta,
la duda acecha, la abyección se esconde,
y al ansia que pregunta
atropellado el pánico responde.

Por todas partes, con brutal chacota,
de la ciénaga infecta del suburbio
sale esa plebe repugnante y rota
que sobre el lago turbio
de las revueltas populares flota.

Allí á los monjes que el desierto envía
mézclanse en algarada gigantesca,
mendigos de la astrosa judería,
soez marinería
y mal disciplinada soldadesca;

toda la escoria que en fusión impura,
de sus entrañas de disuelta lumbre
el cráter del motín lanza á la altura,
toda la podredumbre
que la social inflamación supura.

Crece y se encrespa en la invadida plaza
precipitado con creciente estruendo,
aquel mar que sus diques despedaza,

y en tanto que, rugiendo,
á su impasible víctima amenaza,

hasta ella escupe con obscena boca
roncos denuestos la feroz ralea,
del mismo modo que en su furia loca,
al asaltar la roca,
la salpica de espumas la marea.

En este instante, abriéndose impetuoso
calle á través del hervidor gentío,
un fraile, envuelto en hábito andrajoso
asaltó el graderío,
y descolló en el pórtico anchuroso.

Era Pedro el lector; rudo adversario
del gentilismo, contra el cual en larga
y reñida contienda, sanguinario
su cólera descarga
con el celo implacable del sectario.

. . . .

. . . .

Nota. — Poema inconcluso del que sólo ha dejado su autor las estrofas que preceden.

POEMAS VULGARES

CONSUMMATUM.—EN EL ARROYO

(1891)

POEMAS VULGARES

Los dos poemitas que me resuelvo á ofrecer al público en este libro son el primer ensayo de una serie proyectada (1).

La tendencia á que obedecen, predominante en algunos poetas modernos, tales como Francisco Coppée ó Eugenio Manuel, no es nueva del todo en la literatura, y sin remontarnos á tiempos anteriores, hállase ya formulada por el coloso de la poesía francesa, Víctor Hugo, en cuya obra compleja y vastísima ocupa lugar más ó menos secundario. No puede, empero, desconocerse que en la actualidad es cuando esta tendencia se manifiesta con cierto linaje de supremacía, cultivada bajo diversas formas y con mayor ó menor preferencia por casi todos los poetas contemporáneos; y en España misma, donde así la

---

(1) De ella sólo ha dejado su autor *Consummatum* y *En el arroyo*.

tradición literaria como el genio de la lengua la hacen, de consuno, harto difícil, ha alcanzado superior perfección en manos de dos de los más ilustres. Esto, para no referirnos á otros géneros, ni hablar de las demás artes, en todas las cuales adviértese análoga propensión é idéntico influjo.

Reconociendo, como no puedo menos de reconocer la legitimidad con que estos aspectos comunes y sencillos de la vida, sistemáticamente desdeñados ó proscritos por algunos, reclaman la atención del pensador y del artista, no los recibo, sin embargo, á título exclusivo, ni mucho menos me avengo á considerarlos como la fórmula suprema del arte moderno. Antes bien, juzgo que no deben ocupar en él más espacio que el que en la realidad ocupan; entendiendo, por otra parte, que como asuntos artísticos han de ser mirados por el artista, el cual, sin divorciarse de la verdad, pero subordinándola á su objeto, habrá de proponerse, ante todo, extraer de ellos la belleza que contengan, destilar, si así cabe decirlo, su *substratum* poético.

El primero de los poemas que contiene este libro fué escrito para la obra que con el título *Los Meses* ha editado una importante casa de Barcelona, y no es, por tanto en el fondo sino una especie de alegoría poemática; errará quien al juzgarlo pierda de vista este carácter, determinado por la circunstancia

que concurrió á su concepción. El segundo es un sencillo episodio en que he intentado aplicar á un asunto moderno las formas populares y castizas, vertiendo así *el vino nuevo en odres viejos.*

Tal cual son los presento humildemente, confiado en la benevolencia con que tanto el público como la prensa han recibido mis obras anteriores, benevolencia por la cual faltaría á un deber si no les rindiera aquí sincero testimonio de profundo reconocimiento.

E. F.

CONSUMMATUM

(ALEGORÍA DE OTOÑO)

CONSUMMATUM

Quien se complazca en el adusto invierno
vaya á buscarlo coronando eterno
las graníticas cumbres de la sierra,
desde las cuales, con impulso aleve,
cae sacudiendo plumazón de nieve
sus alas al batir sobre la tierra.

Cuando un ensueño juvenil de amores
pensar os haga en las tempranas flores
y en las nidadas que el verdor cobija,
no hallaréis un lugar donde se ostente
como en el valle, espléndida y riente,
la primavera, que del valle es hija.

Mas si vuestra alma simpatiza triste
con el otoño, que su luto viste,
y huís los valles y esquiváis los montes,

venid del llano á la extensión baldía,
donde la universal melancolía
se dilata en inmensos horizontes.

En un rincón de tierra castellana
que desde el sitio próximo en que mana
cruza Pisuerga entre campiña verde,
antes que deslizándose rastrero,
pague tributo al caudaloso Duero
donde su nombre con sus aguas pierde,

se alza en la orilla del camino, al coto
de otra heredad, y entre viñedo y soto,
una rústica granja en un ribazo,
con sus cuadras, graneros y corrales
y algunas tierras de labor, que, eriales,
cúbrense de cizaña y de lampazo.

Hace ya muchos años que desierta,
sin que se abra jamás aquella puerta
que el viento azota, y la humedad carcome,
con tristeza la mira el aldeano
de los contornos, aguardando en vano
que un ser viviente á su dintel asome.

En su huerta poblada de cicuta
pica el gorrión, á su placer, la fruta

que en los tronchados árboles se daña;
por sus desvanes el vencejo vuela,
y el polvo tupe la viscosa tela
con que entapiza el paredón la araña.

No canta el gallo en su interior, erguido
sobre las bardas del corral, ni al ruido
ladra el mastín en vigilante acecho,
ni la campana del fogón humea,
ni la noria, chirriando, forcejea
para regar el almorrón deshecho.

No sé qué extraña sensación de frío,
qué malestar de ausencia y de vacío
produce al caminante aquella ruina,
cortando sobre el pálido celaje
la monótona línea del paisaje
á la luz de la tarde que declina;

qué sombra de tristeza en la explanada
proyecta obscura, silenciosa, aislada,
descubriendo al través de cada reja
toda la horrible destrucción que, acaso,
más que las olas ni el incendio, el paso
de la desgracia, irreparable, deja.

Allá, de noche, cuando en luz pajiza
baña la luna su pared terriza
que poco á poco, hiéndese y desploma
y en su desnuda tablazón el yeso
finge la mate lividez del hueso
que tras la llaga, descarnado, asoma,

parece una gigante calavera
que por disforme maxilar tuviera
del balcón los balaustres desiguales,
cien recónditas grietas por suturas,
y por cuencas sin luz, las aberturas
de sus hondas ventanas sin cristales.

Triste es la historia que de aquella casa
suele contar el leñador que pasa
con su haz al hombro hacia el lugar cercano,
tal vez sobre sus ásperas mejillas
enjugando una lágrima á hurtadillas
con el revés de la callosa mano.

Y así, entre tanto que su ruin techumbre
se desnivela, y que humedad y herrumbre
desgastan la armazón de sus pilares,
por su pared, entre torcidas barras,
trepa el espino, que con duras garras
parece asir los trémulos sillares.

Cierto día á principios del otoño,
cuando viste su púrpura el madroño,
y el racimo se dora en el majuelo,
mientras desapacible ventolina
la pálida hojarasca arremolina,
con niebla gris encapotado el cielo,

pudo ver con asombro el campesino
que, barbechando el pegujal vecino,
conducía la yunta fatigada,
por detrás de las tapias de la huerta
parar un coche ante la misma puerta
de la pobre mansión deshabitada.

Una mujer cuyo interior quebranto
se desbordaba en silencioso llanto
reprimido en sus ojos largos días,
bajó, y en pie junto al umbral obscuro,
mil veces, reclinándose en el muro,
besó sus piedras húmedas y frías.

Luego, alzando su faz pálida y bella
como el dolor, en que estampó la huella
de infames noches el insomnio ardiente,
abrió y entró. Bajo su doble calma,
lóbrego el sitio y tenebrosa el alma,
quedaron un minuto frente á frente.

Ella nada expresó; pero en el hueco
mudo edificio, despertando al eco
de sus pisadas con rumor confuso,
dijérase que de diverso modo,
conjuración de lo impalpable, todo
como una sorda resistencia opuso.

La puerta de podridos travesaños
que descansara, inmóvil, tantos años
sobre los pernios de su quicio tosco,
no se apartó sin recrujir pesada,
como guardián que, á su pesar, da entrada
refunfuñando soñoliento y hosco.

A tiempo que, entre tímidos y hostiles,
asomaron el cuerpo los reptiles
por las socavas de la tapia en ruina,
bajo sus pies, las removidas losas
chocaron en el patio, temblorosas,
cual dientes que la cólera rechina;

y en una bocanada de aire frío
que al recorrer el ámbito vacío
su polvo removió, con vuelo incierto,
una nube de pájaros huída
precipitóse hacia la luz, cernida
por el resquicio en el postigo abierto.

Absorta, inmóvil la infeliz durante
la eternidad que compendió el instante
transcurrido en mirar una y mil veces
tantos objetos de su bien testigos
cual de su error, en los que en vez de amigos
no hallaba ya sino implacables jueces;

qué fué lo que pasó por su conciencia,
dígalo aquel que tras de larga ausencia
volvió de nuevo á contemplar con gozo
los árboles del fundo hereditario,
al pie de cuyo tronco centenario
jugó de niño y deliró de mozo.

Pues aquella mujer, como se lanza
la inadvertida alondra á la asechanza
del espejuelo seductor, hace años
abandonó su hogar pobre y sencillo
para seguir, cegándose á su brillo,
de la ambición los pérfidos engaños.

Por aquel mismo umbral salió una noche
—bien lo recuerda, y con tenaz reproche
se lo echa á gritos su conciencia en cara—
y desde entonces ya, no hubo momento
en que un jirón de su virtud, sangriento,
en la aspérrima senda no dejara.

Tras dolorosa expiación, ahora
tumba viene á buscar la pecadora
bajo los restos de su edén perdido.
Por más que el ave se remonte ciega,
¡ah! no extrañéis, cuando la tarde llega,
verla volar en derredor del nido.

¡Con qué emoción en cada objeto mira
toda su infancia renacer, y aspira
de su pasado el virginal perfume,
sin atreverse ni á alentar siquiera,
cual si el encanto deshacer temiera
en que tan grata evocación la sume!

Quedo después, adelantando á modo
de ingrave sombra, lo recorre todo,
de la amplia cueva al palomar obscuro;
palpa, registra, sin cesar va y viene,
al pie de cada tronco se detiene,
y se abraza á cada ángulo del muro.

Quiere medir lo que creció el castaño
que ella plantara, examinar el daño
que hizo en la higuera la tenaz sequía,
escuchar si aún el agua en las corrientes
murmura aquellas cosas incoherentes
que en otro tiempo, enajenada, oía.

Nombra los sitios, á las piedras habla,
en el hortal cada deshecha tabla
le arranca un grito de profunda pena,
y se arrodilla sobre el musgo blando,
por los senderos del jardín buscando
las huellas de los suyos en la arena.

Por fin, penetra en el recinto estrecho
del pobre hogar. Bajo el paterno techo
lo mismo todo; en su interior se ofrece
tan vivo el cuadro de la edad pasada,
que al abarcarlo en rápida ojeada,
rendida á los recuerdos, desfallece.

¡Ay! es la misma habitación, abierta
por dos ventanas á la alegre huerta
y á una aranzada, cuando más, de viña,
donde aún, ennegrecidas por las moscas,
cubren los muros las estampas toscas
que no miraba sin terror, de niña.

Allí, sobre la antigua rinconera
está, entre palmas, el Jesús de cera
que con dijes y cintas se engalana,
y más allá, con la labor de pelo,
pende de un clavo el deslucido velo
de su primera comunión cristiana.

No puede más. En la mortuoria alcoba,
junto al mísero lecho de caoba,
se le arrasan en lágrimas los ojos;
y besando la cruz que en la agonía
su desolada madre besaría,
sin fuerzas ya, desplómase de hinojos.

Recuerda entonces cuando en vil hartura,
públicamente fué de su hermosura
subastando al amor los desperdicios,
y arrastrando, en fastuosas bacanales,
por todas las modernas capitales
como una regia púrpura sus vicios.

Cuando en la ociosidad de sus salones,
con el olor que en índicos jarrones
los arbustos del trópico exhalaban,
gozábase con lánguido mareo
en aspirar las flores del deseo
que á sus pies, retorciéndose, brotaban.

Cuando, insaciable, en vergonzosos lazos,
pasaba de unos brazos á otros brazos
sin ajustar la desceñida ropa,
el corazón rompiendo en que bebía,
como se rompe, al despuntar el día,
vaciada ya, tras el festín, la copa.

Cuando al mentir adoración sus ojos,
temblaba al borde de sus labios rojos
el vil sarcasmo, que clavaba artera,
teniendo, ora irritable, ora indolente,
ya el pérfido ondular de la serpiente,
ya el brusco acometer de la pantera.

Que así, amarrada en su triunfal martirio
al corcel de Mazeppa de un delirio,
toda barrera al desenfreno rota,
fué subiendo, tarima por tarima,
las gradas del escándalo, esa cima
donde se halla, á la vez, trono y picota.

¡Cuán diferente su existencia en medio
de aquel agreste y solitario predio
en cuyo albergue tutelar segura,
vió transcurrir los años de su infancia
en el temor de Dios, y en la ignorancia
de las pasiones, inocente y pura!

Aquel gozoso despertar, apenas
llamaba á las domésticas faenas
el desvelado gallo en los corrales,
para bajar, desperezando el sueño,
á migar en el rústico barreño
la sopa destinada á los zagales;

aquellas expansiones placenteras
por la tarde, á la vuelta de las eras,
ó del río en las márgenes vecinas;
los infantiles cuentos y canciones
oídos al amor de los tizones
en las gratas veladas campesinas;

la flor cuidada en el humilde tiesto,
el lecho en un rincón, limpio y honesto,
donde soñó su juvenil poema,
y aquel armario en que del blanco hatillo
se exhalaba el aroma del membrillo,
y el familiar olor de la alhucema.

Tocaba el sol, de claridad ya escaso,
la enrojecida línea del Ocaso
cuando volviendo en sí la cortesana,
se incorporó con angustioso anhelo,
y no andando, arrastrándose en el suelo,
fué á buscar aire y luz á la ventana.

Abrió de par en par; llevó á su frente
juntas las manos como si algo ardiente
de ella arrancara, y descompuesto el traje,
pálida, y destocada la cabeza,
se quedó contemplando con tristeza
la tristeza infinita del paisaje.

Delante las llanuras amarillas,
inmóvil mar sin términos ni orillas,
se extienden en confusa lontananza,
salpicadas de pardos lugarejos,
hasta ir desvaneciéndose á lo lejos
tras el confín á que la vista alcanza.

Reina en su triste majestad Octubre.
Ya el campo yermo de aridez se cubre,
y desolado el bosque se despuebla,
mientras va por recuestos y cañadas
subiendo en ondulantes marejadas
para anegar los páramos, la niebla.

Desde el aislado torreón, las aves
al emigrar hacia los climas suaves
antes que el duro temporal se inicie,
pasan en negro, silencioso bando,
que á lo lejos se pierde, proyectando
una mancha de sombra en la planicie.

Al pie del árbol despojado, ruedan
mustias las hojas, que al crujir remedan
ayes de angustia, y que con vano esfuerzo
se alzan, al soplo equinoccial que brama,
cual si aún tendiesen á vestir la rama
de que en montón las arrebata el cierzo.

Faja de polvo, por la azul ladera
se dilata la angosta carretera
sola y desierta, hasta el pinar bravío,
y más allá, tras de la curva loma,
tintas siniestras y plomizas toma
bajo los fresnos, cenagoso, el río.

¡Cuán solemne quietud! Es el momento
de íntimo y celestial recogimiento
en que se abisma y reconcentra el mundo,
la corona de rosas de la fiesta
deshojando en el polvo, en que recuesta
su helada frente el año moribundo.

Sobre su lecho que agostó el solano,
postrada por las fiebres del verano,
naturaleza, que por fin reposa,
cediendo á un suave bienestar, parece
que al letárgico influjo languidece
de una convalecencia voluptuosa.

Se siente una tristeza indefinible,
un sopor de las cosas, apacible,
una impresión de soledad y olvido;
y todo descolórase y esfuma
tras un vapor en cuya tenue bruma
dijérase que flota sumergido.

¡Hora en la vida, de contrastes llena,
que es ansia vaga y placidez serena,
mudo estupor y religioso encanto,
penumbra de misterios, indecisa,
último resplandor de una sonrisa
que se deshace, resignada, en llanto!

Ante el cuadro otoñal que la circunda,
en su otoño también, la moribunda,
tenaz mirando la campiña escueta,
en lo exterior, absorta, se abismaba,
y entre su duelo y el del mundo hallaba
íntima unión y afinidad secreta.

Pensaba. ¿En qué? Por el espacio inmenso
dejaba errar su espíritu suspenso
casi ya libre del terreno lodo,
y embebecida, transportada, inerte,
sentíase morir de aquella muerte
dulce y tranquila en que nadaba todo.

Es que explorando la pendiente obscura
de la abstracción, el alma, que procura
romper la cárcel en que gime opresa,
baja por tenebrosas espirales
á profundos abismos, de los cuales
con la obsesión y el vértigo regresa.

—"Ven,—sollozaba— si á mi encuentro vienes,
¿por qué ya te detienes
oh sueño de la muerte apetecido?
Tú no harás más que completar la obra
de esta interna zozobra
que produce la muerte y no el olvido.

"Cuando podrido el fruto se doblega,
piadoso el viento llega
que de la rama trémula lo abate.
Pues doblegada por el mal me siento,
¿por qué no se alza el viento
que al yugo de la culpa me arrebate?

"Tal vez, desconsolada sucumbiera
sin ver por vez postrera
estos lugares que el recuerdo habita;
pero aquí, ya me duele tu retardo,
aquí, con ansia aguardo
la hora feliz de nuestra eterna cita.

"¡Ojalá nunca—prosiguió—dejara
su paz en que hoy gozara
de un venturoso hogar los regocijos,
contemplando, al nevarse mi cabello,
colgados á mi cuello,
santa corona de la edad, los hijos!

"¡Oh qué cruel, pero también qué justa,
naturaleza augusta,
vengas cuantos agravios se te infieren;
y cómo á todo el que te infringe, alcanzas
con esas tus venganzas,
que ocultas llegan, é implacables hieren!

"¿En qué erizada, impenetrable gruta,
la bestia no disfruta
del maternal amor las alegrías?
¿Sobre qué risco, en montaraz paraje,
el águila salvaje
no labra un nido en que abrigar sus crías?

"¿De qué peñasco brotará la zarza
que en derredor no esparza
la semilla prolífica que encierra?
¡Sólo, Señor, tu predilecta hechura,
la humana criatura,
puede pasar sin rastro por la tierra!"

Las manos extendió tras esta frase,
cual si otra vez por rechazar pugnase
una legión de espectros vengativos;
cruzólas, muda, en ademán de ruego,
y el rostro en ellas sepultando luego,
prosiguió entre sollozos convulsivos:

"Herida corre al manantial la cierva,
que en la huída conserva
el rejo del arpón en su costado;
tal corro al bien que por desdicha pierdo,
sangrando del recuerdo
siempre en mitad del corazón clavado.

"Aún pienso verme en la Babel, perdida,
al acaso aturdida
dejándome arrastrar por su tumulto;
sola en aquel Océano viviente
en que el mortal se siente
del mismo Dios á la mirada oculto.

"Aquella noche,—¡en vano se suceden
los años si no pueden
triunfar de la memoria en el culpable!—
aquella noche, trastornada, loca,
sin preces en la boca,
velaba en mi tugurio miserable.

"A mis oídos susurraba, en torno,
palabras de soborno
la tentación, de mi virtud avara,
mientras rugía la ciudad por fuera,
lo mismo que una fiera
que su presa, impaciente, reclamara.

"Salí. No bien, horrorizada, anduve
un paso, me detuve
y alcé los ojos á la altura; en ella,
sobre un círculo azul, entre jirones
de espesos nubarrones,
sola brillaba y tímida una estrella.

"Ver creí el alma de mi madre, el velo
desgarrando del cielo
para mirarme desde el cielo mismo.
Arrepentida me sentí ó cobarde;
quise huir, era tarde:
venció la fiebre, y me tragó el abismo."

Trémulo el labio, y el color difunto,
volvió, de nuevo, á interrumpirse un punto,
y una tos seca retumbó en su pecho,
como croajar fatídico y aciago
del voraz buitre que con sordo estrago
se apacentaba en su pulmón deshecho.

Un postrer rayo de la luz del día,
pálido, oblicuo, sin calor, hería
lo alto de las paredes de la huerta,
y entre reliquias del verdor de Mayo,
sólo una mariposa en aquel rayo
de sol nadaba, entumecida y yerta.

Y la mujer, mirándolo un momento,
por el mar de su propio pensamiento
zozobraba á merced del desvarío,
así anudando, del sepulcro al borde,
su solitaria confesión, discorde
monólogo de un alma en el vacío:

—"Yo también tuve mi ideal palacio
alzado en el espacio
por cima de las nubes de colores,
hecho por la Ilusión y la Fortuna
de sueños y de luna,
para albergar fantásticos amores.

"Mas ¡ay! lo que en el viento se construye,
el viento lo derruye,
y el mundo aquel que soporté en mis hombros,
aquel alcázar que elevé en mi mente,
se hundieron de repente,
sepultándome viva en sus escombros.

"¿Qué cantan las locuaces golondrinas
que á las torres vecinas
tienden el vuelo entre la bruma opaca?
¿qué dice ese rumor de los pinares,
igual al que en los mares
produce la succión de la resaca?

"¿Qué me queréis, imágenes risueñas,
amor que me desdeñas,
goces del mundo, halagos de la suerte?
¿Por qué venís, en jubilosa danza,
á hablarme de esperanza
en los mismos umbrales de la muerte?

"Sólo espero en la tierra de la fosa,
que obscura y silenciosa
bríndame sus amores inmortales,
que quebranta del mal la servidumbre,
que toda podredumbre
sabe trocar en lirios virginales.

"Si os merecen perdón mis extravíos,
¡oh padres, padres míos!
hacedme un sitio en el sepulcro estrecho;
un sitio entre ambos, á que en paz me ciña....
¡igual que el que, de niña,
solíais concederme en vuestro lecho!

"Pero antes que en la tumba os acompañe,
dejadme que la bañe,
hora tras hora, con mi acerbo llanto;
¡qué horror me causa imaginar que un día,
mientras yo estremecía,
quizá, el burdel con licencioso canto,

"allá, al final de la olvidada senda,
donde ni humilde ofrenda
ni tosca cruz depositara el duelo,
sobre esa tumba, con rumor doliente,
caerían solamente
las compasivas lágrimas del cielo!"

Y al decir esto, exánime, á su planta
faltando tierra, y voz á su garganta,
sobre el húmedo alféizar se reclina,
á tiempo que de lejos, á su oído
llega, creciente, el bullicioso ruido
de alegre turba que hacia allí camina.

Es la gente del campo que á la aldea
torna tras de la rústica tarea
de la vendimia, en juvenil parranda,
confundidos las mozas y los mozos,
con francas risas y ágiles retozos,
en grupos mil que el júbilo desbanda.

Conforme avanzan hacia allí, conforme
llegan, redobla su algazara enorme,
y un manso viento, que propicio sopla,
trae de la enferma al corazón contrito
el general y prolongado grito
que pone fin á la festiva copla.

Siguiendo á los ociosos capataces,
unos al cuello, agavillado en haces,
traen el sarmiento ó la ramiza de olmo;
otros cargan los cuévanos, no enjutos
aún de la miel de los dorados frutos
con que antes al lagar fueron en colmo.

Ellas sudosas, encendidas, cantan
á compás del pandero, que levantan
lleno de cintas, con gentil desgarro,
y no logrando que la sed se aplaque,
descuelgan ellos, á menudo, el zaque
suspendido á una vástiga del carro.

Encima de él, activos y forzudos,
cuatro gañanes con los pies desnudos
pisan el desperdicio de las uvas,
con lo que un caño de ambarino mosto,
del ambulante lagarejo angosto
cae por la zaga á las pendientes cubas.

Y atrás, tiznados por las frescas heces,
rotos, descalzos, en montón á veces
rodando al agolparse á la barrica,
los traviesos muchachos forman corro
para beber, de bruces, en el chorro,
que de pies á cabeza los salpica.

Aquel gentío se aproxima, pasa
cantando al pie de la vetusta casa
por el camino vecinal, y al ruido,
la moribunda se incorpora, lucha,
y aún anhelante, esperanzada, escucha,
toda el alma poniendo en el oído.

¿Cómo de aquellas conocidas voces
en que palpitan familiares goces
resistir á la magia persuasiva?
¿Cómo no ver, á su campestre coro,
la juventud sobre sus alas de oro
cruzar, cual nunca, luminosa y viva?

¡Oh dón fatal de la memoria, hiena
que, á cada instante, la sepulta pena
desenterrando, en su cadáver hozas;
tú en el dolor, con el placer pasado
nos atormentas, y el placer logrado,
con el dolor en conturbar te gozas!

Descompuesta la faz, con el cabello
suelto en desorden y pegado al cuello
por el sudor glacial de la agonía,
abalanzada á la ventana abierta,
sólo en un grito á prorrumpir acierta
la desdichada, que socorro ansía.

Pero en un grito de esos que estremecen
el alma entera, que abarcar parecen
la escala del humano sufrimiento,
que contienen en sí desde el ronquido
del estertor, al trémulo alarido,
desde la imprecación, hasta el lamento.

La zafia multitud supersticiosa,
que á la luz del crepúsculo, medrosa,
ve aquel espectro en la mansión temida,
trocado, al punto, en pánico el estruendo,
por el camino se dispersa, haciendo
la señal de la cruz, despavorida;

y ella, entre tanto que la noche cierra
cual si se derramara por la tierra
la lobreguez de su conciencia triste,
fija, tenaz, petrificada, idiota,
sigue mirando en la extensión remota
algo que sólo en su interior existe.

La luna en su creciente, con el brillo
de la hoja ensangrentada de un cuchillo
sube en esto al cenit, hosca y rojiza,
y, silbando al pasar, lúgubre y lento,
como nocturno malhechor, el viento
á lo largo del muro se desliza.

. . . .

Hoy cada otoño, cuando llega Octubre,
y el campo yermo de aridez se cubre,
y desolado, el bosque se despuebla,
mientras va por recuestos y cañadas
subiendo en ondulantes marejadas
para anegar los páramos, la niebla;

cuando del viejo torreón, las aves
al emigrar hacia los climas suaves
antes que el duro temporal se inicie,
pasan en negro, silencioso bando,
que á lo lejos se pierde, proyectando
una mancha de sombra en la planicie,

las hojas de los árboles escuetos
que entrechocan sus brazos de esqueletos,
danzan sobre el solar de esta vivienda,
de la cual solamente en la comarca,
con un escombro que la lluvia encharca,
quedó una melancólica leyenda;

y en el rincón del pobre cementerio
lleno de poesía y de misterio,
donde descansa en paz la pecadora,
sacude, polvoroso, el remolino,
junto á una cruz de ennegrecido pino,
las ramas de una planta trepadora.

EN EL ARROYO

(BOCETO)

EN EL ARROYO

I

Curtido el rostro moreno
que crespos cabellos orlan
cayendo, desmelenados,
bajo la terciada gorra;

descalzos los pies menudos,
sobre la pierna nerviosa
un pantalón de uniforme
regazado hasta la corva;

tan desmedrado de cuerpo
como gracioso de formas,
con el dormir de la grulla
y el despertar de la alondra,

Primavera, el rapazuelo
que así en el suburbio nombran,
por las calles, vagabundo,
corre ó juega, duerme ó ronda,

en el alma la alegría,
en los labios una copla,
en las carnes un harapo,
y en los ojos una aurora.

Cómo se encontró en el mundo
con su libertad á solas,
si en alguna parte hay alguien
que lo recuerda ó lo llora,

¡qué sabe él! ¿Quizás al viento
pregunta la débil hoja
de qué rama la ha arrancado,
ni por qué causa la arrolla?

Nunca supo si se nace
de una madre, si en la boca
con que el negro pan se muerde,
la oración y el beso brotan.

Se dijera que en el limo
del arroyo encontró forma,

que prestóle vida el viento
que en las calles, libre, sopla.

Tiene, apenas, trece abriles,
pero ya las frescas rosas
de su faz la adolescencia
precozmente descolora,

y á veces, á sus pupilas
los relámpagos asoman
de instintos que se despiertan,
de pasiones que se esbozan.

Así corre, á la ventura,
las veredas mil tortuosas
del azar; así, jugando
con la suerte, la provoca.

Pajarillo volandero
que perdido entre la fronda,
cualquier fruto picotea,
en cualquier rama se posa,

no hay reparo que le ataje,
ni peligro que le imponga,
ni aprensión que le desvele,
ni pesar que le conozca,

y en el borde del abismo
se columpia sin zozobra,
suspendido á un hilo de oro
que los ángeles le arrojan.

Hállasele entre una turba
de arrapiezos de su estofa,
porque gorriones y niños
por propio instinto se asocian.

Concurriendo en los cuarteles
al banquete de las sobras,
come el rancho. y con pimienta
de donaires lo sazona;

duerme, ya sobre los bancos
de una plaza, entre la sombra,
ya en el quicio de una puerta,
ya de un atrio en las baldosas.

En verano, á los caminos
vase á coger zarzamoras,
con las cuales, cara y manos
embadurnadas, retorna;

por el invierno, hace hogueras
en que saltando se goza,

con ruidosos palmoteos
y carcajadas sonoras.

Flota en el vivo tumulto
de la ciudad como flota
grano de arena en el viento,
copo de espuma en las olas;

busca el ruido, que le atrae
con atracción imperiosa,
y acude allí donde hay gente
que se atropella ó se agolpa.

Cuando alegrando la calle,
pasa formada la tropa,
y las cornetas resuenan,
y los tambores redoblan,

él va, silbando, en la fila
que los gastadores forman,
á los marciales sonidos
de la charanga ruidosa.

Si procesión ó rosario
salen de alguna parroquia,
lleva su cirio entre un grupo
de cofrades y devotas;

si hace corro la vihuela
de un ciego, asmática y ronca,
ganada á fuerza de puños,
plaza en el círculo toma.

Lo mismo da á las campanas
en una iglesia de monjas,
que en las pedreas del río
hace zumbar á la honda;

igual se le halla gritando
junto á una casa en que hay boda,
que se le ve en un incendio
correr detrás de las bombas.

Formada está de contrastes
su alma adorable, aunque tosca,
lo mismo que de jirones
está zurcida su ropa;

pues inculta y delicada,
descreída y generosa,
tan inclinada á las burlas
como á las lágrimas pronta,

á merced de los impulsos
contrapuestos en que choca,

bien y mal, á un tiempo, en ella
se disputan la victoria.

Pero virtudes y vicios
que en su fondo se eslabonan,
á la luz de su inocencia,
siempre en gracias se transforman,

como en flores ó en guijarros,
si un rayo del sol las dora,
del agua que el cielo llueve
perlas son todas las gotas.

***

¡Oh infancia, edén que, perdido,
ya nunca más se recobra,
patria de que en breve el hombre
deja llorando las costas;

mar de encantadas riberas
en cuyas tranquilas ondas
el ave azul de los sueños
sus plumas diáfanas moja;

contigo, hasta la miseria
lujo de fiesta se torna,
y sabe á miel perfumada
dolor bebido en tu copa.

Por eso el niño, que aún lleva
en sus pupilas absortas
él vivo deslumbramiento
de las eternas auroras;

que aún de los dedos divinos
conserva la marca roja
en su carne, en que amasados
fueron jazmines y rosas,

encuentra luz y alegría
en la desgracia y la sombra,
y como en púrpura y sedas
en un andrajo se arropa.

Pues al descender el ángel,
envuelto en nube de aromas,
desde la estrella que deja
por nuestra morada lóbrega,

en ti halla un rayo postrero,
de los cielos que abandona,

de los conciertos lejanos
oye en ti la última nota,

y se detiene en los limbos
de tu región misteriosa,
donde ya empieza la vida,
y aún no termina la gloria.

II

Una tarde estiva, en que era
la atmósfera aliento de horno,
sobre el lecho de una acera
se despertó *Primavera*
tras las horas del bochorno.

Al par que él, del aura al beso,
que ya se alzaba á anunciar
del crepúsculo el regreso,
templando un tanto el exceso
del ardor canicular,

la ciudad, también repuesta
del letargo de la siesta,
volver en sí parecía,
y al despertar, se movía
con el rumor de una fiesta.

En los rústicos verdores
de jardines y de plazas
saltaban los surtidores,
como polvo de colores
deshaciéndose en las tazas;

en las puertas, platicando
se juntaban las vecinas,
y allá arriba, en loco bando
perseguíanse, chillando,
sin cesar, las golondrinas;

mientras dábanse señales
de trabajo en los talleres,
salían entre cristales
blancas manos de mujeres
á cuidar de sus rosales;

se plegaban las persianas
rechinando, en su cornisa,
y como bocas humanas
se entreabrían las ventanas
á los soplos de la brisa;

la lumbre del sol poniente
fingía, á su refracción
en las nubes de Occidente,

el cráter incandescente
de un volcán en erupción;

y á su resplandor postrero,
la calle, de gente llena,
tenía en su ámbito entero
el bullir del hormiguero
y el zumbar de la colmena.

Mientras, sus párpados flojos
el rapaz abrió, confuso,
se irguió hasta hallarse de hinojos,
y, restregando sus ojos,
bostezó, y en pie se puso.

Miró en torno, vió la hirviente
marejada del gentío,
y de un salto, alegremente,
fué á lanzarse en la corriente,
como un ánade en el río.

Allá va, huérfano obscuro,
bien hallado con su cruz
y su destino inseguro,
saciándose de aire puro,
y embriagándose de luz.

En su franca risotada,
¡cuál contrasta con lo fresco
de su boca sonrosada
la mueca desenfadada
de su rostro picaresco!

¡Con cuánta desenvoltura
contonea el cuerpo breve,
y, una mano en la cintura,
con qué jovial travesura
la cabeza airosa mueve!

El sol, que ya sus destellos
lanza cada vez más bajos,
pero cada vez más bellos,
al derramarse sobre ellos
borda de oro sus andrajos;

alguna trémula gota
de sudor, que rutilante
por su tersa frente brota,
de diadema en ella rota
finge un líquido diamante;

y en aquel triunfal paseo
en que él trueca su camino,
cada risa es un gorjeo,

cada brinco un aleteo,
cada vuelta un torbellino.

*
* *

Ya en tal punto, la amplia vía
con el tropel desbordaba
que creciente la invadía,
y el muchacho, en compañía
de otros varios, avanzaba.

"¿Veis—diciendo iba al pasar,
con aquel encantador
y atropellado charlar,
semejante al borbotar
del agua de un surtidor;—

"veis esas grandes señoras
en sus coches, arrogantes,
vestidas, á todas horas,
con galas deslumbradoras,
y llenas de oro y brillantes;

"esas que tienen ujieres,
y cuadras con tantos potros,
que viven entre placeres,

y que no parecen seres
de carne, como nosotros?

"Una así era... ¡ más hermosa
todavía y principal!
seria sí, y algo llorosa,
como aquella Dolorosa
que hay puesta en la catedral.

"Me llevaban... la veía,
aturdido, unos momentos;
después á hallarme volvía
en la calle... sucedía
todo así... como en los cuentos.

"¡ Si vierais qué horas aquellas
las que á su lado pasaba!
¡ Tenía cosas tan bellas!
¡ Y yo jugaba con ellas!
¡ Y eran de oro! ¡ Y las tocaba!

"Sentándome en sus rodillas,
me contaba alguna historia
de guerras y maravillas;
alguna vez, á hurtadillas,
me besaba... ¡ Era la gloria!

"Luego, no la he vuelto á ver.
Yo no puedo comprender
aquella felicidad.
Pero así debe de ser
tener madre, ¿no es verdad?"

Y quedóse mudo un rato,
como absorto en algo grato,
hasta que, por fin, de pronto,
prorrumpió con arrebato:
"¡Ea, al diablo; es que soy tonto!"

Con vivo caracoleo
pasan, mientras, los carruajes,
entre el polvo del paseo
y el crujiente traqueteo
de varillas y de herrajes.

Del látigo á los chasquidos,
y á las sordas vibraciones
con que ruedan, confundidos,
retiemblan, estremecidos,
los vidrios de los balcones.

Y las yeguas, engalladas,
sacan chispas de los suelos,
agitando, alborotadas,

las cabezas, coronadas
con movibles espejuelos.

Y en la niebla del ocaso
se ven flotar, á su paso,
pliegues de faldas, y plumas,
como un mar de olas de raso
con encajes por espumas.

Se alza, en esto, de repente
sordo clamor, y la gente
se aparta: una carretela,
desbocado el tiro, vuela
por la rápida pendiente.

Va en su interior una dama
que, del indómito tronco
á merced, favor reclama.
Mira el niño, y—"¡ Ella !"—exclama
con un grito ahogado y ronco.

Entonces, á la manera
que en el mar la indócil ola
paso se abre, al coche espera,
se abalanza, á la carrera,
y ase brida y muserola.

Los caballos, que se espantan,
suspendido del rendaje,
con un bote lo levantan;
pero al ímpetu, se plantan
resoplando de coraje.

Un momento el niño queda
en el aire; al cabo, rueda,
choca hierro, salta lodo,
y á la par lo envuelve todo
la revuelta polvareda.

***

Cuando á poco, de tropel,
corrió el pueblo hacia el rapaz,
ya, de un salto, alzábase él,
ensangrentada la piel,
pero radiante la faz.

Leíase en sus miradas
el celestial apetito
de esas venturas soñadas
allá en las noches heladas
del desamparo infinito.

Parecía despertar
á un destino superior,
y con ansia adivinar
el abrigo del hogar,
las caricias del amor.

El ángel que en él dormía,
las luminosas escalas
entre sus sueños veía,
y, esperanzado, batía
por vez postrera las alas.

No bien, roto y polvoriento,
se halló en pie, con paso lento
junto á la dama se puso,
y descubrióse un momento,
embarazado y confuso.

Tendiéndole ella una mano
del fino guante ceñida,
corrió á estrechársela ufano,
y fué á darle un sobrehumano,
un primer beso en su vida.

Pero al asirla, sintió,
con el roce de la seda,
algo frío, el beso ahogó,

y en las suyas oprimió
la vil paga: una moneda.

. . . .

Aún vió á la dama, anhelante,
volver, temblando, la adusta,
pálida faz un instante;
oyó en seguida, vibrante,
el restallar de la fusta;

fué con ira y desconsuelo
perdiendo de vista el coche,
alzó los puños al cielo,
tiró el oro contra el suelo...
y tuvo hambre aquella noche.

FIN

ALGO DE LO QUE SE ESCRIBIÓ

ACERCA DE LOS POEMAS

PEDRO ABELARDO y DOS CETROS Y DOS ALMAS

CON OCASIÓN DE LA LECTURA
QUE DE ELLOS DIÓ SU AUTOR EN EL ATENEO DE MADRID,
LA NOCHE DEL 22 DE MARZO DE 1884

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

UN POETA LÍRICO

¡Arte, divino arte! ¡Cuán desolada la tierra, si no coronase sus tristes desiertos, erizados de espinas, y sus amargos mares, embravecidos de tempestades, tu celestial Empíreo! Inútil buscar satisfacción á la sed inextinguible que de amor tiene nuestro desdichado corazón; alimento de hambre voraz de verdad que aqueja con sus dolores á nuestra inquieta inteligencia; esperanza en todos los desengaños de la vida, é ilusiones en todos los páramos de la realidad, si no lucieras tú en los espacios inmensos y no guardaras un ideal cuya luz esclarece las noches más tenebrosas de nuestro pensamiento y cuyo calor vivifica hasta los fríos senos de la muerte. ¡Ah! En este planeta rodeado de misterios, entre abismos insondables suspenso, por las etéreas soledades errante, donde á cada paso late un secreto, no podemos contentarnos con la menuda observación y el tardo raciocinio; necesitamos, ya que tenemos ideas por alas; previsiones, ó reflexionadas ó presentidas, por horizontes; adivinación mágica y magnética; profecías, de nuestro ser exhaladas por indeliberados impulsos; ensueños angélicos, intuiciones sobrenaturales; ya que

tenemos todo esto, necesitamos un ideal lleno de mundos y soles visibles á los ojos interiores del alma, y que surja por su propia virtud para traer á los alcances de nuestra mano la eternidad y lo infinito. Si las tierras más frías resultan oxígeno condensado, como producto que del calor universal es toda la materia, y como condensaciones que del alma, luz viva, son todos los objetos; si los agentes y los fluidos más varios resultan transmutaciones de una sola fuerza, como consecuencia indeclinable que son del movimiento eterno, el mundo social todo entero á su vez resulta contínua cristalización del pensamiento, y no hay para el pensamiento verbo alguno tan revelador como el arte. Así, al recoger el verso de un poeta, el iris de un cuadro, el arpegio de un arpa, el eco de un orador, quizá dais á lo que parece más alejado de lo ideal y más hundido en la realidad, á esta Constitución, á aquella ley, al programa de un prosaico partido y á la solución de una utilitaria escuela, su espíritu, porque arte y ciencia con la política se compenetran, componiendo, digámoslo así, la objetivación del alma humana, como el Verbo y el Espíritu se compenetran, componiendo con Dios vivo la Santa Trinidad.

Pero dejemos estas abstrusas consideraciones de Estética, y descendamos á una observación práctica, más propia del asunto á que consagramos estas líneas. Feliz costumbre la iniciada y extendida por algunos círculos científicos y literarios de abrir cátedras, no sólo á la palabra hablada, sino también á la palabra escrita, y no sólo á la instrucción que puede procurar prosa pensada y meditadísima, sino al recreo que puede y debe procurar verso inspirado y armonioso. Con las instituciones acontece mucho de lo que suele acontecer con las vo-

ces; el conocimiento de su etimología no empece al sentido dado, más ó menos concordante con su origen y raíz en el transcurso de los años por las sucesivas sobreposiciones del uso. La denominación de círculo, dada generalmente á las sociedades libres de literatura ó de política, expresa con exactitud su destino, pues se llaman círculos, siquier los edificios donde se reúnan, sean cuadrados ó compuestos de varias figuras geométricas, porque había círculos de piedra ó argamasa en las encrucijadas varias de las calles romanas, con forma y guisa de banco, donde se asentaban los habitantes de la Ciudad Eterna, en todo tiempo y estación, á departir y aun disputar sobre las ideas, y las obras, y los decretos, y las leyes, y las batallas; en fin, sobre todos los sucesos corrientes. No se puede ocultar á quien ha nacido y se ha criado en pueblos meridionales, holgándose mucho con ello, cuánto gustamos de hablar todos y cuán poco gustamos de oir, y aun discursos, pase; pero lecturas, ni por pienso. Cállome lo que sé respecto al toque de leer. ¡Ah! Importa poco todo el afán puesto por los legisladores para que las gentes puedan entender un libro, si, después de haber allegado tal necesaria traza, no cogen jamás en sus manos impreso alguno, y por pereza y desuso desaprenden lo aprendido. Así el imperio ejercido sobre la opinión por los oradores, y la dificultad con que todo escritor, aun de los primeros, logra renombre y fama por falta de lectores. De mí sé decir que no puedo quejarme del público ni como escritor. Pero hame sucedido con frecuencia cosa curiosísima. Mientras todo el mundo me habla de mis discursos, en proporción, muy poca gente me habla de mis obras, ni aun mis devotos más entusiastas y constantes. Lo que dice uno en público se divulga y se co-

menta por doquier hasta la saciedad. Y con lo escrito suele sucederme ver antes en las revistas extranjeras que en las revistas nacionales noticias de mis obras, y quedarme pasmado con verdadero pasmo de que Grau Duff ó Arnould, en Inglaterra; Lausser ó Schunz, en Alemania; Faufani, Raccini, Azoldi, en Italia; Sabatier, Asté, Baragnac, en Francia, se hayan procurado listas de mis obras, que yo mismo no tengo entre mis papeles, ni he visto jamás tan acabadas y bien hechas en castellano. Y aun sucede más, que debe decirse para ver si nos corremos y enmendamos. Los escritores nuestros se leen muy poco entre sí. Apenas allega cada cual ideas confusas y noticias borrosas de lo que han escrito los demás. El hábito de las crónicas parlamentarias y de las críticas teatrales divulga un drama ó un discurso. De aquí las generales aspiraciones de la juventud al renombre universal, fácilmente alcanzado por los oradores políticos y por los poetas dramáticos. Pero ¡un libro! ¿Por cuántos y cuándo se leen los libros? Suplen á estas faltas del público las lecturas de discursos escritos ó de poesías líricas, y debemos, por lo mismo, estimularlas y sostenerlas. Entre los primeros de las sociedades literarias se contará un joven á quien ha coronado ya la fama con sus lauros: mi amigo el insigne poeta y escritor Emilio Ferrari.

Basta con oir cualquier verso suyo para comprender cómo posee y goza Ferrari el estro natural á los grandes y verdaderos poetas. Las ideas se le aparecen todas en forma de imágenes bellas y personificaciones adecuadas, al par que toma en sus labios y en su pluma la lengua sonoridad armoniosa, comparable sólo á los acordes y ritmos de la más concertada sinfonía. Sin olvidar la subjetividad propia del verdadero lirismo,

Ferrari pertenece á la estirpe de aquellos líricos en cuya fantasía prevalece la nota épica y entran así las cosas como las ideas, con su propio relieve y su objetiva esencial naturaleza. No abrevia el Universo en la miniatura de sus personales íntimas sensaciones exclusivas, ni presta su sentir ó su pensar á los seres, como suelen otros cantores de la complexión suya, muy admirados y queridos con verdadero fundamento. Escucha los conciertos de las cosas eternas diseminadas por el espacio inmenso, y las anota en sus cánticos; cuenta los latidos de los corazones que han amado y padecido, sintiendo sus penas como si por el propio corazón pasaran; sigue con su vista las ideas, creyéndolas fuera de él como las flores ó las mariposas, y le gusta decir cuándo han brotado, crecido, puesto en grandes conflictos y combates al mundo y dejado su estela de soles en el etéreo ilimitado mar de la humana conciencia; apareciendo así, ya como sacerdote, que hace de las inspiraciones sublimes, no un ornato suyo, sino vasos áureos para los templos y los altares del Señor; ó ya como místico intérprete de la Naturaleza y del alma, que refiere á los demás cuanto una y otra le han murmurado en el oído por medio de las revelaciones santas, confiadas por la poesía, en su misteriosa expansión, al inspirado poeta. De aquí dos propensiones capitales de su genio lírico: la propensión á las descripciones, todas excelsas, y la propensión al monólogo y diálogo dramáticos, todos en él de maravillosa pujanza. Por estas dos propensiones Ferrari brillará con extraordinario brillo en los romances, y concluirá por tener un romancero suyo, bien propio para divulgado en el pueblo y por el pueblo repetido, ya que aúna con formas literarias, de una corrección cuasi clásica, populares creencias y senti-

mientos de un candor cuasi primitivo. El romance popular exige, y nuestros mejores poetas han cumplido con esta exigencia, que llegue á desasirse el romanceador de sí mismo con desasimiento absoluto, como si en vez de ser él fuera otro, por ejemplo, el pueblo mismo, cuyas varias voces á una se alzan de la grande alma del poeta, semejante al Océano, levantando á las alturas, desde sus olas y sus trombas y sus tormentas, los sublimes ruidos oceánicos, y fecundando por nubes evaporadas de su seno, y cuyos orígenes todos ignoran, las lejanas campiñas. Por esta maravillosa virtud nuestros poetas más eruditos han compuesto esa poesía popular, de orígenes tan desconocidos, ó por lo menos tan olvidados como las primeras gargantas que vibraron las saetas ó rondeñas, ó las primeras manos que produjeron la efigie milagrosa de las devociones tradicionales ó levantaron una catedral de la Edad Media. Ferrari posee de sobra estro para poner unas cuantas capillas más en el templo inmenso de nuestra poesía popular, levantado á las alturas por tantas generaciones, y desde lejos visto y admirado en todos tiempos. Tiene Ferrari las facultades intrínsecas del poeta: la virtud mágica de convertir la vida en idea y la idea en vida; la intuición misteriosa que ve las relaciones entre lo natural y lo sobrenatural, entre lo espiritual y lo corporal, y el arte sumo de poner en gran relieve y en forma palpable lo pensado, lo invisible, lo etéreo, lo ideal, y de dar alas á las cosas, convirtiéndolas dentro del áureo incienso de su fantasía en esencias: que toda grande inspiración de poeta se acerca en sus fuerzas creadoras al movimiento universal, cuya virtud produce la luz que luego se trueca en calor, en electricidad, en magnetismo, en oxígeno, en vida inmensa y radiante por lo infinito.

La materia escogida para su lectura es épica y de contemporánea epopeya, por tratarse, no tanto del combate guerrero que ha formado, por ejemplo, la tierra nacional, como del combate religioso que ha formado en verdad la humana conciencia. Tragedia épica ésta de Abelardo, alejada en los horizontes del tiempo y próxima en los horizontes de la idea, porque inicia en siglo feudal y bárbaro la emancipación del espíritu desde las aras del martirio. Siempre que veo á Pedro Abelardo paréceme ver á Martín Lutero, bien que sea el uno asomo indeciso, y otro plenitud completa de la herejía moderna. Los nacidos al comienzo de la guerra civil no hemos visto de las órdenes monásticas y sus monasterios nada más que las ruinas, como los nacidos á comienzos de nuestra centuria ó fines de la pasada no han visto de las órdenes monásticas y sus monasterios nada más que la decadencia. ¡Y cuántas ideas esas ruinas contienen sobre las piedras diseminadas y cubiertas del moho que presta la humedad; entre los arcos medio derruídos y festoneados de hiedra; por los fragmentos rotos de las estatuas en el suelo escombroso hundidas; dentro de los nichos vacíos y de las sepulturas entreabiertas; tras las telarañas que cubren los círculos antes ornados por los vidrios de colores; en las madrigueras que habitan los buhos, y en la tierra que ocultan la ortiga y la cicuta, donde se ven fulgurar con el fosforescente culebreo de los fuegos fatuos surgidos de los huesos que han pasado en las universales metamorfosis de cuerpos vivos á esqueleto, la electricidad relampagueante de esas ideas, que han pasado de antinomias á soles en la vía láctea del espíritu denominada ciencia. Y no han sido los claustros solamente lampadarios de ideas nuevas, han sido tam-

bién teatros de pasiones trágicas. Antes he nombrado á Martín Lutero, y ahora debo decir que cuantos quieran contemplar los horribles tránsitos de una fe á otra fe nueva en alma creyente y claustral, deben leer sus *Memorias.* Cuando pronunció sus votos y se arrodilló sobre los escalones sacratísimos del altar, mellados así por sus lágrimas como por sus besos, Lutero no se cansaba de considerarse monje; de medir toda la grande autoridad transmitida por su consagración; de considerarse cómo, al coger el cáliz, cogía la potestad santísima que ofrece á Dios sacrificios incruentos por los vivos y por los muertos; de contemplar aquel poder, cuya virtud le permitía conducir hasta los senos íntimos del más culpado los soplos blandos de la divina misericordia, y en tales pensamientos absorto al comienzo de su iniciación monástica, no había monje más perfecto, ni sacerdote más fiel, ni creyente más ortodoxo, ni nadie quizás en la vida que al cielo alzase más ideas, tomadas todas en el maternal regazo de la Iglesia. ¡Qué de combates, qué de insomnios, cuántas heridas en el pecho, cuántos torcedores en la conciencia, cuántos abrojos en las sienes, al salir de una ortodoxia en cuyo seno se había criado su alma y nacido su fe y su virtud! Los hombres de un siglo poco creyente, de un siglo que opone á toda idea su contraria; estos hombres, en quienes la frialdad del juicio ha destruído la exaltación por las creencias, no podrán comprender jamás, por mucho que quieran esforzarse, las zozobras, las angustias, las tormentas de un alma solicitada por fuerzas tan opuestas como los afectos de su sentimiento y las ideas de su razón.

Así Lutero, en cuanto se rompió su espíritu en dos, uno llamado por la educación y por la costumbre á en-

volverse como frío cadáver en las cenizas de los claustros, y otro llamado por el raciocinio y la meditación á volar como un ave profética por los albores y auroras de la nueva idea, pasaba sus días sin alimentarse, sus noches sin dormir; absorto unas veces en la contemplación casi extática, y otras agitado por los embates de sus ideas contradictorias y por las luchas entre su razón y su fe; creyendo, ya recibir la visita de Dios, que bajaba con el Verbo hasta las profundidades más obscuras de su ser, ya las asechanzas y asaltos de todas las fuerzas infernales que le imponía ó la negación ó la duda: Todos los dolores del cuerpo, todas las angustias del pecho, todas las punzadas del remordimiento, todos los esfuerzos de los combates materiales, todas las angustias de las pasiones inferiores parecen cosa de poco momento en presencia de estas trágicas perplejidades del pensamiento y de estas batallas del raciocinio con la fe, donde se suman los deberes humanos todos en su totalidad real y viva, las sobrenaturales luchas de las potencias celestes con las potencias infernales, dentro de los abismos del alma. Pues mayor fué la terrible lucha de Abelardo, porque también fueron menores las fuerzas que le sostenían y le amparaban allá en mundo férreo, sobre cuyas huestes y torreones, y siervos y glebas, solamente se levantaba un astro que pudiera contener los resplandores del ideal divino, y es, á saber: la fe antigua encerrada en los sacos de la Iglesia católica. Por tanto, el esfuerzo de Abelardo, siquier tímido y modesto, para llevar la ciencia, la dialéctica y el raciocinio á la Teología, encierra un movimiento de tal vigor, que sacude la losa de un sepulcro, sobre la cual pesaban todavía las teocracias con todos sus conjuros, el feudalismo con todas sus ca-

denas, la servidumbre con todo su horror, el tormento con todos sus torcedores, la guerra y la barbarie con todas sus crueldades; pues, no deducidos aún los corolarios encerrados en las cruzadas, el arte bizantino, la tabla de rigidez hierática, el nominalismo vacío, el terruño con sus esclavos, demostraban cómo el espíritu en las hondas tumbas hundido no había sido anuncio alguno que predijera y anunciase su pascua de resurrección, sino la palabra profética de este hombre. ¡Y cuánto le había de combatir! Y á este combate, ¡cuán suave luz había de prestar la mirada sublime y angélica de la triste y trágica Eloísa, que significa y encarna, junto al holocausto de la ciencia por la verdad, el holocausto de la vida por el amor! Estas contradicciones de la razón y la fe, de la Naturaleza y la libertad, de la fuerza y el pensamiento, de la pasión amorosa y la ley monástica, urden la trama de un poema que honra indudablemente á nuestro tiempo, y pone á su autor en el coro inmortal de nuestros grandes poetas.

Hermoso el contraste profundo presentado por Ferrari entre los Alpes serenos en su inmóvil majestad y el espíritu salteado por los estremecimientos de las pasiones encrespadas al huracán de las ideas. ¡Cuán deslumbrador y vívido el campo en su primavera, que puebla de flores las plantas y de polen las flores; que suspende los primeros nidos en las ramas y los primeros asomos de la vía láctea en los cielos; que siembra las espigas sobre los topes de los trigos y las amapolas al pie; que derrite las nieves y mueve los céfiros; que atrae á las golondrinas, cuyos píos difunden misterioso regocijo, y llena las florestas con las escalas cromáticas de los ruiseñores enamorados; que por todas

partes derrama la vida; mientras cl espíritu de aquel cenobita, movido incontrastablemente á crear sus ideales por fuerzas tan divinas como las fuerzas productoras de los seres en el Universo, ha de reconcentrarse dentro de sí mismo, y considerar un crimen la florescencia de nuevas ideas, el nido de sentimientos exaltados, el germen de sacros principios, el suave albor de nuevas creencias, la primavera y la pascua, indispensables á las almas como sus transformaciones y su renovación á la materia! El toque de un verdadero poeta como Ferrari está en eso, en coger al vuelo y expresar con felicidad la contradicción trágica entre las montañas con su corona de nieves eternas, cuyas facetas descomponen el sol poniente y resaltan, con sus cresterías, en el cielo azul, y las eminencias del alma profética y pensadora, por tantos horrores asombradas y enmudecidas sobre los potros de su tormento. Al describir tales contrastes ha renovado en este nuestro siglo la eterna tragedia del titán Esquilo y ha repetido aquella elegía levantada por todos los redentores al cielo, desde las terribles aras donde rediman á los demás y mueren ellos. No hay nada tan humano, porque ayer todavía chisporroteaban los holocaustos de la Inquisición y morían los mártires del pensamiento en sus llamas voraces. Al presentarnos Ferrari su Abelardo, errante por la tierra, perseguido de implacables émulos y de no menos implacables remordimientos, dispuesto á renegar de su idea y desdecirse de sus libros por una hora de paz, pidiendo consuelo de hinojos, y con las manos plegadas sobre su pecho, á los mismos altares amenazados por la fulguración de su idea, nos ha presentado uno de los mayores martirios sufridos por la humanidad en su calvario, y obligándonos á la comparación inevitable y

natural entre aquellos tiempos y nuestros tiempos, nos ha prestado un cántico de victoria semejante al dirigido por el pueblo de Israel, entre las ondas del mar y los arenales del Asia, cuando los carros de los Faraones quedaron sumergidos á sus espaldas y á su frente surgió, entre alboradas de consoladora esperanza, la tierra prometida.

Estudiado el poema, desde luego advertimos cómo prevalece y campea en él, más que la subjetividad lírica, la objetividad épica y dramática, según diría Hegel. Verdad que predomina la parte descriptiva, como apuntó algún crítico; mas bien puede asegurarse que describe con tanta fidelidad los objetos en la Naturaleza como los pensamientos en la inteligencia y los afectos en la sensibilidad. Exuberante Ferrari, de naturalista estro al describirnos los amores de los seres animados é inanimados en la universal atracción, es conciso y sobrio al contarnos los monólogos sublimes del pensador absorto en sobrenaturales ensueños y recluído por su abstracción filosófica en sí. Oyense por sus estrofas los besos de las electricidades opuestas en los encuentros que todo lo generan; los vuelos de las ideas en sus ascensiones á los arquetipos que todo lo esclarecen y lo explican. Después de haber oído latir las sienes del filósofo, á quien la teología de su tiempo no satisface, y que, sintiendo cómo á la herejía se inclina de suyo, por fatal propensión, intenta conjurar sus raciocinios con sus oraciones, y cree una cosa entre las espirales azuladas del incienso allá en el claustro, y otra cosa en las reflexiones íntimas del alma dentro de sí mismo; después de tal combate, oís, como una melodía, las palabras de Eloísa, que sólo sabe amar y sacrificarse por el ser amado, y oir su voz hasta en las notas del órgano, y ver su rostro

hasta en los ángeles del altar, y sentirlo á su lado en la tarima del cenobio, y abrazarlo cuando abraza la cruz, y preferir el apellido vergonzoso de manceba suya eternamente á la denominación mística de esposa del Señor, y convertir el deseo al sepulcro para juntar en aquel frío lecho sus dos esqueletos, por cuya cal correrá eternamente la centella de su pasión, y entrever la otra vida en la inmensidad como un punto luminoso, donde sus dos almas se confundirán y sumarán y reducirán á una sola en mutuos eternales deliquios. La Naturaleza, la inteligencia, el sentimiento, esa trilogia sublime, ocupa toda la escena del poema y la hermosea con profundos é inspirados diálogos.

¡De cuántos goces interiores suelen privarse aquellos que no aciertan á graduar los términos por donde ha pasado la humanidad en su ascensión á lo ideal y no saben medir el espacio que media entre un peldaño y otro peldaño de la escala por donde ha subido á su derecho! En los acentos de la mártir Eloísa óyense los latidos primeros del corazón de la mujer en la Edad Media, reivindicando, frente á todas las tiranías, su exclusiva y propia finalidad, el amor, como en los esfuerzos de Abelardo para dar al dogma los comentarios de la razón se ve á la idea reclamando la primera entre todas sus facultades, la libertad. Imaginaos que aquella mujer se rinde á todos los imperios del amor y aquel hombre á todas las imposiciones del pensamiento cuando la Naturaleza todavía no ha sacudido del todo los terrores milenarios y el temor al próximo juicio final; cuando el clarín de las cruzadas despierta en los terruños al siervo, como para transformar su existencia vegetal y sus raíces pegadas al campo en vida orgánica y animada de un soplo semejante al sentido

por Adán, al encenderse en las llamaradas de puro espíritu el barro vil de que lo habían formado; cuando la Universidad, recién nacida entre duras penas, todavía no ha logrado separarse del alero de los monasterios, y la monarquía, desgarrada interiormente por las competencias feudales, todavía no se ha deslizado en los brazos del Pontífice; cuando las crónicas se trazan y la ciencia se expresa en aquel litúrgico latín eclesiástico que sirve para separar al clérigo, encerrado en sus tradiciones, del pobre laico, cuyos labios balbucean los primeros vagidos de las lenguas vulgares; cuando en la horca levantada junto á la torre del homenaje se balancean los cadáveres de los pecheros, devorados por los buitres, y de calles á calles, de colinas á colinas, de casas á casas, hay empeñado un combate á muerte, y relampaguea y truena y siembra por doquier sus manojos de rayos la guerra universal. Grande novedad, un joven, un laico, un señor, yéndose por las escuelas monásticas á disputar con los doctores de la ley sobre problemas en cuyos términos se contenían ya los gérmenes de la ciencia.

Como extraordinaria maravilla, como verdadero milagro, brillaba en mundo semejante aquel mozo, dado á las letras en vez de darse á las armas; yendo á las escuelas judías en vez de ir á las escuelas eclesiásticas, para disputar con los clérigos en vez de temerlos y adorarlos, ó estudiar el griego y el hebreo, como cualquier hechicero venido de las regiones orientales, en vez del pesado y litúrgico latín de los siglos medios. A la elocuencia de su palabra y á la prestancia de su persona uníase la inspiración inagotable, que brilla tanto en los períodos de sus discursos, acompañados por los vítores del pueblo, como en las cadencias de sus

canciones, acompañadas por la cítara y la guzla de los primeros trovadores. Su ciencia no se parecía, no, al saber monástico allegado en los apartamentos del mundo y en los retiros del claustro, sino á una ciencia humana, concebida en medio del mundo y avivada por las llamas del amor. Así los pueblos le seguían y le adoraban las mujeres. Bajo el sayal de la penitencia, entre las púas del cilicio, en los pliegues de la mortaja monástica sentíanse latir ya la naturaleza eterna y el pensamiento libre, despertándose como de un largo y profundísimo sueño. La voz de aquel joven lanzó á las calles, á las casas, al seno de las familias, al corazón de las mujeres, las ideas recluídas antes en los santuarios inaccesibles é inviolables del monacato. Merced á él, bebieron las muchedumbres en los cálices de oro el vino de la misa, y experimentaron calor nuevo en sus venas enardecidas por esta infusión inesperada de ideas. Crecido fué su influjo, pero menguada su fortuna; pues Naturaleza puso en todas estas almas que vuelan, y en todos estos ingenios que brillan, y en todas estas voluntades que batallan, y en todas estas palabras que revelan ¡ay! unos abismos insondables, como para llamarlos al dolor y recordarles que se hallan, por su cuerpo contingente y por su deleznable vida, pegados á las cadenas del límite y sumidas en los calabozos del mundo. Esta lucha del eterno Prometeo, que trae la luz para las inteligencias y el calor para los corazones, robando al cielo avaro tesoros apartados de las humanas manos, inspira con su trágico estro al joven autor en las estancias de su bello poema, flor llena de frutos, que promete obras de inspiración á nuestras ricas letras, seguras, con estas esperanzas nuevas, de una juventud inmortal. Saludemos al poeta y holguémonos por nuestra patria de

su triunfo, que no decaen las naciones cuando tantos ingenios luminosos aciertan á sostener en las alas etéreas sobre su frente el cielo esplendoroso de los ideales eternos.

EMILIO CASTELAR.

EL LIBERAL

EMILIO FERRARI

Ayer tarde era un escritor de talento, un autor ya estrenado en teatro de segundo orden, un individuo del cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios inteligente, un poeta modesto que hacía la delicia de sus amigos y familia, como todos los poetas; algunos curiosos sabían que había obtenido primeros premios en los Juegos Florales de Valladolid, su patria, y la de tantos célebres poetas; pocos, muy pocos, conocían su leyenda premiada, de asunto forzado, *Dos cetros y dos almas*, ó sean los episodios que precedieron al matrimonio de los Reyes Católicos: escrita en romances y quintillas de gran colorido y verdad poética, no había sido publicada todavía.

Día de gran temor y de grandes esperanzas fué el de ayer para el Sr. Ferrari, comprometido y animado para dar una velada pública en el Ateneo, leyendo su nuevo poema *Pedro Abelardo* en aquella cátedra donde resonaron los acentos de los primeros poetas españoles. El señor Ferrari es buen lector, pero empezó su poema conmovido: murmullos de aprobación primero; el cambio de esos fluidos que se transmiten en el auditorio impre-

sionado por la armonía y la belleza y el estruendo por fin de los aplausos, dieron al Sr. Ferrari posesión completa de sí mismo, y la lectura del poema fué una ovación continuada, indescriptible.

Desde la invocación á los Alpes del monje que se refugia en el claustro, huyendo de las tempestades de la vida, hasta la muerte del desengañado penitente, contiene el poema una serie variada, hermosa, de cuadros llenos de inspiración.

Ya describe el poeta la aspereza de las viejas montañas de los Alpes; ya el voluptuoso cuadro de la naturaleza en un día primaveral; las sesiones apasionadas de los antiguos concilios y las controversias del claustro; los apasionados amores de Abelardo y Eloísa; el sosiego del claustro y todos los recuerdos de una vida agitada, por el amor y los odios, la religión y la ciencia.

No podremos citar los puntos más aplaudidos, ni los trozos que se hicieron repetir en la lectura; cuál será nuestra angustia de no poder disponer á las altas horas, en que escribimos, de espacio para reproducir siquiera uno de aquellos cuadros: por ejemplo, aquel de la profesión de Eloísa:

(Copia varias estrofas.)

. . . .

. . . .

No es posible elegir entre las bellezas del poema, ni tenemos tiempo para ello, ni absolutamente espacio alguno.

El poeta hubo de repetir también entre aplausos unánimes su romance de *Dos cetros y dos almas* y las admirables quintillas de la leyenda.

Resultado: una inmensa ovación; un triunfo colosal;

como no recordamos otro fuera del teatro; el público celebraba la revelación de un gran poeta, aplaudiéndole, aclamándole y agitando sus pañuelos.

EL IMPARCIAL

LA VELADA DEL ATENEO

UN POEMA DE FERRARI

Al comenzar, la curiosidad dominaba al auditorio; cuando terminó, el entusiasmo y la admiración avasallaban todos los ánimos, y los bravos atronaban la sala y las salvas ruidosas de aplausos se sucedían saludando al poeta que desde anoche forma en primera línea entre nuestros poetas más renombrados. Núñez de Arce, que le ha apadrinado para dar la lectura, y á quien está dedicado el poema *Pedro Abelardo,* fué de los primeros en abrazar á Ferrari; después formóse en torno de él apiñado corro, y los abrazos y apretones de manos aún duraban media hora más tarde. Por los pasillos se formaban listas para darle un banquete y regalarle una pluma de oro. El éxito de la velada fué el más ruidoso que hemos presenciado desde hace mucho tiempo en el Ateneo.

Para los que no conocían bien á Ferrari, su lectura de anoche era una revelación; para los que ya le conocían era la realización de una esperanza, que la modestia del autor ha querido retardar, consiguiendo sólo hacer el triunfo más ruidoso.

El poema *Pedro Abelardo,* á cuya lectura estuvo consagrada casi por completo la velada, es una obra en que

se reúnen la belleza de la forma con la poesía del argumento y la profundidad y grandeza de la idea. Las descripciones son cuadros acabados, llenos de sabor de época y con toda la admirable riqueza de detalles y colorido y los contrastes de sombras y de luz que han valido más legítimos triunfos á esa exuberante poesía de la escuela sevillana.

En cuanto al argumento, quizás no puede hallarse otro más poético en la historia. ¿Quién no conoce la de los amores de Abelardo y Eloísa, sencilla y popular como una leyenda? ¿Quién no se ha asombrado y enternecido ante aquella suprema adoración de Eloísa, que parece no haber venido al mundo sino con la misión de amar á Abelardo? Es verdad lo que dice Ferrari: por un milagroso poder del sentimiento, mientras que los empeños y los triunfos del reformador, cuya fama no tuvo límites, han podido obscurecerse en la ingrata memoria de los hombres, el recuerdo de aquellos amores permanece vivo á través del tiempo, que no ha conseguido sino engrandecerlo, y al pasar los dos personajes á la historia como eternos y enamoradísimos amantes, que amaron y sufrieron mucho, resulta que Abelardo que imaginara dar su gloria á Eloísa, ha recibido de ella la inmortalidad en la tradición de todos los pueblos.

De la manera como Ferrari supo contarla, del concepto capital del poema desenvuelto en versos nutridos de ideas, donde los pensamientos filosóficos de alto vuelo alternan con figuras poéticas deslumbradoras por su hermosura y su brillo, y la pasión se muestra unas veces con los atrevimientos del naturalismo más discutido y otras con los vuelos del romanticismo más vehemente, de su estilo nunca falto de movimiento y colorido y de la versificación gallarda de una corrección admirable,

puede formarse ligera idea por los trozos que publicamos, pero sólo puede comprenderse por la lectura de la obra.

En toda ella muestra Ferrari su entusiasmo por la era de progreso y libertad que inicia en la historia el nombre de Abelardo, y canta con grandes alientos la lucha, el martirio y los triunfos del reformador, y condena á sus verdugos, pero lo hace siempre en tono elevado y épico, sin apelar ni un momento á la sátira ni mostrar en su fe por las ideas reformadoras una duda.

Por eso cuando Ferrari, que tiene el privilegio, tan raro en los poetas, de saber leer sus versos, dándoles movimiento, vida y claroscuro, recitaba ayer con voz sonora y entusiasta las que pudieran llamarse estrofas del canto al Renacimiento que palpita en todo su poema, aquel público, que ha oído este año á otros poetas ilustres contarle sus dudas ó burlarse en sátira amarga de lo pasado, lo presente y hasta lo por venir, y que necesitaba después de tantas negaciones alguna afirmación, aplaudía con frenesí á un tiempo mismo al poeta y al hombre que aún conserva entusiasmo y fe en grandes ideales.

Terminada la lectura del poema *Pedro Abelardo,* leyó Ferrari fragmentos de un poema consagrado á describir las bodas de Isabel I y de Fernando de Aragón con el título *Dos cetros y dos almas.* De un carácter puramente descriptivo, escrito en correcto y movido romance, con un conocimiento profundo de los trajes, costumbres é historia de aquella época, no tuvo inconveniente en aplaudirle parte del público de la derecha, que había sufrido con respetuoso silencio las teorías atrevidas del *Pedro Abelardo.* Así que la ovación fué mucho mayor y más prolongados los aplausos.

La velada, que había comenzado á las nueve y cuarto, terminó después de las once.

He aquí algunos de los fragmentos no escogidos, sino tomados al acaso:

(Copia varios fragmentos del poema *Pedro Abelardo.)*

EL LIBERAL

El nombre de Emilio Ferrari era conocido de los aficionados á la literatura, pero no era popular. Una lectura en el Ateneo ha bastado para que lo sea. Nadie que estime en algo la literatura propia dejará de leer el poema *Pedro Abelardo.*

El Sr. Ferrari es joven, simpático y modesto. Su modestia excesiva, sin duda, le había perjudicado. Por fortuna suya ha entrado en la celebridad, y en la celebridad casi siempre se deja de serlo.

Pedro Abelardo fué—como dice el mismo Sr. Ferrari—un personaje extraordinario y su vida un palpitante drama. Fundó una escuela filosófica, revolucionó la teología; estuvo á punto de ser envenenado por sus propios monjes con el vino del Sacrificio; se refugió en el desierto; conmovió la Iglesia y el Estado; ocupó á dos famosos Concilios; pero vive en la memoria de los siglos, no por esto, que parece tan grande, sino por el amor de una mujer, Safo y Santa Teresa unidas—dice el poeta—; por el amor de Eloísa.

Esta leyenda sirve de asunto al poema.

El Sr. Ferrari se declara en este poemita discípulo del Sr. Núñez de Arce y se agrupa en su escuela; *Pedro*

Abelardo, en efecto, recuerda bastante al autor de *Raimundo Lulio*... Pero quien tiene imaginación poderosa y brillante, forma enérgica y dulce al par, corrección y elegancia, sensibilidad, gusto exquisito, entonación constante y conocimiento perfecto de los recursos de nuestro idioma y nuestra versificación, sólo será discípulo el tiempo que quiera serlo.

Me parece que al Sr. Ferrari le pasa lo contrario que ocurre á los poetas.

Que es mucho más poeta de lo que cree serlo.

FERNANFLOR.

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

En el Ateneo se celebró anoche una velada literaria, en la que D. Emilio Ferrari dió lectura del poema *Pedro Abelardo.* Ya conocíamos al Sr. Ferrari como poeta de altísimo vuelo y lozana inspiración; pero ayer, después de su lectura, se nos reveló como un gran poeta. El Ateneo unánime tributó al Sr. Ferrari una ovación inmensa.

El rico colorido de sus gallardas descripciones; la pintura exacta del gran carácter del monje Abelardo; sus nobilísimos ideales y el drama tristísimo que amargó la vida del fundador del Paracleto, hallaron exacto intérprete y entusiasta cantor en el Sr. Ferrari.

Pero donde el entusiasmo del numeroso público que acudía á la solemnidad rayó en su más alto límite fué en el precioso romance *Dos cetros y dos almas,* en el que el gran poeta describió en preciosísimo romance y her-

mosas quintillas las bodas de los príncipes que habían de llamarse después los Reyes Católicos. Las bellas damas que ocupaban las tribunas agitaban sus pañuelos; los socios que llenaban los escaños, puestos en pie, aclamaban al poeta; en todos el entusiasmo llegó al delirio escuchando sus hermosos versos.

Sentimos que las condiciones de nuestro periódico nos impidan reproducir algunos trozos de sus poesías; de todas suertes, reciba el Sr. Ferrari nuestro entusiasta saludo.

Se proyecta por los socios del Ateneo dar un testimonio de su admiración al Sr. Ferrari, regalándole un objeto de arte y ofreciéndole un banquete.

EL CORREO

VELADA EN EL ATENEO

Dar una lectura poética después de Campoamor y Núñez de Arce, entusiasmar á un público descontentadizo, elevarse de la obscuridad en que la modestia vive á los esplendores de una celebridad gallardamente conquistada, eran empresas capaces de desalentar á cualquiera, al más atrevido, al más poseído de su propio valer.

Emilio Ferrari no es atrevido ni soberbio, y emprendió tales empresas saliendo victorioso.

En el Ateneo había anoche mucha gente que asistía á la lectura de un poema creyendo que éste y el autor serían medianías de las que abundan en el mundo literario; el desengaño fué agradable en extremo. Emilio

Ferrari subió á la tribuna, abrió el manuscrito y leyó...

Un canto épico, grandioso, al Renacimiento; un himno mágico por la forma y por el pensamiento, á la reforma empezada por Pedro Abelardo, reforma que le dió menos renombre que sus amores con Eloísa, la expresión femenina más perfecta del sentimiento, la mujer nacida únicamente para amar y ser amada.

Las descripciones magníficas, sobrias, perfectas; la profesión de Eloísa cantada por su amante; y... todo, todo el poema, son prueba hermosa de lo que vale el ingenio cuando huye de esa hinchazón y gongorismo tan común en muchos de los poetas hoy más aplaudidos.

Al terminar la lectura, el Ateneo saludó en Ferrari al poeta verdad, al poeta entre los poetas; la ovación de los ateneístas formará época en la vida de nuestro querido amigo; la Prensa hoy continúa la ovación de anoche; el público la hará eterna.

Después de *Pedro Abelardo* leyó Ferrari *Dos cetros y dos almas,* poema descriptivo de las bodas de los Reyes Católicos, y como digno final de la fiesta el hermoso y clásico soneto *A Don Quijote.*

He aquí un fragmento del poema:

(Copia varias estrofas.)

EL DIA

HOJA LITERARIA

Pero dejemos aquellos tiempos en que se bailaba en casa de la Condesa del Montijo, intrigaban los polacos y eran jóvenes las venerables abuelas de las beldades de hoy, y lleguemos á la actualidad.

Ella nos presenta un poeta poco conocido hasta ayer y cuya popularidad comenzó anoche en el Ateneo, y continúa hoy en la Prensa.

Se llama Emilio Ferrari. Los que no vimos (y en buena hora lo digamos para alardear de jóvenes) al gran Zorrilla levantarse al borde de la sepultura de Fígaro para tomar puesto entre los primeros poetas de la época moderna, nos presentamos la figura del vate, cuando reconstituímos con la imaginación la triste escena, muy semejante á la de Emilio Ferrari.

Pálido y nervioso el expresivo semblante, negros el bigote y la perilla, cortados como los de un caballero de la corte de Felipe IV, sólo le falta al Sr. Ferrari la melena romántica, que ha sacrificado á la moda, para tener el tipo clásico del poeta, como tiene de poeta el alma.

El poema *Pedro Abelardo* es toda una ejecutoria. La figura del monje, que aparece grandiosa entre las sombras de la Edad Media, se presenta en él con su imponente magnitud. Las ideas levantadas se expresan en robustos y sonoros versos, y los cuadros tiernísimos que conmueven el alma se suceden produciendo emoción y asombro.

El público culto del Ateneo aplaudió anoche entusiastamente á Ferrari.

Los grandes de España no disfrutan de todas sus prerrogativas hasta que se cubren delante del Rey. Ferrari se coronó anoche ante el público de la primera corporación literaria de España.

Ya hay que tributarle en adelante los honores de gran poeta.

J. G. Abascal.

LA EPOCA

LAS POESÍAS DE EMILIO FERRARI

Son tan escasas las ocasiones que se ofrecen á la crítica para convertirse de censura en apología, que cuando llega una, yo, por mi parte, la acojo con avidez; es como la lluvia tras de larga y árida sequía.

El poeta Ferrari me depara esta ocasión. —¡Dios se lo pague!— Puedo, gracias á él, beber á mi sabor agua de aquella lluvia y calmar la sed que por la continua sequedad de los teatros me abrasaba.

Emilio Ferrari es de Valladolid, y pertenece al Cuerpo de Archiveros-Bibliotecarios. Estos dos datos, casi los únicos que componen hasta ayer su biografía, no carecen de importancia. Haber estudiado en archivos y bibliotecas nutre el entendimiento de erudición reposada y segura, no lo hincha del humo de la literatura al día. Lo que de historia, de arte, de indumentaria y de otros estudios sabe Ferrari, en bibliotecas y archivos lo ha aprendido, y lo ha aprendido muy bien.

No ahogan tales trabajos ni investigaciones la inspiración, de ningún modo; evocando recuerdos de otras edades, la historia engendra la leyenda; del consorcio intelectual que celebran, al encontrarse, la ciencia de los libros y la fantasía del lector, nace la poesía; en lo antiguo, Palas Atenea, la deidad del Saber, protegía y daba su nombre á Atenas, la ciudad del arte.

Ferrari es vallisoletano, lo cual significa que se ha abrevado en el Pisuerga de esa fluida, clara y hermosísima habla castellana que Zorrilla ayer, y hoy Núñez

de Arce, han esculpido en sus versos. También Manuel del Palacio ha bebido en esas aguas, aunque un poco más allá, en Palencia, sus rimas castizas y sonoras.

Nuestra noble lengua, maltrecha y bastardeada por lecturas francesas y escritos periodísticos, es una de las más limpias y bien templadas armas que esgrime Ferrari para vencer al lector ó al oyente. Gracias á ella, sus versos, á la vez que relumbran, suenan armoniosamente, como cascada en cuyas espumas chispea el sol.

En la velada del sábado, que sirvió á Ferrari para obtener del tribunal literario del Ateneo el título y reválida de poeta, leyó dos composiciones y un soneto. La una, el poema *Pedro Abelardo;* la otra, una leyenda histórica. *Dos cetros y dos almas.* El soneto, que es claro, expresivo y brioso, se titula *A Don Quijote.*

El poema tiene tres cantos y está escrito en versos de arte mayor —silva, tercetos, octavas—; la leyenda, en versos de arte menor —romances y quintillas—. Como difieren en el metro, difieren en naturaleza ambas composiciones; en la primera, el espíritu moderno se agita y hierve bajo el sayal del monje de Cluny; aquella gran figura de la Edad Media, aquel Abelardo, castigado como un esclavo y como un santo enaltecido; aquel que tuvo dos amores, entrambos fatales, á Eloísa y á la razón; aquel sabio insigne y desdichadísimo esposo; aquel hereje sin saberlo y profeta sin advertirlo, ha tomado cuerpo, y tiene huesos, sangre y pasiones en el poema de Ferrari.

Y este poema es el poema del dolor y á la vez de la esperanza. Gime Eloísa apartada de su amado esposo, enterrada en vida en un claustro, sin amor y sin amante; gime Abelardo por su forzada vejez, por sus fracasos ante los poderes de la Iglesia, por su combate impotente

contra el siglo; pero ella se reunirá á él en otro Paracleto, el que es de eterna consolación, y él, como filósofo, como artista, como hombre, presiente el gran estallido de humanismo que se nombró el Renacimiento.

Tales ideas, tales sentimientos, tales sucesos no podían encarnarse sino en versos que hicieran olvidar la prosa que les consagró Lamartine. Ferrari lo ha logrado. Las estrofas de su poema esculpen, como gótico cincel, las figuras de los dos célebres enamorados, y con sus versos labra un monumento, cuyas ojivas, cresterías, columnillas, tréboles y follajes, reproducen el mausoleo que les consagró París en su cementerio del Pére Lachaise.

Hay momentos en que el poeta deja por un instante á su héroe y pinta el lugar donde lo coloca, ó arrebatado por el eterno numen de la *alma parens,* entona himnos, que Lucrecio envidiaría, á la madre naturaleza.

La abundancia y fuego de la escuela sevillana se templan en Ferrari con la precisión y gravedad del castellano viejo; desátanse sus versos como raudal impetuoso que rebasa la orilla é inunda los campos... mas presto el mismo poeta encauza por el álveo justo las estrofas.

En la leyenda Ferrari se transformó; ya no era el cantor moderno, caldeado por los hálitos ardientes de Byron, de Musset, de Núñez de Arce; ya no se trataba de un Abelardo, deudo más ó menos cercano de Fray Martín Lutero y de Raimundo Lulio; el poeta apartaba de sí la lámpara de luz intensa y penetrante con que la ciencia alumbra, é íbase á inspirar en el sol de las historias y en la luna que ampara y engendra las tradiciones.

Los romances de *Dos cetros y dos almas* recuerdan á

cada punto los más gallardos y airosos del Romancero y compiten con los del Duque de Rivas; las quintillas no ceden, en lo de pintar y descubrir, ni á las mismas con que Moratín (padre) inmortalizó una fiesta de toros.

Osténtanse en ellas la armonía y gentileza del habla castellana como garrida y hermosa dama, envuelta en galas y deslumbrante en joyas... El auditorio aclamaba frenético aquella música producida por la rima en las cuerdas del arpa del idioma.

¿Quiénes pretenden que la leyenda está en desuso, que aquellos moldes que fundió Zorrilla se han roto, que el gusto moderno rechaza invenciones y hasta proscribe los versos? ¿Quién pretende que la verdad es la única diosa del culto literario de hoy?

Ferrari dió un formidable mentís á los que tal piensan, y cuando alguien gritó: "¡He ahí la musa moderna!" "¡Mentira! —grité yo para mis adentros—: ¡He ahí la musa eterna!"

Y esta musa no se nombra *Verdad,* mal que les pese á los que sólo á lo real y tangible adoran; esa musa lleva un nombre, no menos alto y majestuoso, pero más resplandeciente todavía, y es: *Belleza.*

LUIS ALFONSO.

EL DIARIO ESPAÑOL

ATENEO

Hasta ayer D. Emilio Ferrari no era más que un laborioso individuo del Cuerpo de Archiveros-Bibliotecarios, buen esposo, leal amigo y un poeta premiado en los Juegos florales y aplaudido en el teatro.

Así le conocimos todos.

Pero anoche Ferrari quedó legítimamente proclamado poeta. Y el Ateneo en masa, en medio de frenéticos vítores y aplausos, sancionó su derecho á penetrar en el augusto templo de la fama coronado de verde é inmarcesible lauro, para ocupar un puesto junto á nuestras grandes glorias patrias.

Ferrari desde anoche es ya un gran poeta aclamado por unanimidad.

Su natural modestia no le hará dudar más de sus fuerzas, ya no juzgará ilusorias las halagüeñas esperanzas y atrevidas insinuaciones del genio que arde en su mente, ya se ha confirmado su valer, y, ni desvanecido ni confiado, recorrerá con seguro pie, entre aplausos, la florida senda que conduce á la inmortalidad, cosechando merecidos triunfos.

LA LECTURA

Dos fueron las composiciones leídas, y ambas fueron tan por igual aplaudidas y elogiadas, que la crítica se muestra indecisa, no sabiendo á cuál de ellas conceder el premio, porque las dos tienen bellezas de primer orden, y en las dos campea la misma profundidad de pensamiento y corrección de estilo, la misma galanura poética y levantada inspiración.

La primera leída fué el poema titulado *Pedro Abelardo.* ¿Quién no conoce los interesantes amores de Abelardo y Eloísa? Pues en este patético drama amoroso se ha inspirado el Sr. Ferrari para tejer con hilos de oro el argumento de su poema.

Pero el poeta nos presenta, además, al monje de San Dionisio como lo que real y verdaderamente fué, como

el primer librepensador de la Edad Media, predicando la libertad del espíritu y aplicando el raciocinio á las verdades religiosas.

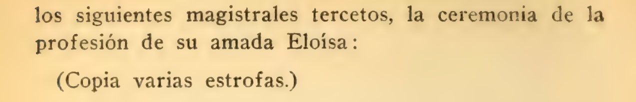
Al comenzar á leer, su voz aparecía turbada por la emoción que le embargaba, pero bien pronto los primeros aplausos le devolvieron la tranquilidad, y ya dueño de sí, el Sr. Ferrari comenzó á realzar con acertada entonación sus hermosos versos; siendo frecuentemente interrumpido por las explosiones del entusiasmo, y haciéndole repetir las estrofas más bellas.

EL POEMA

Sentimos no poder reproducirlo íntegro y vamos á dar á conocer á nuestros lectores algunos fragmentos.

En el canto primero el poeta nos presenta á Pedro Abelardo en un sendero de los Alpes, caminando hacia el convento en que ha de terminar sus días. Hay en este primer canto esplendorosas descripciones de la agreste Naturaleza. ¡El alma del fogoso monje frente á frente de las fuerzas del mundo! ¡Qué estrofas tan grandilocuentes ha inspirado al poeta esa compenetración de la vida universal y de los formidables alientos del reformador religioso. Pero las amargas vacilaciones se apoderan del corazón de Abelardo. Ha sufrido mucho: la tortura del fuego y la pasión del amor han dejado honda huella en su alma y su cuerpo. Destrozado y fugitivo, corre á sepultar sus últimos días en el convento.

El canto segundo se titula *Drama,* y Abelardo, tendiendo la vista hacia su borrascoso pasado, recuerda, en



los siguientes magistrales tercetos, la ceremonia de la profesión de su amada Eloísa:

(Copia varias estrofas.)

....

....

El canto tercero está hecho en octavas reales y se titula *Tránsito,* y para muestra de su belleza y vigorosa entonación, transcribimos las siguientes:

(Copia varias octavas.)

....

....

Sería interminable nuestra tarea de empeñarnos en hacer conocer las infinitas bellezas que el poema encierra, tendríamos que transcribirlo íntegro.

Después de *Pedro Abelardo,* el Sr. Ferrari dió á conocer una leyenda titulada *Dos cetros y dos almas,* escrita en romance y quintillas, y si con el poema había logrado seducir al Ateneo, con la leyenda lo fascinó é hizo rayar su entusiasmo en el delirio.

Media hora después de terminada la lectura continuaba el Sr. Ferrari recibiendo calurosos abrazos y apretones de manos.

Según oímos á varios socios del Ateneo, decidieron anoche mismo organizar un banquete en su honor y regalarle una pluma de oro.

Bien la merece.

DIARIO DE LA TARDE

MADRID IMPOLÍTICO

EMILIO FERRARI

Nada en la apariencia tan fácil como recitar versos en público, y, sin embargo, tengo para mí que pocas cosas habrá que en punto á dificultades lleguen á la de declamar poesías, y cuenta que no me refiero sólo á los obstáculos materiales, y que supongo desde luego al poeta dueño de los medios para conseguir el fin que se propone. El autor que lee sus versos ante un auditorio tiene en su contra todas las desventajas que pesan sobre un orador, y no goza en cambio de ninguna de las circunstancias que le favorecen, y no me refiero ya al que diserta sobre un tema dado, procurando el convencimiento de los oyentes por la fuerza del argumento, sino al que se dirige para conmoverlos al corazón de los espectadores. El orador que habla al sentimiento de los que le escuchan aspira á moverlos á un fin dado, y á conseguirlo encamina sus esfuerzos, empleando para ello cuantas armas le sugiere su talento, en tanto que al poeta, sin medios para guiar al auditorio y sin poderle preparar antes, sólo le es dable ofrecerle sus obras lisa y llanamente, fiándolo todo al mérito intrínseco de ellas. En realidad de verdad, las composiciones épicas ó líricas recitadas entran, siquiera sea por el procedimiento, en los dominios de la dramática, lo que viene á aumentar los escollos de la lectura pública, porque no es tan temible, con serlo mucho, la

opinión individual y manifestada aisladamente de los que leen un libro en el retiro del gabinete como el juicio irreflexivo de un auditorio, juicio espontáneo é hijo de impresiones momentáneas, y por ende versátil y á las veces caprichoso.

Escribir versos buenos, hoy que tantos y tan malos se escriben, es de suyo un mérito, *rara avis* en los tiempos que corren, y si á esto se agrega una manera irreprochable de decirlos, se comprenderá hasta qué punto merece aplausos Emilio Ferrari. En la velada que anoche dió en el Ateneo demostró que es un lector de primera fuerza, y que no en vano se le tiene por un poeta de primer orden. Plinio el joven decía ocupándose de las lecturas de su época: "Tengo la persuasión de que en los estudios, como en la vida, nada conviene mejor á la humanidad que mezclar lo festivo con lo severo por miedo de que lo uno degenere en melancolía y lo otro en impertinencia..." Ferrari no puede echar mano de este recurso; no usa la nota cómica, y así no le es dado valerse de las emociones del auditorio para buscar el efecto, ni suavizar sus impresiones fuertes despertándole sensaciones alegres y risueñas, si vale la frase, ni hacerle pasar preparándole por las últimas para elevarle de la mano á las primeras. Así su triunfo resulta más justificado y completo.

En la poesía de Ferrari hay que considerar dos cosas, ambas dignas de considerarse por separado tratándose de este autor, á quien, por lo genuíno de sus producciones, viene como anillo al dedo la célebre sentencia de Buffón: "El estilo es el hombre." No son otras que el fondo y la forma, la idea y su vestidura.

El pensamiento que anima la poesía de Ferrari es levantado y profundo, y por ende, infinito en su alcance;

revela algo á la manera de la intuición propia del genio, y no se achaque á lisonja lo que me dicta mi conciencia imparcial y justa. Es el numen de Ferrari, diciéndolo en una imagen para más gráficamente expresarlo, no el ruiseñor canoro que entona dulces trinos á la alborada, sino el águila caudal que remonta el vuelo hasta mirar al sol frente á frente. Tal profundidad en los conceptos da innegable transcendencia á los versos de Ferrari, y véase por dónde, como consecuencia lógica, reúnen hasta la cualidad exigida por la moda, ó si se quiere, por el gusto reinante: el sabor filosófico.

Respecto á la forma, es la poesía de Ferrari uniforme como ninguna otra, sin que ello implique, ni por asomo, ni sombra de monotonía, antes al contrario, en una unidad de estilo perfectamente marcada, da cabida á la más amplia y rica variedad de tonos. A correcta y castiza dicción une la limpieza y elegancia de la frase, y erudito hasta casi dominar el idioma, usa de tal riqueza de vocablos, que el verso le resulta de lo más armonioso y rotundo que se ha escrito en castellano. Obedeciéndole sumisa la inspiración, muéstrase sobrio en giros y figuras metafóricas, y hace bien, porque así gana el verso en naturalidad, resultado muy difícil de producir con el demasiado artificio. En el romance sobre todo, en el que no hay el recurso del consonante, es donde mejor luce Ferrari la valentía y el vigor de la frase, que presta á su poesía un colorido extraordinario. Yo confieso ingenuamente que la lectura de sus versos produce en mi ánimo, no ya la dulce placidez que despierta la belleza del día que nace ó de la tarde que muere, sino la sublime emoción que pienso yo que experimentaría contemplando, á ser posible, como en

sus mejores tiempos, el soberbio Parthenón de mármol pentélico de Atenas ó el no menos magnífico edificio del Coliseo romano.

No ha faltado quien discuta sobre si Emilio Ferrari es más poeta épico que lírico, cuestión que no me parece oportuno tratar en esta revista, hecha al correr de la pluma. De todas suertes, y prescindiendo de detalles y diferencias hasta cierto punto convencionales y fortuitas, no cabe duda alguna que la poesía de Ferrari es esencialmente moderna, por la transcendencia del fondo y lo atrevido del pensamiento, y por el gusto de la forma, en la que campean la narración y la descripción como factores primordiales, siguiendo con esto las tendencias que hoy se observan en la poesía contemporánea, en la lírica especialmente. Entre las escuelas poéticas militantes no cabe lugar á duda respecto al puesto que á Ferrari corresponde; por derecho propio sigue á Núñez de Arce, su ilustre amigo y maestro. No sería tan llano asignarle su sitio á haber vivido en los albores de los siglos de oro, á principios de la Edad Moderna; pues si por una parte se le podría haber considerado comprendido en el número de los adeptos á la escuela sevillana, por otra reuniría caracteres bien distintos para pertenecer á la clásica.

Dije antes que á Ferrari se le tenía por un lector de primera fuerza, y así lo probó anoche en la velada que tuvo á su cargo en el Ateneo. Con entonación segura y reposada, fraseando con claridad y huyendo del demasiado ritmo, escollo tan difícil de evitar, leyó un poema inédito en tres cantos, *Pedro Abelardo,* cuyo asunto se adivina por el título, hermosa composición esmaltada de pensamientos grandes y profundos, vestidos en la más brillante forma que imaginarse puede.

Tiene el poema pasajes que arrebataron al público, y entre ellos recuerdo una descripción de los Alpes maravillosa, que provocó el entusiasmo general. Ni los límites ni la índole de la presente reseña me permiten hacer un juicio razonado del poema, ni es posible aquilatar su mérito á la luz de los principios de la ciencia literaria con sólo una audición y sin apreciarle por la lectura detenida. Otra de las poesías que Ferrari dió á conocer anoche fué una titulada *Dos cetros y dos almas,* en la que pinta, y esta es la palabra, las bodas de los Reyes Católicos en Valladolid. En ella hace gala Ferrari de su talento descriptivo, y en los dos romances de que consta, severos y majestuosos, verdaderamente arquitectónicos, si vale el vocablo, y en las quintillas en que describe la ida de la comitiva regia á la iglesia de Santa María, frescas, animadas, deslumbradoras, arrancó unánimes y nutridos aplausos. Materialmente se veía lo que el poeta pintaba.

Con el mayor gusto transcribiría algunos trozos de las citadas poesías si no fuera porque mi crónica se alarga demasiado y ya se me antoja pesada por demás, y porque tan iguales son los versos de ambas composiciones, que, á no copiarlos todos, cosa que al autor no conviene, opto por no hacerlo con ninguno. El poema se pondrá á la venta de seguida, y el público podrá apreciar, leyéndolo, su mérito, mejor que por cuanto aquí yo le diga. Espero que Santa Rita, abogada de los imposibles, hará esta vez uno de sus milagros, y que el público que compra libros superará al que los pide prestados á los amigos para luego, echándolas de sabios, ponerle al autor falta sobre falta. A petición de algunos espectadores leyó para concluir el Sr. Ferrari su magnífico soneto *A Don Quijote.*

En resumen: la lectura dada por Emilio Ferrari fué un acontecimiento, y el poeta alcanzó los honores de una ovación verdadera. Ya el público del Ateneo sabía el resultado, porque para los socios no era cosa desconocida el talento del que á su cargo tenía la velada.

A. Pérez G. Nieva.

EL LIBERAL

PEDRO ABELARDO

(POEMA DE EMILIO FERRARI)

Los días son de prosa. El poeta en nuestra sociedad y en nuestro tiempo debe retirarse á la vida privada. Tejer guirnaldas para ornar la frente de la gentil y esquiva Galatea; suspirar elegías á la memoria de una ninfa que se murió de amor; entonar estrofas en loor del héroe vencedor en cien batallas y en otras tantas escaramuzas; llorar, con lastimero són, al mártir indefenso... ¡Bah! ¿Quién es, en el actual momento histórico, el consecuente funcionario público que entretiene sus ocios de la oficina leyendo á los poetas viejos, á los grandes soñadores bobalicones, que no soñaron siquiera en ser ministros? Demás de esto, en los días que corren, no hay Galateas, sino *Vengadoras;* no hay damiselas que se mueran de amor, como la desgraciada Elvira, de Espronceda; ni héroes vencedores, no siéndolo Martínez Campos; ni siquiera mártires, á no serlo la Prensa bajo el poder de Cánovas del Castillo.

Por eso cuando me hablaron la primera vez del *Pedro Abelardo* de Ferrari, poema lírico que me pareció,

al juzgarle por su título, narración de los malogrados afanes amorosos del infeliz benedictino de la Edad Media, sin más datos ni premisas gradué á Ferrari de romántico ó desconocedor, al menos, del secreto de las fáciles victorias contemporáneas; pero después de haber leído el admirable poema que el Ateneo aplaudió el sábado con tanto entusiasmo, y de haber meditado honradamente en la Cervecería Alemana sobre algunos puntos importantes, hube de convencerme de dos cosas: de que la cerveza alemana era falsificada y el poema era alemán legítimo. Y puesto ya á convencerme, convencíme también de la tercera cosa: de que Ferrari conoce su época y ha seguido sus corrientes alborotadas y nutrido su espíritu con el ideal moderno, como el niño mama la leche de su nodriza.

Vencer las asperezas del asunto era ya una gran victoria. Eloísa pasó como una primavera por el mundo y se ocultó temprano en el solitario Paracleto entre las nubes del incienso impío que, como esposa adúltera del Señor, elevaba hacia él, ella, la esposa de Abelardo. El amor sensual y al mismo tiempo divino de la mujer, requería, para pintarlo con exactitud, la poética decoración de un idilio. Pero los idilios embelesan un solo instante, y la poesía de nuestro siglo debe ser, como dice Lamartine, la *razón cantada.* ¿Y cómo enlazar, por otra parte, y presentar en el mismo cuadro la figura melancólica, seductora y poética de Eloísa y la figura austera y casi sombría del filósofo, altivo y pagado de su ciencia, ante la cual sacrificaba él, con insano egoísmo de hielo, el imposible amor de la pobre loca? Ferrari ha sabido vencer con acierto esta dificultad. Eloísa no aparece en la escena: aquel desventurado amor es tan sólo un episodio, como lo es, en el *Fausto,* la historia de Mar-

garita; mas Abelardo no cree, como el doctor alemán, que el *crimen* de su amada fué un *dulce error;* recuerda, por el contrario, con delicia y embeleso, las pristinas venturas, y si alguna vez baña su corazón en las aguas del Leteo, es porque las luchas religiosas y la defensa de los sagrados intereses de la conciencia redimida llaman su espíritu y solicitan su voluntad hacia otra parte. Hay, por esto, más belleza artística en Abelardo que en Fausto.

Como estudio psicológico, como pintura de un carácter, *Pedro Abelardo* ha de subsistir en la historia literaria como Prometeo y Segismundo, Don Quijote y Hamlet; porque la idea que Abelardo personificara en el siglo duodécimo, no era el patrimonio exclusivo de aquella centuria ni de ninguna otra, sino la aspiración universal de todos los tiempos y de todas las almas; porque no era el héroe de la antigua epopeya convencional, sino el *hombre,* el ser humano, el combatiente, el mártir, el rebelde, el despeñado de allá arriba, para el cual hay siempre un grillete en el pie y una roca en el Cáucaso. ¿Cuál fué su obra? Ferrari lo dice en la introducción del poema: "En medio de la gárrula controversia de la dictadura teológica, del dogmatismo inviolable, Abelardo deja oir de repente un acento libre y humano. Haciéndose eco del espíritu de independencia que á la sazón agitaba á la multitud, llama á juicio á las verdades religiosas para fundar la fe sobre el raciocinio, quebranta el yugo de la autoridad, abre el camino á la investigación, ilumina el misterio, explica, allana, vulgariza; desde aquel instante está abierto de par en par el tabernáculo."

Fugitivo se titula el primer canto del poema. Es una tempestad de elocuencia. Abelardo, condenado por he-

reje en el Concilio de Sens, se dirige hacia Roma á apelar de la sentencia. Los primeros versos son una grandiosa apóstrofe del monje á los Alpes, á cuya falda detiene un momento su cansada planta. El alma de Abelardo, grande é imponente como la montaña, se eleva también hasta lo infinito, esparciéndose luego en piélago de armoniosa y vibrante poesía. Viene de seguida una descripción de la tarde, llena de dulces y tiernos pensamientos, correcta, acabadísima, reflejo de todos los colores y pebetero de todos los ricos perfumes de la Naturaleza. Contraste vil el que forma con el alma lóbrega la creación indiferente... Como fantasmas que desdoblan su lúgubre procesión en el cerebro del monje, recuerda el cuitado las visiones, casi siempre negras, alguna vez azules, de su borrascosa existencia. Si habla de la libertad, ¡qué hermoso himno! Si invoca la fraternidad humana, ¡qué santo ósculo! Si apela al porvenir, ¡qué consoladora claridad! La voz enérgica y valiente del vate se hace entonces digna del universo: digno es, pues, Ferrari, como diría Quintana, del lauro con que su frente ciñe.

El segundo canto se titula *El drama*. En el jardín de la Abadía de Chuny, donde ha resuelto Abelardo pasar el resto de sus días, refiere aquél al Abad el drama de sus malogrados amores, las desdichas que les pusieron prematuro y bárbaro término y la profesión de Eloísa, celebrada en presencia del mismo amante, que era ya monje en aquella sazón. Escrito este segundo canto en tercetos esculturales, con cláusulas de fuego, trae á la memoria los mejores paisajes de *Raimundo Lulio*. La musa de Ferrari se muestra en este canto con una universalidad de aptitudes que envidiaría el mismo Cánovas. Así declama ella, soberbia y altisonante, contra

el fanatismo religioso, como describe compungida y devota las ceremonias litúrgicas, ó imita plácida y tranquila *El cantar de los cantares,* ó narra encogida y vergonzosa la castrazón inhumana. No es posible componer un cuadro con más variedad de colores y matices, con más riqueza de tonos y de contrastes, con mayor heterogeneidad de elementos accesorios y con superior unidad, al propio tiempo, en el conjunto. Ferrari ha querido probar, sin duda (victorioso alarde, por cierto), que sabe ser de consuno Zorrilla, Quintana, Bécquer y Echegaray.

En el tercero y último canto, titulado *Tránsito,* cambia la decoración. Ferrari maneja el pincel de Ribera para describir, con pasmoso y aterrador realismo, la sombría celda, donde se halla próxima á fenecer la víctima de la intolerancia religiosa: allí el crucifijo, efigie del gran mártir, con los amorosos brazos abiertos, como para recibir entre ellos al hijo, heredero de la cruz áspera; allí, sobre tosca mesa, el libro de rezos, la mortecina lámpara y la calavera hedionda; allí el abad, de hinojos, implorando el generoso perdón del cielo para aquel Jacob vencido, tras formidable lucha, en su camino de Canaán; allí, por último, el náufrago, próximo á caer derribado por el impetuoso oleaje de la vida sobre la arena del descanso y del olvido eternos. ¿Del olvido?... No; que en aquel sublime anochecer del alma, una visión profética del porvenir hace sonar al oído del monje la enamorada música de la buena nueva, trayéndole, como la paloma del Arca, el mensaje de la tierra redimida por la razón y por la libertad. Entonces, para enderezar el cáliz de la sed postrera, recibe el moribundo una carta de Eloísa con perfumes del cielo y rastro de besos y lágrimas, óleo bendito para ungir la frente del réprobo,

lejano arrullo de tórtola que ha de cerrar por siempre sus párpados, sumergiéndole voluptuosamente en un sueño de paz. ¡ Ah ! ¡ En el seno de ella duerme tranquilo, tú, que al nacer, te equivocaste en el tiempo, y al morir inauguraste tu reinado en la historia, y rescatado para el ideal divino por el afán humano, amado de la mujer y temido del hombre, fuiste acá abajo glorioso compendio de la grandeza absoluta ! ¡ Duerme tranquilo, y no despiertes en estos tiempos de Pidal; duerme, que no han de faltar, aunque la intolerancia gallee y el fanatismo gruña, á la razón un amoroso acento para bendecirte, ni á la libertad, mientras Ferrari viva, una robusta lira para cantarte !

ANTONIO CORTÓN.

EL GLOBO

LAS LECTURAS DEL ATENEO

Tenemos poco espacio para describir con toda la grandiosidad y magnificencia que el caso requiere la brillantísima fiesta literaria que se celebró anoche en el Ateneo.

¡ Fué un suceso verdaderamente extraordinario ! La numerosa y distinguida concurrencia que suele asistir á esas solemnidades poéticas consagró anoche por unanimidad, por aclamación, al joven D. Emilio Ferrari como uno de los más inspirados y vigorosos vates de nuestra patria.

Para nosotros no era una novedad el abundante estro poético del Sr. Ferrari; le habíamos aplaudido particu-

larmente muchas veces, y sabíamos que ocupaba con justicia una excelsa morada en el Parnaso; pero la aceptación soberana de centenares de espíritus juntos en un solo sentimiento, el sufragio de una colectividad compuesta de notabilidades en todas las esferas del saber humano, de hombres de ciencia, de profesores eminentes, de artistas, de ilustres y sentimentales damas, cuyo corazón se halla siempre dispuesto á las emociones que produce lo bello, consagración semejante no la había obtenido aún el Sr. Ferrari.

¡Anoche fué ungido poeta!

Empezó á leer su poema *Pedro Abelardo,* y desde las primeras estrofas cautivó con su grandioso acento al auditorio.

Sentimos que nos falten lugar y tiempo para analizar detenidamente el precioso trabajo del poeta. Nuestros lectores nos agradecerán, sin embargo, que sacrifiquemos una gran parte de nuestra prosa en aras de las estrofas llenas de calor y de grandeza, que en este sitio publicamos.

¿Qué es el poema *Pedro Abelardo?* Su título lo indica. Un hermoso canto en honor del monje de San Dionisio, que conmovió los cimientos de la Edad Media, predicando en la montaña de Santa Genoveva la independencia del espíritu y la eficacia de raciocinio en las verdades religiosas.

El poeta nos presenta á Pedro Abelardo en un sendero de los Alpes, caminando hacia el convento en que ha de terminar sus días. Hay en este primer canto esplendorosas descripciones de la agreste Naturaleza. ¡El alma del fogoso monje frente á frente de las fuerzas del mundo! ¡Qué estrofas tan grandilocuentes ha inspirado al poeta esa compenetración de la vida uni-

versal y de los formidables alientos del reformador religioso! Pero las amargas vacilaciones se apoderan del corazón de Abelardo. Ha sufrido mucho: la tortura del fuego y la pasión del amor han dejado honda huella en su alma y su cuerpo. Destrozado y fugitivo, corre á sepultar sus últimos días en el convento.

Todo este primer canto es maravilloso. El auditorio del Ateneo le hizo repetir entre grandes aplausos varias bellísimas estrofas.

El canto segundo se titula *Drama.* En el convento, al pie de un sauce del jardín abacial, Abelardo recuerda toda su vida, sus luchas, la persecución de que ha sido objeto y la desgracia de sus amores.

Véase de qué manera describe la ceremonia del voto religioso de su adorada Eloísa:

(Copia varias estrofas.)

....

....

Nos vemos en grave apuro al tratar de escoger estrofas del canto tercero titulado *Tránsito.*

Realmente todas sus octavas nos parecen igualmente bellas. Abelardo se halla en el lecho de su celda, y allí, en el supremo instante del tránsito desde este mundo limitado á las regiones infinitas de luz y beatitud por que suspira, tiene visiones sublimes y presentimientos de bienestar y dicha para el género humano.

Así se ha mostrado el poeta como es, amante del trabajo, del progreso, de la libertad y de los altos destinos del hombre.

Véanse los siguientes brillantísimos fragmentos de este canto y de la apasionada, hermosísima carta de Eloísa:

(Copia varios fragmentos del tercer canto del poema.)

....

....

La ovación hecha al Sr. Ferrari fué tan entusiasta y estrepitosa como merecida.

Y no paró ahí la lectura. El Sr. Ferrari es insaciable. Quiso anoche tener gloria completa. Leyó después del poema otra composición titulada *Dos cetros y dos almas,* que produjo verdadero frenesí en el auditorio.

Finalmente, dió lectura de un hermoso soneto al *Quijote.*

Y cuando acabó su lectura, tuvo necesidad de toda la fuerza de sus músculos para no ser estrujado entre los brazos de sus admiradores. De hoy más, Ferrari no es un poeta.... es *El Poeta.*

P. B.

LA AMERICA

PEDRO ABELARDO

POEMA POR EMILIO FERRARI

Tiempo hace ya que tuve noticia de que un poeta cuyo nombre apenas había yo oído algunas veces elegía la figura de Pedro Abelardo para animarla en bellísimo poema.

El nombre de Abelardo, de tal suerte vive unido al de Eloísa en la imaginación del pueblo, que no parece sino que entre los dos constituyen una sola personalidad; y debo declarar que, cuando del poema se me hablaba, me acometió fácilmente la sospecha de si, tra-

tándose de un capricho poco feliz, se querría dar vida á cualquier resto fósil del trasnochado romanticismo, y aun quizá aquel Ferrari que se me citaba, sería un bohemio de mal género y de peor gusto, melenudo, asendereado, maltrecho y lleno de estudiadas excentricidades. Pero á tal punto, y con tan subido entusiasmo se me elogió la obra y se me pintó su autor, que comprendí pronto cuál podía ser el carácter del *Abelardo* de Ferrari, y hasta me fingí su verdadero atavío.

He dicho que me lo fingí, y debo añadir que con harta imperfección. *Pedro Abelardo,* como todo lo que Ferrari escribe, tiene un sello tan especial, una forma tan gallarda, tan severa, y bellísima á tal extremo, que únicamente contemplándolo hay quien pueda irla acomodando á su imaginación, y sólo cuando el ánimo se serena después que domina el deleitoso vértigo producido por lo inmensamente grande, hay manera de que siga en todos sus puntos aquellas hermosas y firmísimas líneas, aquellos rasgos á la vez seguros y delicados con que Ferrari da cuerpo á sus cuadros y á sus figuras.

Un estilo castizo como pocos; una frase enérgica y sobria con ninguna; una galana dicción poética con vibraciones de todas las armonías, resonancias de todos los ecos y conjunto de todos los tonos, son los elementos de que dispone Ferrari con prodigiosa y rarísima habilidad, para vestir sus concepciones siempre brillantes.

Es, sobre todo esto, escultor inspirado, alzando hermosas figuras llenas de verdad; es pintor atrevido y felicísimo, componiendo cuadros de gran estudio, matizando paisajes que atraen de modo irresistible á los sentidos y al alma; es constantemente pensador, hablando á las inteligencias con esa voz que les lleva

como el Verbo de las nuevas ideas y de la verdad probada; es siempre artista, dando vida á sus creaciones con el soplo del genio, y envolviéndola en efluvios de gloria.

Condiciones son todas estas que, cuando se reúnen en una sola personalidad, pueden darle carácter especialísimo, porque no es ordinario que así se ofrezca la concurrencia y armonía de todos los elementos; pero si aún se quiere determinar de modo más correcto el verdadero carácter de Ferrari, se puede añadir que es descendiente digno de Núñez de Arce, cuya escuela él hubiera iniciado entre nosotros, á no haber nacido antes á la vida literaria el ilustre autor de *Gritos del Combate;* y que, como se ve en los cantos de *Pedro Abelardo,* la inspiración de Ferrari hace brillantes todos los tonos, domina las nubes de tormenta que pasan por el cerebro, y los rayos de la vida luminosa, y las tempestades del corazón, y el deleite de las pasiones tranquilas, y es espejo donde la Naturaleza se retrata, y es cristal que alcanza hasta los cielos, y es antorcha que los abismos ilumina. Ferrari piensa, y cree, y duda, y ama, y espera, y llora, y ríe; que no de otra suerte podría ser gran poeta en un siglo que tiene conciencia de su vida, y no desprecia ninguno de los elementos que la constituyen.

Y me refiero ya concretamente, que buena hora es, al poema de Emilio Ferrari.

Fugitivo lleva por título el canto primero. Aquel humilde monje, cuyos libros habían despertado ya en todo el mundo la aurora de una nueva ley; cuya palabra era escuchada por los hombres de todos los lugares, que ansiosos acudían á recogerla; cuyo corazón, más que ninguno había sentido la desgracia, porque más que

ninguno había amado; Abelardo, en fin, se mira anatematizado por la Iglesia, perseguido por el fanatismo, alejado de su compañera en la vida. Y cuando en la hoguera donde sus libros se arrojaron, se quiso como hacer auto de fe con su conciencia; y cuando al aventar las cenizas de sus escritos, se pretendió dispersar hasta perderlas las ideas que en su cerebro encerraba, y que al cabo esparcieron por todo el mundo, sobre terreno fértil y bien dispuesto, germen poderoso de una vida nueva; entonces, vagando sin tino entre sus recuerdos y sus esperanzas, asombrado del mundo que le rodeaba, afanándose aún por encontrar la entrada de otro mundo hospitalario que sólo podía hallar en sí mismo, se halla Abelardo sin rumbo en su camino, amenazado por las altas cumbres de los Alpes, que parecían ir á desplomarse para hundirse al abismo de la vergüenza y de la muerte. Y en el momento en que, agravando las angustias de aquel alma, la noche trae su manto de tineblas y el héroe llega á pensar amedrentado:

"¡Qué negras cosas brotarán, Dios mío,
del choque de la sombra y la tristeza!"

oye, como último consuelo, la voz de una campana que le llama á la abadía, de donde ya nunca salió.

Aquel banco mal labrado en piedra, sostenido á un tiempo por firmes estacas y por débiles trepadoras silvestres, protegido por la cariñosa sombra de alto sauce; aquel rincón que todavía visita el curioso, donde dentro de su mismo retiro, aún se aislaba más Abelardo para elevar su alma á Dios curándola de las heridas del mundo, es el lugar donde Ferrari coloca la escena de todo el segundo canto, y que hermosamente supo describir.

La voz de una pasión, tanto más grande cuanto más comprimida, cuenta uno por uno los recuerdos del placer, y parece como que las recientes llagas del corazón se abren para recibir las dulzuras de aquellas memorias, y se enconan cuando en ellas cae el que debía de ser manantial de consuelo. Allí, aquellos dulcísimos instantes de amor, sin recelos ni inquietudes, sin recuerdos del pasado ni aguijones del porvenir, como si ellos solos encerrasen toda la gloria; allí, los tormentos con que toma venganza el mundo de las veleidades de la dicha, castigando el amor á Eloísa y el amor á la verdad; allí, alzándose airada la corpulenta figura del fanatismo, que á todo lugar llega, que toda forma reviste, que todo ídolo engrandece y niega toda verdad y esteriliza toda virtud; allí, animada con el ronco estrépito del combate, con los siniestros fulgores del incendio que devasta y la brillante claridad de la antorcha que ilumina, con la humillación del débil y la soberbia del fuerte, se ve la lucha constante y gigantesca en que, durante toda su vida, hubo Abelardo de educar su espíritu. Y cuando la memoria, con esa infatigable tenacidad del que martiriza, finge el momento en que vestido el templo de gala, y las almas vestidas de luto, Eloísa se prosterna ante el altar á los pies de su mismo amante, para ofrecer á Dios eternos votos y sepultarse en vida; ¡ah!, entonces hace Ferrari que las luces oscilen y se retuerzan sobre sus mecheros como temblando de pesar, y chisporroteen y giman de dolor; y nos hace contar los latidos con que los corazones de Abelardo y Eloísa aporreaban el pecho; y nos hace seguir en todos sus giros las sombras que por aquellos cerebros pasaban, y nos hace, en fin, sentir y pensar como los desdichados amantes sintieron y pensaron.

No es posible imaginar más energía y más delicadeza al mismo tiempo, más luz y más verdad, más galanura y más animación siempre, que las que se hallan en este canto, donde el autor encierra con singular acierto el drama hermoso é interesante que constituye la vida entera de su héroe.

Una confesión con que Abelardo se despide de su abad y de los hombres llena las estrofas del tercer canto, quizá aún más inspirado que los anteriores. Habla el espíritu del justo, que ya quiere batir el ala hacia la patria que abandonó, y habla el alma fuerte que arroja en el mundo, como sudario para su cuerpo y recuerdo de su nombre, aquellas convicciones siempre combatidas y nunca desarraigadas, aquella profecía del futuro progreso, aquel rayo de luz robado al sol del porvenir, y el poema hermoso de su pasión y la tragedia horrible de su martirio.

Hay, pues, en esta parte otra síntesis brillantísima de la filosofía que predicaba aquel gigante, precursor de nuestra edad.

Tal es, en suma, la disposición y el carácter, á la verdad expuestos con harta torpeza, del poema que Emilio Ferrari acaba de leer en el Ateneo, y del cual copio á continuación algunas estrofas escogidas, aunque confieso que no acierto con la elección, pues la hermosísima pintura de la Primavera, al comienzo del primer canto; la descripción de la figura de Abelardo, gigante con su fe y agobiado por sus dolores; los tercetos del canto segundo, donde se describe, ya el jardín de la abadía, ya el templo y la ceremonia de la profesión de Eloísa; aquellos otros en que su amante repasa todo el drama de su vida; las octavas que parecen encerrar como profesión de fe hecha junto al sepulcro, ó

las últimas, notabilísimas, en que se pinta, el tránsito del alma; la apasionada carta de Eloísa, llena de sentimiento, oportunamente intercalada en el tercer canto, y verdadero modelo de poesía lírica; todo, todo acude á la pluma, disputándose derecho de prelación, en cuanto al papel se quiere traer un solo verso del poema.

(Copia gran parte de éste.)

....

....

En conclusión, y para hablar de esta lectura en el Ateneo, sería necesario dar á conocer la personalidad de Ferrari y producir ecos de aquella voz llena de armonía, flexible para todos los tonos, dócil á todos los movimientos del ánimo, persuasiva cuando habla á la inteligencia, sentida cuando se dirige á los corazones, vigorosa siempre. Ferrari lee de una manera magistral é inimitable, sin duda para hacer honor al aforismo que él predica, de que *cada autor lee como escribe.*

ANTONIO AGUILAR.

EL PROGRESO

ATENEO

LECTURA DEL POEMA "PEDRO ABELARDO", ORIGINAL DEL SR. D. EMILIO FERRARI

Anoche escuchó el Ateneo un hermoso poema, cuya lectura ha sido un importante acontecimiento literario.

El Sr. Ferrari ha conquistado un verdadero y legítimo triunfo.

El público que ayer escuchó en el Ateneo las poesías leídas por Emilio Ferrari no parecía ese público difícil al entusiasmo, cuanto fácil á la justicia, que habitualmente acude á aquel centro. Muchos años, muchos años hace ya seguramente que en el Ateneo no se ha aplaudido con el frenesí con que anoche se aplaudió, y no recordamos que en ocasión alguna se haya recibido *en la casa* un nuevo poeta como á Emilio Ferrari se le recibe.

Damos á continuación sus versos más aplaudidos, suponiendo que algunos fueran más aplaudidos que otros.

Los siguientes, interrumpidos muchísimas veces y hechos repetir en su mayoría:

(Copia varias estrofas.)

....

....

Pasamos al tercer canto, quizá el que más entusiasmó, y cuyas estrofas, que entresacamos, encierran toda la filosofía predicada por Abelardo:

(Copia otras cuantas estrofas.)

....

....

Por último, la carta que Eloísa le escribe á su amante es tal, que no nos atrevemos á suprimirle ni un solo verso.

(Copia íntegra la *Carta de Eloísa.)*

....

....

Al terminar la lectura del *Pedro Abelardo,* y á petición del distinguido y numeroso público que llenaba el espacioso salón, leyó el Sr. Ferrari una preciosa é inspirada composición, ya laureada, que tituló *Dos cetros y*

dos almas, en que el poeta canta las bodas de los Reyes Católicos, cuadro histórico de tan vivo colorido, de tan gallarda forma, de tal movimiento y viveza, que por sí sólo es bastante á labrar una reputación, y cuyos versos no nos atrevemos á copiar por haber adquirido las primicias de la publicación una importante revista literaria.

Hermosas y elegantes damas han aplaudido también conmovidas por las inimitables bellezas del poema, y entusiasmadas con la magnífica descripción de los esponsales de los Reyes Católicos.

En medio de la más entusiasta y unánime ovación, el Sr. Ferrari vióse obligado á recitar su clásico y conocido soneto *A Don Quijote,* con lo que finalizó una de las veladas que dejarán imperecedero recuerdo en el ánimo del poeta y de los numerosos admiradores que se ha conquistado.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

(CRÓNICA)

¿Quién puede seguir la vida inquieta del Ateneo, sus discusiones, lectura de Memorias y veladas poéticas? ¿Cómo fijarse siquiera en la sección de Literatura, que preside nuestro respetable colaborador D. Manuel Cañete, en quien no sabemos si envidiar más su erudición, la firmeza de sus convicciones literarias, su conocimiento del idioma, la gloria de haber dado á conocer muchos escritores ilustres, la cortesía personal con que suaviza el rigor de su crítica, ó su eterna laboriosidad, que le permite, después de cuarenta y cinco años largos de

continuos trabajos literarios y administrativos, colaborar en periódicos importantes, desempeñar cargos difíciles, seguir activa correspondencia con los bibliófilos europeos, ser uno de los académicos más útiles y asiduos, corregir libros ajenos, dar dictámenes á los muchos que acuden á pedirle parecer y presidir á la vez la sección del Ateneo? Pocos jóvenes podrían resistir tan ímprobas tareas, que, si en España reportan bien poca utilidad, deben procurar, y producen realmente para el que reúne tantos méritos, la estimación y el respeto general.

Pero si no podemos seguir los trabajos de la sección del Ateneo, hay sucesos que, por su índole excepcional, se imponen á la crónica. Tal es la revelación de un gran poeta en el ya conocido escritor vallisoletano D. Emilio Ferrari, laureado en varios certámenes, autor de un drama en verso, *La Justicia del acaso,* y á quien su modestia tenía obscurecido. El éxito de la lectura del poema *Pedro Abelardo* fué tan grande y espontáneo, que el poeta se vió obligado á repetir continuamente trozos del poema, y los magníficos romances y quintillas de su leyenda *Dos cetros y dos almas,* y el público le aclamó, de pie sobre los asientos, con bravos y aplausos, y agitando los pañuelos.

D. Emilio Ferrari era hace años colaborador de *La Ilustración* por derecho propio; le ganó siendo muy joven, en uno de los certámenes primeros con que convocó á la juventud la Empresa de este periódico. El Jurado distinguió, entre innumerables trabajos, la pluma que había de obtener futuros y señalados triunfos.

Distínguese el Sr. Ferrari por la elegancia y gallardía de sus versos, de pura raza castellana; la poética delicadeza con que rehuye lo escabroso del asunto; la sólida instrucción que revela; la frescura del estilo y

las imágenes; el sabor artístico de sus descripciones, cuadros que parecen pintados, según se ve en ellos moverse las figuras, refractarse y brillar la luz, destacarse los detalles é imponerse armónicamente el conjunto. Afiliado por de pronto á la escuela del gran poeta Núñez de Arce, es dentro de ella, no un imitador, sino un maestro.

Valladolid, su patria, ya le había aclamado en el teatro, colmándole de aplausos y arojándole coronas. Hoy hace coro á los aplausos que recibió en el Ateneo la prensa de Madrid. Por nuestra parte, preferimos, á hacer la crítica del poema, saborearle á solas y dar una ligera idea del autor.

Pocas veces acompaña de tal manera al mérito la sencillez y la modestia. Ferrari tendrá unos veintiocho años; es de estatura regular, cara noble y simpática, y distribuye su tiempo entre el trabajo de la Biblioteca Nacional y los tranquilos goces del hogar; y se comprende esta afición: la suerte le ha dado una esposa inteligente y cariñosa, y un niño hermosísimo. Causa envidia aquella casa modesta, donde parece que ha anidado la felicidad. Allí escuché de labios del poeta los versos que dice con hermosa voz y hermosa entonación; allí comprendí lo que valía.

Grandes tomos de Jurisprudencia, de Filosofía y Literatura forman su librería, revelando sus aficiones y sus estudios; Ferrari es Licenciado en Leyes y en Filosofía y Letras; algunas coronas, modestamente colocadas, recuerdan sus triunfos teatrales, y entre los ordenados muebles de la casa se destaca un soberbio juego de café, de plata sobredorada y elegante forma.

—Este juego—no pude menos de decirle—me parece impropio de un poeta.

La explicación que me dió me satisfizo. Visitando en Valladolid, acompañado de su señora, el local donde exhibían los premios del certamen para los Juegos Florales, la señora de Ferrari se fijó con interés en una gran bandeja de plata con un servicio de café.

—¿En qué piensas?—la preguntó Ferrari.

—En lo bien que haría ese adorno en nuestro velador, si ganases ese premio.

Ferrari lo ganó escribiendo *Dos cetros y dos almas.*

Este acto merecía recompensa, y la obtuvo. Hace pocos meses, cuando todos dormían en casa del poeta, llamó el sereno á los vecinos, avisándoles que ardía el edificio, y apenas tenían tiempo de salvarse. Amos y criados se vistieron precipitadamente y salieron aterrados á la escalera.

Ya en ella, la señora de Ferrari volvió á entrar en la casa, á pesar de los gritos de su esposo, que iba delante y tuvo que detenerse y esperarla.

—¿Por qué has entrado?—la dijo Ferrari con severidad cuando salió.

—¿Por qué?—dijo la señora enseñando unos papeles;—¿querías que dejase en casa tu poema?

¿Hizo bien en salvar ese poema? Aquellos versos eran la celebridad. Pero ¿qué es la celebridad en nuestra patria? Aplausos frenéticos una noche; luego, la implacable persecución de los enemigos literarios.

José Fernández Bremón.

DIARIO DE LA MARINA

(HABANA)

Un nuevo poeta ha nacido hace algunos días, ó para hablar con más propiedad, hace algunas noches; nació en el Ateneo, donde le presentó Núñez de Arce, proporcionándole la ocasión de darse á conocer como lo ha hecho: de una manera brillantísima.

Hace tres ó cuatro años concurría yo algún sábado —quizá estuve dos en todo un invierno—á casa de una señora amiga y dotada de gran talento y de una vasta instrucción; su tertulia tenía carácter literario; pero como la posición de la señora era modesta, y no daba comidas ni siquiera tes, iba poca gente, y como donde no va gente la gente no acude, apenas nos reuníamos seis ú ocho personas cada noche.

Pero, aunque pocos, éramos bien avenidos y cada uno leía alguna cosa para animar en lo posible la tertulia; uno de los concurrentes era un modesto joven, que se llamaba, y se llama—pues vive para gloria de las letras—Emilio Ferrari; lo que leía nos parecía bonito y nada más; todo tenía un tinte sombrío, casi trágico; este es el poeta que ha nacido en el Ateneo en la noche del 22 del actual; el éxito de la velada fué ruidoso; el triunfo del poeta, muy grande y legítimo.

Eligió para su consagración en el cenáculo literario un poema titulado *Pedro Abelardo.* Al empezar la lectura dominaba al auditorio un sentimiento de curiosidad; al terminarla, el entusiasmo y la admiración avasallaban todos los ánimos; los bravos atronaban la sala,

y las salvas ruidosas de aplausos se sucedían saludando al poeta, que desde aquel momento formaba en primera línea entre los mejores.

Bien quisiera yo copiar aquí algunos fragmentos del poema *Pedro Abelardo,* para darlo á conocer á mis buenas y constantes lectoras; pero esto me ocuparía mucho espacio, y, además, el *Diario,* en cuyas columnas halla lugar cuanto tiene verdadero mérito, reproducirá seguramente algunas de sus bellezas. Baste decir que el poema *Pedro Abelardo* reúne la belleza de la forma con la poesía del argumento y la profundidad y grandeza de la idea; contrastan en esta obra, con los toques enérgicos del carácter del reformador y filósofo Abelardo, la dulce y grata inocencia del carácter de Eloísa, que parece haber nacido únicamente para adorar á su maestro.

El poeta canta con grandes alientos la lucha, el martirio y el triunfo del reformador, y condena á sus verdugos. El ilustrado público que ha oído tantas veces á otros poetas de elevados vuelos burlarse en tono de amarga sátira de lo pasado, lo presente y hasta lo por venir, aplaudió con entusiasmo, contento con oir alguna afirmación, después de tantas irónicas y acerbas negaciones.

Ferrari posee, además de su colosal talento, un privilegio muy raro en los poetas: el de saber leer sus versos, dándoles vida, calor y claroscuro. Después del poema mencionado leyó algunos fragmentos de otro, cuyo argumento son las bodas de Isabel I con Don Fernando de Aragón, y que titula *Dos cetros y dos almas,* que le valió aún más grande ovación y más calurosos aplausos.

En suma: el nombre de Emilio Ferrari volará de hoy en más en las alas de la fama; su gloria, empezada en

la velada del Ateneo, la ha continuado la prensa; un poeta de primer orden ha nacido á la gloria en la noche del 22 de Marzo de 1884. De seguro Vico leerá, como él sabe hacerlo, el poema *Pedro Abelardo;* Calvo ordenará que se lo envíen para darlo á conocer en las orillas del Plata; se harán de él numerosas ediciones, y este triunfo será la palanca que levante los obstáculos que en las empresas teatrales han encontrado los dramas de Ferrari; uno de los mayores era lo desconocido de su nombre, como si el escrito tuviera la obligación de nacer ya con nombre glorioso.

LA CORRESPONDENCIA MILITAR

CARTAS Á ARTEMIO

Mi querido sobrino: Los tiempos que nos atraviesan son de lo peorcito que he conocido, y aunque los casos y las cosas que ocurren darían materia, entiéndelo bien, materia para escribir, no ya cartas, sino libros enteros, muy humorísticos, como es natural, lo cierto es que la pluma no corre sobre el papel con esa ligereza que requiere el género que cultivo con más constancia que buena fortuna, sin otro objeto que quitar malas hierbas y arrojar en cambio buenas semillas que puedan producir en su día sazonados frutos.

Pero á bien que hoy saldré muy pronto del mal paso, con ventaja para ti, porque, en vez de mala prosa, te daré buenos versos; buenos por la forma, que es bella, y por el fondo, que merece ser medido con atención escrupulosa.

Los versos son de Ferrari, poeta que, si no es militar, debería serlo, porque tiene mucha fuerza y mucho nervio, que es condición muy necesaria entre vosotros los soldados. Hay una dificultad, sin embargo. Y es que Ferrari es de los que sientan plaza de generales, y esto sería de mal efecto donde no estáis acostumbrados á esos verdaderos escándalos.

Las octavas que voy á copiar, y que, como si lo viera, te las vas á aprender de memoria, dicen así:

(Copia varias octavas del poema *Pedro Abelardo.)*

. . . .

. . . .

Estas octavas pertenecen al poema titulado *Pedro Abelardo,* leído el sábado por la noche en el Ateneo de Madrid con un éxito que no puede ser descrito. Para comprenderlo es necesario leer el poema.

Y como mi objeto hoy es ganar tiempo y aprovechar la ocasión que se me presenta para darte á conocer un gran poeta, antes que en el Ateneo por los hombres de letras, aplaudido por los hombres de armas que concurren al Centro militar, doy por terminada esta carta y me despido hasta otra.

Tu tío que bien te quiere,

ELADIO PÉREZ V.

LA MADRE PATRIA

EN EL ATENEO

El sábado de la semana última tuvo lugar en aquel centro la velada literaria del eminente poeta Emilio Ferrari. Todo cuanto nosotros pudiéramos decir resultaría pálido ante el indescriptible entusiasmo, ante la inmensa ovación que muy justamente obtuvo nuestro querido amigo; el poema leído, y que se titula *Pedro Abelardo,* es una preciosa composición que hace resaltar más los grandes méritos de nuestro amigo Ferrari.

Nosotros elevamos nuestra humilde voz hasta el vate ilustre que ha sabido colocarse á la altura de nuestros primeros poetas enviándole mil enhorabuenas y deseando no se duerma en sus lauros, sino, al contrario, siga con más empeño el camino emprendido, que de él será la gloria del genio.

Loor mil veces á los hombres que cual el insigne Ferrari saben conquistar con su trabajo los altos puestos, los aplausos, en fin, la admiración de las generaciones.

LA PATRIA

UN NUEVO POETA

En el Ateneo se consolidan ó se deshacen las reputaciones más brillantemente preparadas en la prensa y en los salones.

Para ganar el diploma de orador es menester terciar

en las discusiones de aquella casa, contender con los mantenedores constantes de todas las polémicas; con el Padre Sánchez, representante de la derecha, y con los soldados de la izquierda; éstos, vivos, enérgicos en el ataque y en retroceder tardos; reposado y tranquilo aquél, teniendo conciencia de lo que sus armas valen, armas consistentes en argumentos irrebatibles, que dan al traste con los sofismas de los entusiastas partidarios de la libertad á su capricho entendida.

Llamarse poeta sin haber recibido el título del público ateneísta es una intrusión en el campo literario; algunos no se atreven á sufrir una reválida que puede darles un suspenso, en vez de un notable, y se contentan con parecer poetas, merced á los buenos amigos que en la prensa les citan un día y otro manejando cariñosamente el bombo.

No es Emilio Ferrari de los que á la amistad exigen tales sacrificios, y si hoy como poeta de valía, como *El Poeta* se le conoce, y este sobrenombre diósele á las pocas horas del triunfo un distinguido crítico en *El Globo,* débelo única y exclusivamente á su talento; talento aquilatado por una modestia no fingida, que el Ateneo estimó en cuanto pudo estimarle, porque Ferrari sólo mostró en su poema *Pedro Abelardo* algo de lo que puede hacer, exponiendo facultades maravillosas que le hacen heredero por derecho propio de los ilustres paisanos suyos, gloria de España y de la tierra castellana orgullo, Zorrilla y Núñez de Arce.

Ferrari leyó, y leyó bien; escribe lo que siente y sabe leer tan bien como sabe sentir.

Joven, animoso y modesto, su porvenir es de rosas; la crítica verdadera le aplaudirá siempre. Ferrari no es de los que se equivocan; la falsa crítica no le hará mucho

daño, porque sus armas, la envidia, se embotarán en la coraza de su talento.

Quédese para otros el examen minucioso y analítico de los trabajos de Ferrari; yo escribo estos renglones para rendirle en las columnas de *La Patria* el merecido tributo; el que lea los siguientes fragmentos del justamente aplaudido *Pedro Abelardo* juzgará al poeta según su entender y saber.

L. DE KAURIA.

FRAGMENTOS DEL POEMA

(Copia varios fragmentos del poema *Pedro Abelardo.*)

. . . .

. . . .

EL ADALID

Nada. ¡Qué desesperación! Hemos de contentarnos con recoger ecos de otra semana que quedaron apagados por el de otros hechos con bastante resonancia para llenar el espacio.

La velada de Emilio Ferrari en el Ateneo. ¡Qué ovación! ¡Qué triunfo! Emilio Ferrari era ayer un poeta desconocido, hoy figura entre los primeros de la época; de soldado obscuro ascendió en una noche á general ilustre, porque el poder del genio, que nada espera del azar, le dió la victoria en desigual batalla.

Emilio Ferrari, doctor en Letras y en Derecho, tallaba en el modesto rincón de su biblioteca un diamante. Cuando desbastaba la riquísima piedra, algunos de sus ami-

gos tuvimos la fortuna de conocer alguna faceta ya pulimentada; terminó su obra y dióla á conocer en el Ateneo, que es pintiparado escaparate para este género de alhajas, y Madrid entero quedóse deslumbrado.

¡Qué resplandores los del *Pedro Abelardo!* ¡Qué jugueteo de luces! ¡Qué manera de acumular en una obra fantasía, inspiración, talento y ciencia para extasiar al oyente apenas el autor comienza á desarrollarla!

Pedro Abelardo es un poema que tiene por asunto la apología del genio de aquel Pedro Abelardo de la Edad Media; de aquel famoso francés que encontró en su espíritu energía para oponerse á las miserias y corrupciones de su época; de aquel filósofo recto y profundo, menos famoso por su saber y por su rectitud que por aquella palpitante leyenda de amores que escribió con la apasionada Eloísa en el libro eterno de la historia.

Emilio Ferrari ha escrito este poema con pluma de oro. Reunid en un poeta el genio descriptivo y exuberante de Zorrilla, la ternura nimia de Campoamor y el vigor de expresión y el acierto de juicio de Núñez de Arce, y tendréis á Ferrari en un *Pedro Abelardo.*

El Ateneo lo aplaudió con arrebato, y al día siguiente que el Poema se puso á la venta, el público de Madrid lo leyó con avidez.

Hay autores que dan nombre á su siglo y obras que dan nombre á su autor. Emilio Ferrari queda confirmado con el nombre de su obra. Al día siguiente de la lectura, el domingo último, me lo encontré en los Jardinillos, le di un abrazo, y cuando quise decirle. "Adiós, Ferrari," le dije: "Adiós, Pedro Abelardo."

EL PROGRESO MERCANTIL

EL POETA FERRARI

En muchas é importantes publicaciones se han leído trabajos de Emilio Ferrari. Era uno de nuestros buenos poetas, pero le faltaba un éxito. Nosotros se lo habíamos augurado mucho tiempo hace, cuando tuvimos el gusto de escucharle en el Círculo de la Juventud algunas de sus hermosas poesías, y cuando, más tarde, asistimos al estreno de uno de sus dramas, que no por haber desaparecido de la escena deja de ser modelo de estilo y obra en que resplandece el singular ingenio de su autor y la nerviosidad en la exposición de sus conceptos. En el Centro Militar fué aplaudido ruidosamente Ferrari en una de las veladas del mes último, y hace pocas noches presenció el selecto público que acude á las del Ateneo el elogio más grande que tributarse puede á un poeta. La *créme* de la literatura felicitó con efusión al joven autor del poema *Pedro Abelardo,* y la hermosura, representada por las elegantes damas que presenciaron tan justa ovación, batió palmas en honor del talento y fecundidad de ingenio de quien, desde aquella noche, figura entre nuestros primeros literatos.

Para saborear las bellezas que encierra el poema es necesario conocerlo; sin embargo, no queremos privar á nuestros lectores de la lectura de algún trozo como el siguiente:

(Copia varias estrofas.)

....

....

Por nuestra parte, enviamos la más cordial felicitación al ilustre vate, deseándole toda suerte de triunfos en el difícil arte que con tanta maestría cultiva.

LA GACETA UNIVERSAL

En el Ateneo se celebró anteanoche una velada literaria, en la que D. Emilio Ferrari dió lectura del poema *Pedro Abelardo.* Ya conocíamos al Sr. Ferrari como poeta de altísimo vuelo y lozana inspiración; pero anteayer, después de su lectura, se nos reveló como un gran poeta. El Ateneo unánime tributó al Sr. Ferrari una ovación inmensa.

El rico colorido de sus gallardas descripciones; la pintura exacta del gran carácter del monje Abelardo; sus nobilísimos ideales y el drama tristísimo que amargó la vida del gran filósofo, hallaron exacto intérprete y entusiasta cantor en el Sr. Ferrari.

Pero donde el entusiasmo del numeroso público que acudía á la solemnidad rayó en el más alto límite, fué en el precioso romance *Dos cetros y dos almas,* en el que el insigne poeta describió en preciosísimo romance y hermosas quintillas las bodas de los príncipes, que habían de llamarse después los Reyes Católicos. Las bellas damas que ocupaban las tribunas agitaban los pañuelos; los socios que llenaban los escaños, puestos en pie, aclamaban al poeta; en todos el entusiasmo llegó al delirio escuchando tan hermosos versos.

Se proyecta por los socios del Ateneo dar un testimonio de su admiración al Sr. Ferrari, regalándole un objeto de arte y ofreciéndole un banquete.

LA MARINA

VELADA EN EL ATENEO

El sábado por la noche ofrecía un aspecto original el salón de sesiones del Ateneo de Madrid. Iba á darse una lectura pública de un poema por un vate, cuyo nombre, hoy ya ilustre, la víspera apenas era conocido: Emilio Ferrari. La desconfianza dominaba en un auditorio que, poco tiempo después, estaba electrizado y ebrio de entusiasmo.

Con entonación vigorosa, aunque al principio visiblemente alterada por la emoción, hizo su lectura, y pocos momentos llevaría en ella cuando todo el auditorio aclamaba como gran poeta al modesto apadrinado de Núñez de Arce.

El argumento, cuyo fondo constituye la poética leyenda de los amores de Abelardo y las vicisitudes dramáticas de la historia de este filósofo, se desarrolla en un soberbio himno al Renacimiento, cuyas notas principales son la *invocación á los Alpes* y la *carta de Eloísa* y la *profesión* de ésta.

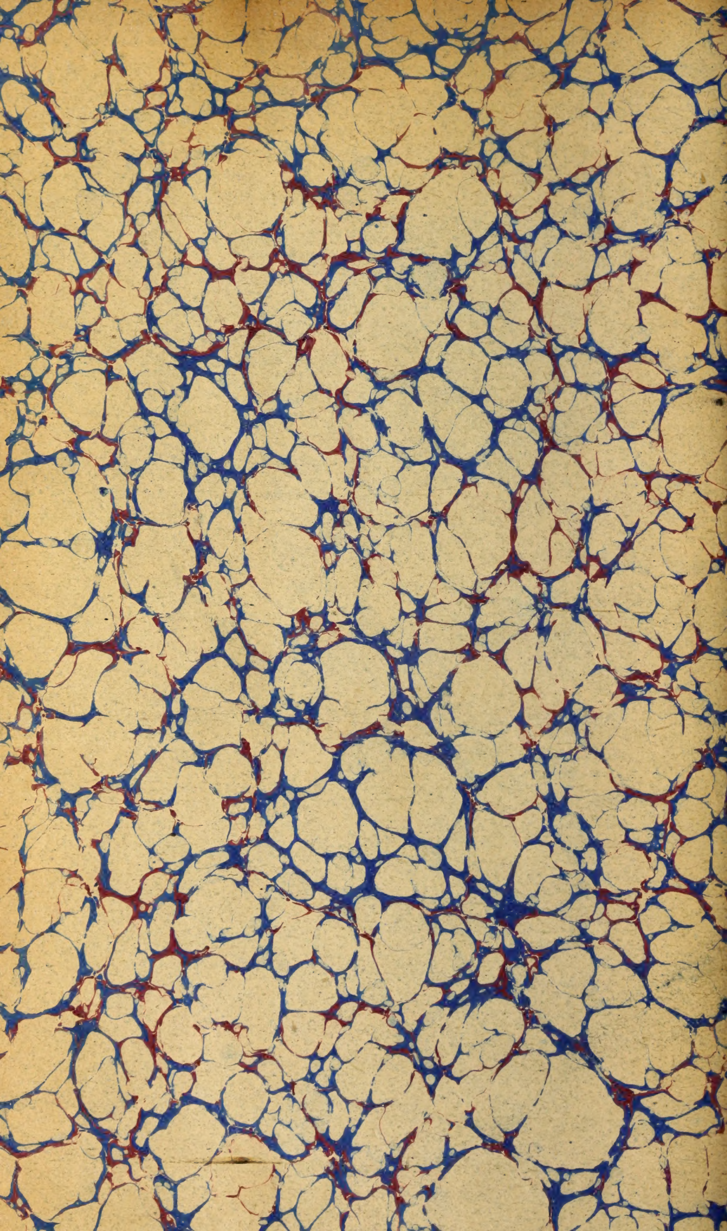
Después del poema *Pedro Abelardo* leyó otro, intitulado *Dos cetros y dos almas,* de carácter descriptivo, donde se reseñan poéticamente las vicisitudes anteriores al matrimonio de los Reyes Católicos y sus bodas, poema premiado en unos Juegos Florales celebrados en Valladolid, patria del autor.

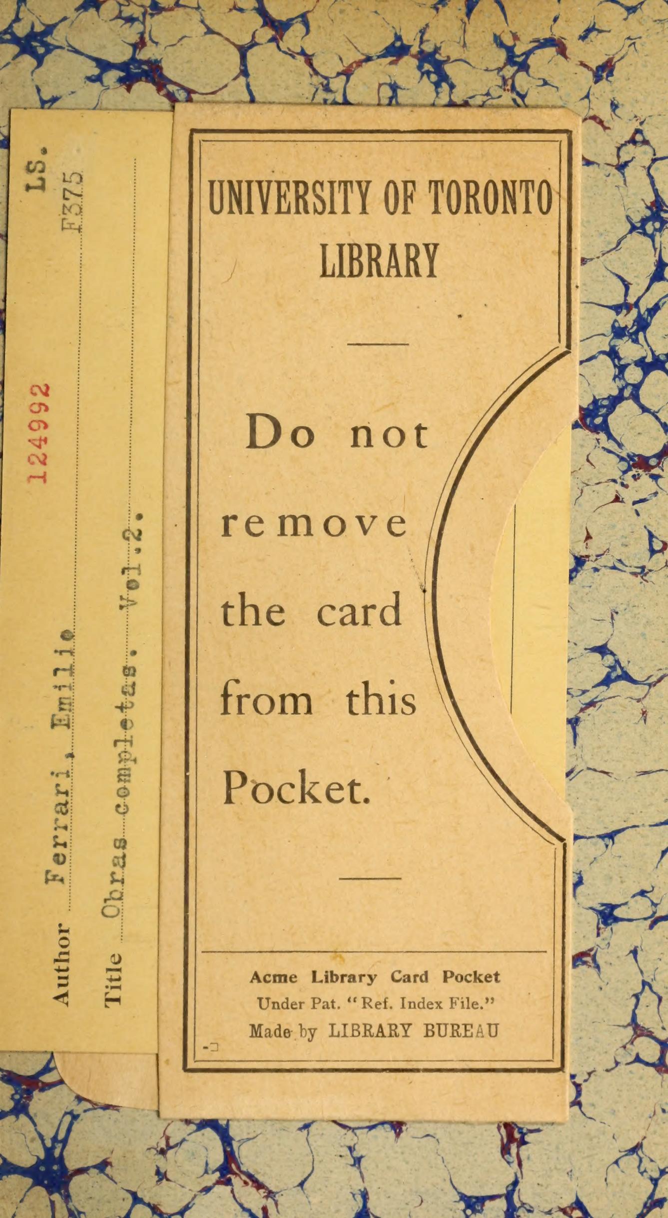
Emilio Ferrari es hoy ya un poeta, cuyo nombre, después de la consagración que el público del Ateneo le ha

dado, debe hoy ya figurar junto al de Núñez de Arce, Palacio, Zorrilla y Velarde.

NOTA. También se escribió extensamente reseñando los banquetes y demás homenajes con que fué honrado el autor de este libro con motivo de su lectura en el Ateneo de Madrid.

INDICE




LS.
F375
124992
Author Ferrari, Emilio
Title Obras completas. Vol.2.
UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY
Do not remove the card from this Pocket.
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU

